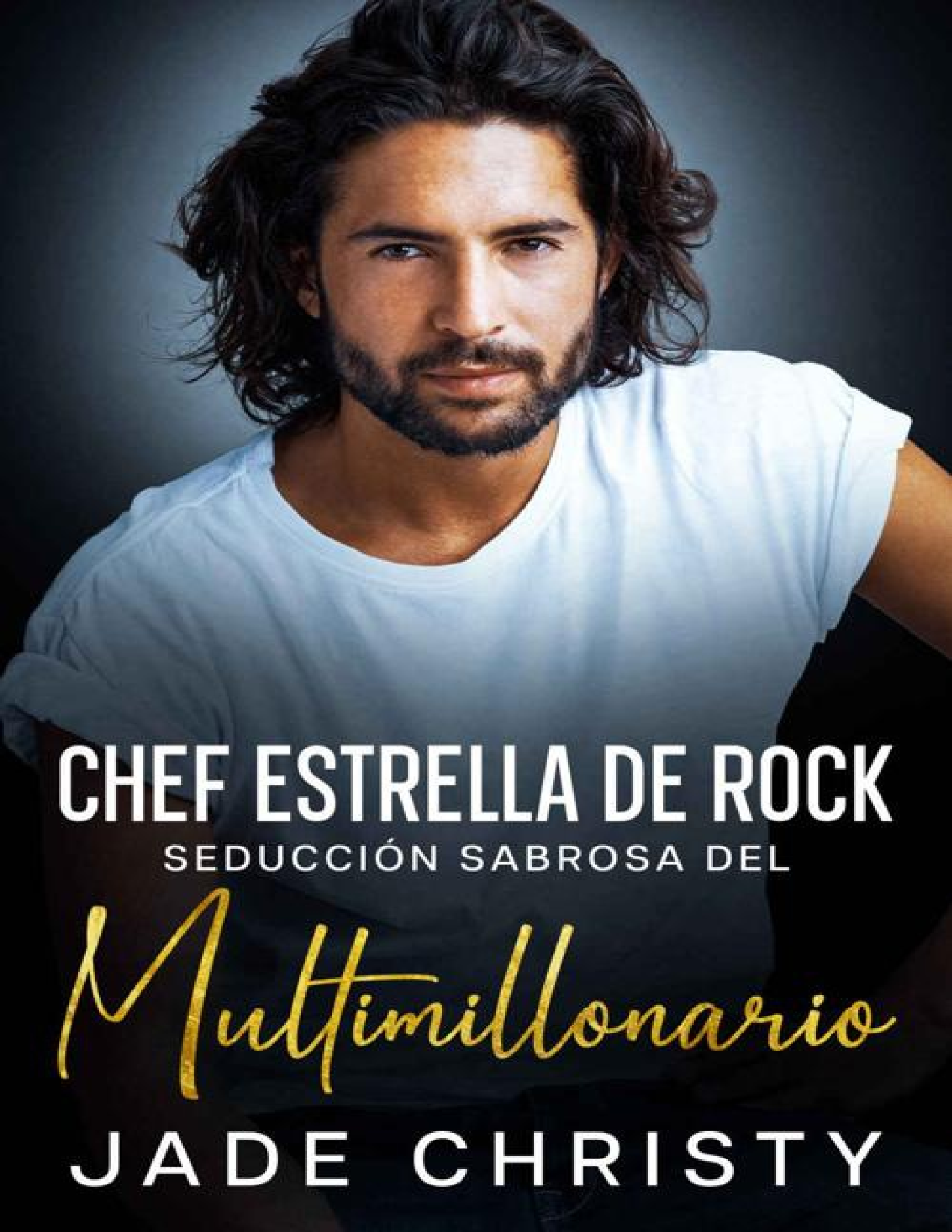




CHEF ESTRELLA DE ROCK

SEDUCCIÓN SABROSA DEL

Multimillonario

JADE CHRISTY

Chef Estrella de Rock

Seducción Sabrosa del Multimillonario

Jade Christy

Derechos de autor © 2024 por Jade Christy

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contenidos

1. [1. Preludio de Luca](#)
2. [2. Historia de Luca](#)
3. [3. Historia de Olivia](#)
4. [4. Olivia en París](#)
5. [5. Olivia](#)
6. [6. Olivia de vuelta en Nueva York](#)
7. [7. Olivia](#)
8. [8. Luca](#)
9. [9. Luca](#)
10. [10. Olivia](#)
11. [11. Olivia](#)
12. [12. Olivia](#)
13. [13. Luca](#)
14. [14. Olivia](#)
15. [15. Luca](#)
16. [16. Luca](#)
17. [17. Luca](#)
18. [18. Olivia](#)
19. [19. Luca](#)
20. [20. Olivia](#)
21. [21. Luca](#)
22. [22. Olivia](#)
23. [23. Luca](#)
24. [24. Olivia](#)
25. [25. Luca](#)
26. [26. Olivia](#)
27. [27. Luca](#)
28. [28. Olivia](#)
29. [29. Un año después](#)

Capítulo uno

El Preludio de Luca

Hace un año en la región de Champaña, Francia

¿Cómo podía estar tan excitado, besando a esta desconocida estadounidense en la sala de cata de champán? La tenía contra la pared, y ella me devolvía los besos con frenesí.

Éramos los únicos dos en la sala y, al parecer, en la bodega ese día. El vinatero tuvo algún tipo de emergencia y nos dejó solos. Esta mujer era sexy y segura de sí misma, claramente estadounidense. Habíamos hablado brevemente sobre el champán que estábamos catando.

Cuando accidentalmente alcanzamos la misma botella al mismo tiempo, nuestras manos se tocaron y fue eléctrico, por decir lo menos.

Momentos después, me acerqué para tocar sus labios y quitarle unas migajas de galleta, y todo terminó. Yo era suyo y ella era mía.

Ella se había inclinado impetuosamente y me besó. Me moví contra ella con fuerza y la besé larga y profundamente. Sabía tan bien y claramente le gustaba tanto como a mí. Me detuve un momento para mirar su rostro encantador ahora lleno de deseo, para asegurarme de que podía continuar. Oh sí, ella estaba totalmente de acuerdo y se acercó para besarme de nuevo. Lo deseaba tanto como yo.

Un gruñido profundo salió de mi interior. Necesitaba esto y no había estado con una mujer en un tiempo. Demasiado ocupado dirigiendo el restaurante en Nueva York, demasiado irritado últimamente. No es que las mujeres no se me lanzaran encima...

Dejé que mis manos recorrieran sus brazos, sintiendo su piel suave, y luego las moví por los lados de su cuerpo, descansando en sus caderas. La oí gemir:

—Oh sí, más. Más.

Me concentré completamente en ella, dándole placer, tocándola y besándola, absorbiendo su tacto y su olor, las sensaciones creciendo dentro de mí.

Mordisqueé su cuello. Su piel era tan suave contra mi lengua urgente y hambrienta. Volví a esa boca sexy suya y nuestras lenguas comenzaron a bailar juntas. Incluso a luchar, pensé divertido. Ella se mantenía firme. Y maldita sea, sabía tan bien. Mechones de su cabello me hacían cosquillas mientras se movía hacia adelante.

Sentí sus dedos acariciar el lado de mi cara y luego bajar hacia la parte posterior de mi cuello, encendiendo chispas para igualar sus besos. Pasó sus dedos por mi coleta de cabello espeso.

No pude contenerme. Le susurré con voz ronca al oído:

—Eres tan sexy, te deseo.

Pareció encantarle, a juzgar por su reacción excitada, su respiración más rápida y sus gemidos profundos.

Había una emoción subyacente entre nosotros, estando en un lugar público —cualquiera podría entrar— y porque nunca nos habíamos conocido antes. Pero no nos detuvo. Ella movió su cuerpo contra el mío mientras la besaba. Su cuerpo parecía estar en llamas. Parecía estar tan llena de deseo como yo.

La rodeé con mis brazos y la levanté para que sus piernas pudieran envolverse fácilmente alrededor de mi cintura. Ambos estábamos un poco fuera de control, deseándonos urgentemente el uno al otro.

—Vamos a movernos por aquí —susurré, lleno de urgencia, llevándola fácilmente a un rincón oscuro detrás de una alta estantería de vinos. Nos protegía un poco, en caso de que alguien entrara. Nos daba nuestro pequeño rincón para lo que ambos sabíamos que iba a suceder.

Le quité el vestido de un solo movimiento y me deleité con la vista de su hermoso cuerpo. Llevaba unas caras bragas de encaje negro y un sujetador negro.

—Mírate, tan hermosa. Eres tan sexy, mi pequeña chica del champán —le susurré.

Ella desenredó sus piernas de mi cintura y bajó por un momento, arrodillándose ante mí para desabrochar mis vaqueros y quitármelos. Estaba muy duro, mi erección presionando contra mis calzoncillos. La deseaba. Quería estar dentro de ella.

Tocó mi pene duro a través de los calzoncillos y suspiró. Luego me los bajó y quitó, revelando mi gruesa erección. Inmediatamente me lamió y acarició mi miembro duro con su lengua, pero la volví a levantar hacia mí. No quería correrme todavía, no en su boca. Quería follarla, estar dentro de ella, y quería saborear este momento.

Nos besamos apasionadamente de nuevo, con ella chocando su monte de Venus y su cuerpo caliente contra mi sexo duro. Toqué sus bragas y deslicé un dedo dentro. Sentí lo lista que estaba, lo excitada.

Le quité esas bragas negras – estaba tan húmeda. Luego le quité el sujetador, revelando sus pechos perfectos con pezones rosados. Me incliné hacia adelante y los acaricié con mi lengua, rodeando sus pezones y poniéndolos duros. Ella apenas podía contenerse y jadeaba. Dejó caer su cabeza hacia atrás con placer, su cabello cayendo en cascada.

El aroma del vino y el champán en este rincón oscuro, el sabor del champán en nuestras lenguas, la visión de esta criatura sexy frente a mí era demasiado. Necesitaba probarla.

Me arrodillé y empecé a lamer su sexo. Encontré su botón, sus pliegues y moví mi lengua de un lado a otro, entrando y saliendo y rodeándola. Ella gemía y suspiraba, abriendo ligeramente las piernas y moviendo sus caderas hacia mí. Me concentré en su clítoris y sentí cómo se tensaba de placer. Deslicé mi lengua plana sobre su clítoris, de un lado a otro. Dejó escapar un profundo gemido de placer.

Agarré su increíble trasero y lo masajeeé con mis fuertes manos, atrayéndola hacia mí, gruñendo de deseo mientras continuaba lamiendo su sexo. Era mía, yo tenía el control sobre ella y a ella le encantaba cada momento. Amaba su coño y la iba a hacer correrse, fuerte. Estaría tan lista para que la follara.

Me puse más duro y grande mientras la llevaba al clímax, mientras ella se entregaba a mí y al placer. Me encanta hacer que una mujer se corra con mi lengua. El poder de ello. Empezó a correrse, y no detuve mi lengua. Estaba gritando, claramente cabalgando las olas de placer que le estaba dando.

Finalmente, su orgasmo cedió y ralenticeé mi lengua hasta detenerme, aunque ella seguía jadeando de placer. Podía sentir su sexo temblando.

Me puse de pie, listo para ella, grueso y erecto y palpitando.

—Ven aquí, mi chica del champán —dije en voz baja mientras la levantaba de nuevo. Ella envolvió sus piernas alrededor de mí mientras entraba en ella rápidamente. Embestí y empujé y sentí el placer de estar dentro de ella. Ella empujaba contra mí, fuerte, moviéndose conmigo, cabalgándome, arqueando su espalda, gritando. La embestí duro y rápido, empujándola contra la pared. Estaba completamente dentro de ella, hundiéndome y empujando fuerte, sintiendo cómo crecían las sensaciones mientras mi gruesa polla trabajaba en ella.

Ambos gemíamos y gruñíamos con deleite primario mientras el placer aumentaba. Sentí que ella se corría de nuevo y cabalgaba otra ola, lo que me excitó aún más, mientras continuaba montándola duro. Sentí mi gruesa vara deslizándose dentro y fuera, sentí sus estrechas paredes húmedas apretándome. Y en un momento glorioso, por fin me corrí en un frenesí como no lo había hecho en mucho tiempo.

Recuerdo que ambos jadeábamos y apenas podíamos creer lo que acababa de suceder. Nos quedamos allí en el rincón oscuro por un rato, yo dentro de ella, ambos sexos pulsando, ambos respirando pesadamente.

Finalmente, ayudé a esta sexy criatura a bajar mientras me retiraba de ella.

Buscamos nuestra ropa descartada y nos ayudamos mutuamente a vestirnos, sin palabras, aún temblando de tensión sexual.

Y luego nos fuimos, cada uno por su lado con una mirada de gratitud. Sin palabras. Sin arrepentimientos. Sin charla. Solo gratificación sexual silenciosa.

Estoy seguro de que nunca volvería a ver a esta sexy criatura, ya que volaría de vuelta a Nueva York a primera hora del día siguiente.

Capítulo dos

El pasado de Luca

D estaco en dos cosas en la vida: la música y la comida.

Mi historia comienza en el corazón de Roma. Mi madre, una estadounidense en una aventura de estudios en el extranjero, se cruzó con mi padre, un hombre a menudo apodado el Adonis italiano. No pasó mucho tiempo para que el amor se encendiera entre ellos, y en apenas seis meses, se casaron. Fue una verdadera historia de amor, de felicidad conyugal. Estaban hechos el uno para el otro. Fue un baile del destino que entrelazó para siempre sus vidas y las de sus dos familias en América e Italia.

Yo pertenezco a ambos mundos.

Mi árbol genealógico lleva consigo un legado culinario. Mis abuelos dirigían un encantador restaurante en Roma, el restaurante de mi tío adorna las afueras de Florencia con auténtica cocina local de pueblo, y mi primo tiene un popular restaurante de lujo en la pintoresca ciudad costera de Positano. Y mis parientes estadounidenses también tienen restaurantes.

Cuando era niño, recuerdo muy bien el restaurante de mis abuelos. Era como un segundo hogar para mí.

Cada tarde después de la escuela, me encontraba en la bulliciosa cocina de su restaurante, un lugar donde absorbía el arte de cocinar. En ese santuario de aromas, colores y sonidos, mi abuela siempre tenía una delicia especial esperándome. Y me ayudó a aprender todo sobre la comida.

Mi padre murió repentinamente cuando yo tenía solo 12 años, un shock inesperado, y me acerqué aún más a mis abuelos entonces. Me rodearon de amor al igual que mi querida mamá. Los recuerdos están grabados en la misma fibra de mi ser. El ambiente de comida, amor y familia.

Mi abuelo me enseñó a hacer el mejor pesto, el osso buco y la piccata perfectos, cómo buscar setas en el campo, cómo negociar en los mercados, cómo manejar carnes y mariscos. Mi abuela se especializaba en postres, panes y pasta. Ella también me enseñó las recetas secretas de nuestra familia. De ella aprendí sobre cannoli, biscotti, tiramisú y bomboloni. Cómo manejar cada ingrediente, qué evitar.

Al otro lado del Atlántico, mis raíces estadounidenses son profundas. La familia de mi madre reside tanto en Nueva York como en el norte del estado, y comparto un vínculo con innumerables primos, tías y tíos. Solía pasar al menos un mes cada verano con mis primos, nadando y coqueteando con chicas, viendo televisión estadounidense y escuchando la música rock más reciente.

Un tío es dueño de un popular restaurante en Manhattan cerca de Canal Street en Little Italy, y un primo da vida al sabor de Long Island en su restaurante familiar. Los restaurantes y la comida corren por mis venas, un verdadero don.

Esas estancias de un mes durante el verano en los Estados Unidos crearon recuerdos que aún calientan mi corazón. Me sentía igualmente en casa en ambos lados del océano. América y mi familia estadounidense me abrazaron tan cálidamente como Italia. Luca Ravello, un hombre de dos continentes.

Cuando tenía solo seis años, mi madre me hizo un regalo que moldearía mi destino para siempre: mi primera guitarra.

Me adapté a ella como pez en el agua, y mi voz ya era reconocida como algo extraordinario. Mi madre, viendo mi potencial, me inscribió en clases de música, sumergiéndome en un mundo de sonido y ritmo. Tomé clases desde una edad temprana en Roma y tocaba a menudo. Mis amigos siempre me pedían que tocara y cantara para ellos. A veces también tocaba en el restaurante de mis abuelos, para deleite de todos. Desde los clásicos y éxitos estadounidenses hasta las melodías de Italia y Francia, e incluso música clásica, lo absorbí todo.

Sin que yo lo supiera, mi mamá me inscribió en una enorme competencia de música europea cuando tenía dieciséis años. Para mi sorpresa, me llevé la victoria para Italia. Como por obra del destino, un prominente agente británico se fijó en mí y tuvo la visión de formar un grupo de rock europeo compuesto por chicos de diferentes países. Una boy band. Y así nació el grupo de rock EuroGroove.

Me convertí en la cara de EuroGroove, tocando la guitarra y encargándome de la voz principal. Con mi atractivo italiano alto y moreno y mi melena ondulada, las chicas parecían desmayarse. Lars, el encantador sueco, manejaba su bajo, dejando un rastro de chicas adoradoras que amaban el tipo nórdico "Thor". Gilles, el enigmático francés, hacía magia en el teclado, añadiendo un aire de misterio parisino. Y luego estaba Jackson, el chico malo tatuado de Inglaterra, que dominaba la batería con su físico cincelado y volvía locas a todas las chicas malas.

Todos nos mudamos a Londres, y mi mamá vino también para vigilar las cosas en segundo plano. Max, el agente, nos reunía para prácticas diarias, sesiones de grabación y formación sobre el negocio de la música. Teníamos a alguien que nos ayudaba a elegir nuestra ropa y un agente de prensa que sacaba detalles de nuestros antecedentes, reuniendo información para la prensa. Grabamos videos musicales y grabamos en Londres. Y terminamos la "escuela secundaria" durante este tiempo.

Nos unimos y realmente disfrutamos de la compañía mutua y del ascenso meteórico que nuestra sinergia creó.

La vida con EuroGroove era un torbellino. Estábamos listos para hacer nuestro debut en menos de seis meses, y llegamos a lo más alto de las listas con nuestros dos primeros lanzamientos. Era un horario muy ocupado, incluso agotador, pero amaba cada minuto de ello.

Recorrimos el mundo, apareciendo en pantallas de televisión y portadas de revistas, asumiendo un pesado calendario de conciertos con

devotos seguidores pendientes de cada uno de nuestros movimientos. Me eligieron para patrocinios y me pagaban por hacer apariciones aquí y allá. Besé a demasiadas chicas como para contarlas, de todos los rincones del mundo. Éramos tan populares en Japón como lo éramos en

Irlanda y Sudáfrica.

Mis primos americanos me tomaban el pelo y me mantenían con los pies en la tierra. No me dejaban que se me subiera la fama a la cabeza (aunque al principio no triunfamos en Estados Unidos), pero estaban claramente orgullosos.

Grabamos más álbumes, encabezamos giras en Australia y Nueva Zelanda, y causamos sensación cada año en Eurovisión.

Sin embargo, después de unos seis años de giras, grabaciones y recorrer el mundo, siempre en movimiento, un anhelo de estabilidad tiraba de las fibras de mi corazón.

El confort de mi familia, su amor incondicional, los recuerdos de los días en Roma y en Estados Unidos —y la succulenta comida que siempre había alimentado mi alma— me llamaban. La comida me centraba.

Cuando llegó el día en que nuestra banda se disolvió, unos seis años y medio después de que empezáramos, supe que era el momento.

Cambié mi enfoque hacia la comida y el mundo de los restaurantes. Era mi sueño, parte de mi herencia. Después de unos meses de vuelta en Roma y Positano con la familia, hice un plan.

Estudí un tiempo en el prestigioso Le Cordon Bleu en París, lo cual era imprescindible para cualquiera que se tomara en serio la cocina. Luego fui aceptado en el Culinary Institute of America en Nueva York. Pude estar con la familia mientras estudiaba y me destacué en las clases. Llevé mis conocimientos al siguiente nivel y disfruté cada minuto.

Mis abuelos, ahora en el ocaso de sus vidas, resplandecían de orgullo, al igual que mi madre.

La vida había dado un giro completo. Desde el calor del restaurante a los escenarios musicales y de vuelta al corazón de la cocina, había descubierto la sinfonía de mi existencia. Me sentía afortunado.

Ahora, cada día estaba envuelto en el encanto de los alimentos, la sinfonía de aromas y el caleidoscopio de colores; para mí, la creación de platos es un lienzo donde creo arte.

Ver un plato terminado, con mis toques especiales y recetas secretas, es como mirar una obra de arte —pero dar un bocado te lleva aún más lejos en el placer. Es decir, me encanta usar el sentido del gusto para transportarme al éxtasis. Al menos, ese es y era mi objetivo para cada bocado de comida que preparo o deseo preparar. La comida lo es todo para mí.

Así que, tras mis días de estrella de rock y después de los estudios que perfeccionaron lo que mis abuelos me habían presentado, invertí parte de mis considerables ahorros de rockero en un restaurante en el corazón de Nueva York, con la ayuda de mi primo americano Dominic. Él se convirtió en mi socio comercial.

¿Mi ambición? Obtener una estrella Michelin, causar sensación en el mundo de los restaurantes y vivir mi sueño. Esto sería un trabajo increíblemente duro, algo que muchos restaurantes o chefs

nunca logran o ni siquiera aspiran a conseguir. Me puse el listón muy alto.

Dominic, estadounidense de nacimiento y querida familia por sangre, se convirtió en un aliado indispensable, ayudando a dirigir el barco de mi nueva empresa. Él se encargaba de contratar, manejar los suministros y las relaciones públicas, la gestión y las cuentas. Yo me encargaba de la creatividad de la comida, los menús y atraía a la gente con la fama que tenía. Años de diversión veraniega y sus visitas a Roma nos habían unido. Nos conocíamos bien.

Puse mi corazón y alma en este sueño mío, bautizando el restaurante como "Luca's". Mi fama como músico internacional ciertamente atrajo a algunos clientes o me consiguió prensa como el "Chef Estrella del Rock", pero fue la excepcional comida lo que les hizo volver, una y otra vez. Finalmente conquisté la ciudad.

¡Dos años después, lo logramos! Luca's ganó su codiciada estrella Michelin, y al año siguiente la segunda estrella, lo que parecía casi imposible de lograr. Estábamos en racha, y yo vivía la vida que había elegido las 24 horas del día.

Sin embargo, tres años más tarde, me encuentro en una encrucijada.

Ahora. Y ahora... La alegría de crear platos exquisitos se ve ensombrecida por la melancolía en mi alma. El reciente fallecimiento de mi madre, tras la muerte de mis queridos y adorados abuelos, dejó un profundo vacío en mi corazón. Había empezado a perderme a mí mismo y la alegría de la creación en la tristeza de mi corazón. Me sentía un poco a la deriva, echando de menos a mi familia más cercana.

Incluso más, me di cuenta de algo importante. En este torbellino de carrera musical y luego devoción culinaria, me di cuenta de que no hice tiempo para el romance o la familia, y mis estándares se habían vuelto demasiado exigentes. La familia lo es todo para un italiano, y de repente desperté y miré mi vida. No tenía una familia propia, ni un amor propio.

Me molestaba no haber hecho tiempo para el romance o para formar una familia, pero había problemas en ese aspecto. Había intentado salir durante un tiempo. Pero demasiadas mujeres buscaban mi atención impulsadas por mi pasado de estrella de rock o mi estatus de chef famoso, sin querer realmente conocerme. Les gustaba el dinero, ser fotografiadas conmigo, conseguir un buen asiento en una mesa o disfrutar del resplandor de las fotos de los paparazzi. Tantas mujeres superficiales, o aquellas sin el tipo de pasión que anhelaba.

Me di cuenta de que no había conocido a ninguna con la que quisiera pasar tiempo. Ninguna me había intrigado. Yo quería más.

Empecé a sentirme solo y molesto, incapaz de celebrar mi estatus o logros. Mi temperamento ardiente probablemente también ahuyentaba a las mujeres. Tengo una personalidad fuerte y necesito una mujer con una personalidad igualmente fuerte. Una interesada en mí, no en el chef estrella de rock en la superficie, y una que pueda mantenerse firme, incluso desafiarme, y que no tema mi temperamento o ardor italiano.

Reconozco que algo debe cambiar. Dominic quiere ayudar. El peso de mi dolor me ha hecho irritable, y me encuentro menos paciente con el personal y, peor aún, con los clientes difíciles.

Algunos de los clientes adinerados me parecen un dolor de cabeza y me doy cuenta de que siempre me han molestado los mimados que piensan que son mejores, que creen que pueden exigir todo lo que quieren.

Pero en fin, Dominic me dice que tiene un plan pero aún no me lo ha revelado.

Capítulo tres

El pasado de Olivia

La comida, hermosa comida. La anhelo. Sueño con ella. Llena mi alma. Amo trabajar con la comida, rodearme de ella, punto.

Los aromas, los colores, las creaciones, los sabores. La comida despierta todos mis sentidos. Siempre he sentido esta conexión. Yo, Olivia Kensington, de la adineradísima familia Kensington. Heredera de una gran fortuna.

La niñera y el personal de cocina se reían de lo industriosa y curiosa que era de pequeña, observando, aprendiendo y probando alimentos en nuestra enorme cocina —en cualquiera de nuestras muchas y elegantes casas.

Mi madre (que era francesa) murió cuando yo tenía solo seis años. Mi padre es un magnate inmensamente rico, con participaciones en energía, transporte marítimo, bienes raíces, metales preciosos y bienes de consumo. Forma parte de tantos consejos directivos que es imposible contarlos y está profundamente involucrado en los negocios y muy bien conectado. Aunque sentía su presencia, parecía que no lo veía mucho durante mi infancia en el día a día. Pero, sin embargo, estaba rodeada de amor, familiares y mucho personal.

Sin embargo, en cada vacación, verano o descanso, parecíamos estar viajando en avión a algún lugar con varias otras familias adineradas, que me tomaban bajo su protección.

Navegando por las islas griegas, esquiendo en Gstaad o Aspen, como invitados de la realeza menor en Gran Bretaña, asistiendo a fiestas de productores en Los Ángeles (mi padre era inversor), fiestas en casas en Greenwich, bodegas en Napa, islas privadas en el Caribe, mansiones en Newport, y por supuesto el sur de Francia e Italia. El jet de mi padre era cómodo y viajábamos a menudo, con amigos, o volábamos en sus jets o navegábamos en sus yates.

De alguna manera, nunca se me subió a la cabeza. La niñera y el personal no me dejaban malcriarme. ¿Quizás fue mi pasión por la comida lo que me mantuvo con los pies en la tierra? De todos modos, hice amigos cercanos en la escuela que definitivamente me mantuvieron centrada.

Mi padre no aprueba mi primer amor, la comida. Le dije desde el principio que quería ser chef, o tener un restaurante, estar involucrada con la comida de alguna manera, y se burló. Me dijo que eso era para el personal, para los trabajadores de bajo nivel, y que no era un camino viable para una heredera de mi estatus y riqueza.

Así que le oculté mi pasión. He pasado mi vida ocultándosela. Al final, no era ni es tan difícil ya que siempre está viajando o trabajando.

Decidí desde el principio que haría todo lo posible para aprender las habilidades de un chef de restaurante de primer nivel, y luego probablemente me ramificaría desde allí —tal vez tener una escuela, un restaurante o dos, tal vez dirigir una organización benéfica para ayudar a los niños a aprender las habilidades; tal vez hacer catering de alta gama para mi círculo elegante; ¿tal vez incluso escribir y producir hermosos libros de cocina? No estaba segura, pero mi pasión era tan

profunda que sabía que encontraría una manera.

La comida era mi verdadero camino en la vida, mi estrella polar.

Como mi madre era francesa y yo hablaba el idioma con fluidez, mi padre pensó que sería una buena idea pasar un verano en un internado suizo después de terminar mi exclusiva escuela secundaria - mi padre lo llamaba una "escuela de acabado" para herederas.

Estaba más que encantada porque en la parte francesa de Suiza, en Lausana, había tantos restaurantes franceses y para una "foodie", estaba en el paraíso. La directora me complacía y me permitía aprender sobre la cocina.

Después de ese maravilloso verano, regresé a los Estados Unidos. Estudié historia del arte en Harvard, en Boston, con mi mejor amiga Cecily. Me inscribí en secreto en un curso de gastronomía avanzada en la Universidad de Boston. También encontraba clases y clubes de cocina en cualquier tiempo libre que tuviera. Me quedaba en Boston durante las vacaciones escolares con el pretexto de que necesitaba estudiar y tener éxito, pero a menudo estaba inscrita en clases de cocina o repostería. No volví mucho a Nueva York en esos cuatro años.

Cecily era la especialista en historia del arte y me ayudó a salir adelante. Era mi mejor amiga y le debía tanto. Ella apoyaba mi amor por la comida y adoraba ser una conspiradora secreta en mis sueños.

¡Ah, pero mi gran engaño! Mi verdadero gran engaño vino con un año pasado en París después de graduarme de Harvard. Todas las buenas herederas deberían pasar tiempo en el extranjero, especialmente en París, decía mi padre. ¡No tenía que convencerme! Y así comenzó mi glorioso año en París.

Capítulo cuatro

Olivia en París

—Vaya, me encanta esta ciudad —dice mi mejor amiga Cecily en la limusina de camino desde el aeropuerto—. ¡Mírala nada más! ¡Y será nuestro patio de juegos durante el próximo año!

Adoro a Cecily. Siempre está alegre, es divertida y llena de energía. Y siempre me respalda. Fuimos juntas a Dalton, el exclusivo instituto, y luego a Harvard para la universidad, donde ella me ayudó a superar los cursos de historia del arte mientras yo me esforzaba en mi formación culinaria.

Proviene de una familia que mi padre aprueba. Le encantó que aceptara pasar un año con ella. Él arregló un apartamento en el distrito 7, con vista a la Torre Eiffel.

Los padres de Cecily son muy adinerados y grandes coleccionistas de arte. Cecily quiere tener su propia galería y negocio de consultoría de arte en algún momento, entre viajes, compras y citas con hombres guapísimos, por supuesto. Este año está estudiando historia del arte y gestión artística, con algunas prácticas en galerías de renombre y dos semanas en el Louvre.

—Después de deshacer las maletas, vamos a tomar algo a una terraza de los Campos Elíseos, Olivia. Echemos un vistazo y conozcamos el terreno —se ríe—. Y de paso, veamos a los chicos guapos.

Su risa es contagiosa, una de las cosas que más me gustan de ella.

—Y después de eso, tenemos que ir de compras, por supuesto —añade—. Ah, y he hecho los arreglos para que tengamos entradas durante la semana de la moda para ver todos los grandes desfiles de diseñadores —dice encantada.

—Vale, tomaremos algo e iremos de compras, pero yo haré las reservas para cenar en un restaurante de primera. Que empiece el deleite —dije.

Ambas nos reímos.

A Cecily le gusta la buena comida, pero no está obsesionada como yo. Sin embargo, conoce muy bien mi pasión y me consiente. Y nunca se queja cuando pruebo nuevas recetas con ella. ¡Lo cual planeo hacer mucho este año!

Mientras mi padre pensaba que estaba tomando cursos para perfeccionar mi francés, aprender sobre historia del arte con Cecily, estudiar moda y cosas de "escuela de refinamiento" (¡lo que sea que eso signifique!), yo ya había organizado en secreto pasar mi tiempo en la mejor y más eminente escuela de cocina que el mundo pudiera ofrecer: Le Cordon Bleu.

¡Mi gran engaño!

Durante mi año en París, trabajaría para obtener el Grand Diplôme® para dominar no solo las técnicas de cocina sino también de pastelería.

Estaba un poco nerviosa pero sobre todo emocionada. Esta era mi oportunidad de aprender realmente con los mejores. Y de perseguir mi sueño de alguna manera.

La leal Cecily era mi confidente. Compartíamos el elegante apartamento en París, rodeadas de una ecléctica mezcla de amigos internacionales, diplomáticos y estudiantes.

Nuestras vidas se convirtieron en un vibrante tapiz de estilo europeo, y yo cuidadosamente seleccionaba las historias que compartía con mi padre durante el año: detalles sobre París, fotos enviadas por mensaje frente a monumentos famosos u obras de arte, susurros de las clases de historia del arte de Cecily, y nombres de nuestros amigos adinerados y fiestas o cenas a las que asistíamos para asegurarle que me movía en los círculos "correctos". Era un esnob, y yo sabía cómo jugar el juego. Era fácil de manejar.

Cecily y yo teníamos una semana en París antes de que comenzaran nuestras clases, así que exploramos y nos divertimos en la ciudad. Croissants y cafés con leche en terrazas por la mañana, explorando la belleza de París durante el día, cenas exquisitas y luego clubes de jazz o discotecas por la noche.

El martes por la tarde nos encontramos sentadas junto al Sena, bebiendo vino y comiendo queso en una baguette con un saxofonista cerca. Saludamos a la gente en los barcos que pasaban y acariciamos a los numerosos perros que desfilaban con sus dueños.

—Cici, realmente quiero que este año funcione para mis sueños secretos, ¿sabes? Muchas gracias por cubrirme.

—Lo que sea por ti, Liv. Y ¿París por un año? También es un sueño para mí. Ya sabes cuánto me encantan la moda, el arte y los hombres europeos —se rio.

Caminamos hacia Notre Dame, aún cerrada debido al histórico incendio pero hermosa y artística, con arbotantes y vidrieras. Admiramos la hermosa arquitectura, las calles circundantes, los increíbles aromas de comidas y la gente elegante.

Cruzamos el río para pasear por el Barrio Latino, un laberinto de callejuelas antiguas llenas de tiendas, pequeños restaurantes, clubes de jazz y turistas. Compré un viejo libro de cocina en Shakespeare and Company, un tesoro para mi colección, y un libro sobre vinos franceses.

No sabía lo suficiente sobre los antecedentes de la elaboración del vino y decidí ir a la región de Champagne al día siguiente, a solo una hora más o menos de París en tren. Necesitaba saber más antes de que comenzara mi curso. Cecily tenía una serie de citas y entrevistas para sus posibles prácticas, así que lo planeé por mi cuenta.

Salí hacia Reims a la mañana siguiente, en el corazón de la región de Champagne. Era un tranquilo miércoles y no había mucha gente en la somnolienta ciudad, y no vi a nadie merodeando por la bodega cuando llegué. Excepto por un hombre increíblemente sexy con el pelo oscuro largo recogido en una coleta. Mi corazón dio un vuelco cuando lo miré.

Bueno, esto hace que el día sea totalmente interesante, pensé.

Me sentí extrañamente emocionada y excitada solo con mirar a este hermoso espécimen de hombre.

Llevaba una camiseta blanca ajustada y vaqueros, se veía fuerte y casual mientras se dirigía a la zona de cata. Era guapísimo. Sus brazos eran bien formados, su cuerpo era firme y atlético. Era alto y tenía una confianza sensual que emanaba de su cuerpo. Irradiaba salud y sí, sexo. El desconocido me resultaba ligeramente familiar, pero estaba segura de que no lo conocía.

Lo seguí hasta la zona de cata, como una luciérnaga atraída por la luz.

Había varios tipos de champán listos para que los probáramos y varios vasos vacíos junto a las botellas. El enólogo estaba listo para explicarnos cómo se elaboraban y responder a nuestras preguntas. Sin embargo, no dejaba de responder mensajes de texto y su teléfono no paraba de sonar, y parecía estresado por algo.

Habló un poco sobre el champán y luego nos preguntó si podía ausentarse por una emergencia. Ambos asentimos. Al marcharse, señaló la mesa con las copas, el champán y las galletas saladas, para que nos sirviéramos nosotros mismos.

Ambos nos acercamos. Cuando extendimos la mano para coger la primera ronda de champán, nuestras manos se rozaron accidentalmente, y sentí una descarga de pura electricidad que subió por mi brazo y atravesó todo mi cuerpo. El calor de su piel, el poder de su tacto... Contuve la respiración.

Estoy en problemas, pensé. El

bueno. Del tipo que no he buscado desde hace mucho tiempo.

Él también me miró sorprendido, con esos ojos oscuros y hermosos enmarcados por ese cabello increíble.

—Salud —fue todo lo que se me ocurrió decir mientras levantaba una copa hacia él. Él se rio con una voz grave y hermosa y respondió al brindis—. Salud.

El líquido espumoso era increíble, burbujeando en mi boca y garganta mientras lo observaba sorber el suyo. Este hombre era pura energía y sensualidad.

—Es seco, fresco y perfectamente espumoso, ¿verdad? —comentó—. Iría muy bien con un plato de mariscos que tengo en mente —dijo.

—¿Qué plato de mariscos? —pregunté rápidamente, intrigada.

—Tortitas de cangrejo y camarones —dijo sin entrar en detalles.

Vuelve a sorber.

—Estoy aquí para examinar la marca y encontrar algunos vinos y champanes nuevos —dijo después de un momento de silencio.

Su inglés era perfecto, pero no parecía estadounidense. Tenía un aire continental, desde la forma en que llevaba su ropa hasta sus zapatos, y el ligero acento en su habla.

—¿Qué tal este? —pregunto y lleno dos copas de otra botella que nos espera.

—Mmm. Este es más cremoso y brillante. Sería perfecto con un aperitivo de queso, creo —dice.

Observo sus labios carnosos y ricos mientras habla y esos ojos oscuros. Claramente está disfrutando la bebida, pero sigue mirándome. Había mordido una galleta salada que quedaba en la mesa para la degustación. Me bebo la copa de champán y la vuelvo a llenar.

—A alguien le gusta el champán —se ríe mientras se acerca. Lo veo extender la mano para tocarme la cara—. Tienes migas de galleta justo ahí en los labios —dice mientras las quita suavemente.

Dios mío, no podía soportarlo. Era un Adonis, a centímetros de mí, tocándome.

Me incliné rápidamente y lo besé. El beso duró más de lo que esperaba, porque me atrajo hacia él y me devolvió el beso. Con fuerza.

Bien, esta es una buena sorpresa. Me alegro de haber sido impetuosa y haberlo besado.

Lo oigo gruñir, un sonido profundo de satisfacción. Envía una emoción por todo mi cuerpo. Me mira por un momento, con una mirada inquisitiva pidiendo permiso, y me acerco para besarlos de nuevo.

Esto se siente tan bien. Tan increíble. Tan sexy. Sus labios son suaves y carnosos y simplemente asombrosos. Su cuerpo emana un calor y un aroma almizclado y terroso que es embriagador.

Ahora no duda. Me empuja hacia la pared de la habitación. Estoy contra la pared, sus besos apasionados me llenan, su cuerpo se apoya contra mí. Su lengua comienza a bailar con la mía y es divino.

Sus fuertes dedos se mueven desde mis hombros hasta mis brazos, provocando hormigueos en mi piel. Dejo escapar un suspiro—. Ohhhhh, sí. Más.

Empieza a besarme el cuello y la garganta, debajo de la oreja, respirando pesadamente. Un susurro en mi oído: —Qué sexy eres, te deseo —es suficiente para enviarme a un giro de éxtasis. Y luego me hace cosquillas en la oreja con su lengua, enviando más escalofríos de deseo por mi columna vertebral.

Me rodea con sus brazos y me levanta ligeramente mientras envuelvo mis piernas alrededor de él, sintiendo su cálido cuerpo. Empiezo a empujar mi monte contra él mientras me besa, lamiéndome de arriba abajo.

Sí, estoy un poco fuera de control, pero disfrutando cada segundo.

—Vamos a movernos por aquí —dice con esa voz profunda, llena de urgencia. Me lleva sin

esfuerzo a un rincón más oscuro de la habitación detrás de una alta estantería de vinos, por si alguien entrara.

Me quita el vestido informal de un solo movimiento hábil, revelando mi sujetador negro y mis bragas de encaje—. Mírate, tan hermosa. Eres tan sexy, mi pequeña chica del champán —susurra.

Desenredo mis piernas de su increíble cuerpo, bajo y miro a este Adonis frente a mí. Le desabrocho los vaqueros y se los quito, y veo su fuerte erección empujando a través de sus calzoncillos. Lo quiero dentro de mí. Hace mucho tiempo que no tengo un hombre dentro de mí, y lo deseo tanto. No soy virgen, pero tampoco tengo mucha experiencia. Pero los fuertes sentimientos sexuales me llenan por completo.

Estoy tan mojada.

La visión de este hombre hermoso y sexy, que me desea, y la situación totalmente inesperada me hacen temblar de deseo lascivo y excitación. El aroma del vino y el champán me rodea, ya de por sí un afrodisíaco en mi mundo. Y el riesgo de ser descubiertos aumenta la excitación.

Ahora le quito urgentemente los calzoncillos y veo su duro y grueso sexo. Lo toco y no puedo esperar hasta que esté dentro de mí. Muevo mi lengua hacia él, lamiéndolo y queriendo darle placer allí. Pero él se agacha y me hace ponerme de pie. Sigo su ejemplo. Nos empujamos el uno contra el otro, duro y fuerte. Siento su polla contra la mía. Siento sus dedos en mis bragas y moviéndose dentro de ellas.

Me quita las bragas y luego el sujetador. Ahora estoy desnuda frente a él, llena de deseo y anhelo.

Se arrodilla ante mí. Y empieza a lamer mi sexo.

¡Oh! Esto es demasiado bueno. Su lengua sabe exactamente qué hacer. Pierdo la noción de dónde estoy y qué está pasando, solo me concentro en esa lengua que me está volviendo loca.

Está lleno de pasión y da placer a mi monte. Su lengua se lanza a mi botón, de un lado a otro mientras agarra mi trasero con sus manos, masajeándome y acercándome más a su boca mientras siento los deliciosos movimientos de su lengua. Empieza a succionar entre los dardos de su lengua y encuentra cada parte de mí para darme placer.

Su lengua y su boca saben exactamente qué hacerme. Soy suya.

Estoy gimiendo cada vez más fuerte, arqueando la espalda y empujándome contra él mientras se deleita en darme placer. Puedo ver que se está poniendo más duro y grande mientras me acerco al clímax.

Siento que mi placer crece y aumenta como loco, con esa lengua plana moviéndose ahora de un lado a otro justo en el punto correcto. En un momento brillante y agudo me lleva al límite. Es el mejor orgasmo que he tenido jamás, y continúa durante más tiempo del que podría haber imaginado mientras su lengua sigue llevándome a través de él.

Finalmente, se pone de pie, sus ojos oscuros y urgentes, su erección completa lista para mí—. Ven aquí, mi chica del champán —dice mientras me levanta de nuevo. Envuelvo mis piernas alrededor de él y entra en mí inmediatamente. Bombea y empuja y me trabaja, mi espalda contra la pared mientras me empuja hacia él, más y más profundo.

Ambos gemimos y gruñimos mientras su placer aumenta. Está empujando dentro de mí, y la sensación de su eje moviéndose dentro de mí, los movimientos de nuestros cuerpos y nuestra respiración pesada es asombrosa. Se siente primitivo. Lo cabalgo, y mientras mi propio placer aumenta de nuevo, estoy segura de que volveré a correrme.

Le mordisqueo el cuello y la oreja, lo que parece excitarlo. Bombea más fuerte, empujando profundamente dentro de mí. Ahora me está llevando a otro orgasmo y grito. Esto lo envía a un frenesí. Empuja su fuerte polla dentro de mí más y más rápido hasta que finalmente gime fuertemente con un estallido final y deja escapar un gemido entrecortado.

Nos quedamos allí en el rincón oscuro por un rato, jadeando, él dentro de mí, mi sexo aún pulsando. Finalmente, me ayuda a bajar y se retira, y alcanzamos nuestra ropa descartada. Nos ayudamos mutuamente a vestirnos, en silencio, aún temblando de tensión sexual.

Y luego nos vamos, cada uno por su lado con una mirada de gratitud. Sin conversación ni palabras.

Fue el episodio más sexy que he tenido jamás, y uno para recordar.

Capítulo cinco

Olivia

Mi año en París iba bien. Muy bien.

Cecily estaba encantada con mi historia del misterioso y guapísimo Adonis del viñedo. —Esto no es típico de ti, Liv, pero me alegro tanto de que haya sucedido. ¡Necesitas algunas aventuras sexuales, pasión y hombres en tu vida! —exclamó.

—Ya tengo suficiente vicariamente a través de ti, Cici —me reí.

De vez en cuando pensaba en aquel extraño absolutamente guapísimo y me preguntaba quién era o de dónde venía. Pero al final, era un recuerdo increíblemente sexy.

Es cierto, soy una mujer con una misión clara, y nada podía cambiar mi camino o mi enfoque. Ni siquiera un hombre guapísimo.

Solo tenía este año para concentrarme en crear los cimientos de mi sueño. Tenía clases todo el día, tareas, cocina o repostería, preparación de exámenes, estudios de mercado y más cada noche y fin de semana. Sí, también hacía tiempo para algunas fiestas y para visitar galerías de arte y museos con Cecily. Y me aseguraba de enviarle fotos de esto a mi padre.

Cecily y yo teníamos amigos internacionales que nos rodeaban: ricos y no tan ricos, pero todos interesantes y divertidos. Asistíamos a algunos festivales de cine, desfiles de moda y todo lo que París nos ofrecía, incluidos restaurantes increíbles.

—Cici, es mi tarea —le decía mientras la llevaba a cenar a otro restaurante asombroso.

Mis profesores en Le Cordon Bleu me tomaban en serio y decían que tenía un verdadero don. Sí, me tomó algo de tiempo demostrarles mi valía, pero era una chica muy decidida y llevaba mi pasión por la comida a clase todos los días. Mi trabajo me dio la oportunidad de hacer prácticas en algunos de los mejores restaurantes. Esto en sí mismo no tenía precio.

A Cecily y a nuestros amigos les encantaba probar todo lo que creaba, y siempre estaba creando deliciosas comidas. Organizaba pequeñas fiestas de degustación para nuestros amigos. Me sumergí profundamente, y fue una época tan feliz de mi vida.

Aprender cada técnica, conocer cada tipo de comida y nuevas formas de preparación, desarrollar nuevas combinaciones de recetas mientras aprendía los clásicos, cenar en los mejores restaurantes o los más innovadores y conocer a chefs, perfeccionando mi pasión. París era el lugar perfecto para mí. Y los recuerdos de mi madre francesa subyacentes le daban aún más significado. Me traía recuerdos de algunos viajes con ella cuando era muy pequeña.

La comida tenía toda mi devoción. Estaba en el cielo. Estaría completamente preparada y lista para de alguna manera hacer realidad mis sueños cuando regresara a casa en Nueva York.

Capítulo seis

Olivia de vuelta en Nueva York

Al final de mi fantástico año en París, ideé un plan con Cecily. Alquilamos un apartamento juntas en Nueva York y le expliqué a mi padre que planeábamos establecer un negocio de colección de arte y una galería. Este es el sueño de ella y yo la encubro, pero ella también me cubre a mí. Me hago pasar por su socia en el negocio.

Es una vía "apropiada" para una heredera, según mi padre, tratar con gente de nuestro círculo y con obras de arte caras e invaluablees.

Él también quiere que empiece a salir con hombres de su círculo aprobado de familias y que comience a pensar en un matrimonio adecuado que vincule a nuestra familia con otra acaudalada y poderosa.

Lo evado en ese tema, diciéndole que necesito dedicar mi tiempo primero al negocio del arte y asegurarme de que sea un éxito. Él entiende lo importante que es el negocio y no me presiona con las citas por ahora.

Así que encontrar formas elaboradas de ocultar mi verdadera pasión se ha convertido en un estilo de vida. Elijo la vida que quiero llevar, no la que él quiere.

Con mis estudios en Boston, el diploma y los increíbles contactos de París, referencias y recomendaciones, estaba lista para conocer a Dominic, el socio comercial de Luca Ravello del famoso restaurante Luca's. Aparentemente, fui muy recomendada, y Dominic está decidido a conocerme.

Luca's es uno de los únicos doce restaurantes de la ciudad de Nueva York con 2 estrellas Michelin. Dominic y el chef Luca aspiran a unirse a los únicos cuatro restaurantes que tienen 3 estrellas Michelin en el futuro. Una meta elevada y casi imposible.

Al menos ese había sido el plan.

Dominic fue muy franco en nuestra reunión. Llamarlo entrevista sería un error. Estaba claro que me quería para el restaurante, y me enteré más tarde de que dos de sus mentores en Francia le dijeron que yo era lo que necesitaba.

Luca Ravello era un chef increíblemente talentoso. Lo conocía por su reputación. Causó sensación en Nueva York cuando yo estaba fuera en la universidad en Boston y luego viviendo en París. Se convirtió en una fuerza creativa en el mundo de los restaurantes en ese momento.

Aparentemente, es un hombre atractivo que fue una estrella de rock fuera de los Estados Unidos cuando era joven. Dicen que acapara la atención de todos cuando entra en una habitación y deleita a todos con sus creaciones culinarias y energía.

Mientras yo estaba fuera durante esos años, en Suiza, luego en Boston y después en París, todo el mundo quería cenar en Luca's. Dominic dijo que estaba en la lista social de todos. Ganó algo de

fama.

Pero... Dominic dijo que Luca había perdido su chispa en el último año más o menos. Se había vuelto más brusco con su personal y perdió a varios, incluido su sous-chef. Peor aún, se volvió brusco con los comensales. Había dejado de innovar en los platos, simplemente confiando en los que lo llevaron a donde estaba. No me dijo si había una razón exacta para esto, pero mencionó que se tomó muy mal la muerte de su madre y abuelos en el último año.

Dominic dijo que Luca's necesitaba un innovador para insuflar algo de vida de nuevo. El restaurante necesitaba a alguien joven y fresco y lleno de pasión por la comida. Alguien que pudiera ayudar al propio Luca a recuperar su chispa.

Dominic fue honesto: dijo que el plan podría fallar. Dijo que Luca podría tratar de echarme de su cocina, y que probablemente no acogería nada "nuevo". Aunque podía ser encantador como el demonio, Dominic dijo que también podía ser fogoso o brusco. Encima de todo, nunca había tenido una sous-chef femenina.

—Olivia, es un chef brillante. Pero algo anda mal, y quiero salvarlo a él y salvar nuestro restaurante.

Dominic se enteró en secreto de que Luca's estaba en peligro de perder una estrella Michelin. Me dijo que las reservas habían estado bajando lentamente durante el año. Los arranques de ira de Luca con los clientes habían salido en la prensa, y un crítico gastronómico escribió una reseña el mes pasado que básicamente decía que eran los "mismos platos de siempre" en Luca's.

La estrella de Luca se estaba apagando, y Dominic creía que yo podría infundirle nueva vida.

Así que tenía el desafío planteado ante mí.

—Dominic, conoces el nombre de mi familia y mi situación —expliqué—. Mi padre no aprueba mi pasión. No quiero que sepa de mi situación trabajando en Luca's. ¿Lo entiendes? Eso incluye al propio Luca. De todos modos, quiero ganarme mi lugar en su cocina por mis propios méritos y no por el nombre de mi familia.

—Podemos arreglar eso. No le diré a Luca —dijo—. Usemos un apellido diferente, ¿eh? En lugar de Kensington.

—Podría ser conocida como Olivia Jade. Jade es mi segundo nombre, ¿de acuerdo?

—Eso funciona. Pero, Olivia, ¿puedes asumir lo que te estoy pidiendo? ¿Innovar, ayudar a Luca's a mejorar el menú, atraer de nuevo a los comensales? No tienes que esperar sus órdenes o peticiones. Te lo digo como socio, toma medidas para innovar platos por tu cuenta y trae nueva energía a la cocina. Incluso si Luca va a ser un dolor de cabeza al respecto.

Hizo una pausa. —Piensa que es más fácil pedir perdón después de actuar, que pedir permiso de antemano.

—He lidiado con hombres difíciles toda mi vida, empezando por mi padre. No le temo al

desafío, Dominic. Gracias por la oportunidad.

De hecho, estaba un poco nerviosa, pero me encantaban los desafíos y amaba aún más todo lo relacionado con la comida. Este era mi sueño hecho realidad, trabajar en un restaurante de primer nivel, innovar, crear. Tal vez marcar la diferencia.

Así que acepté.

Capítulo siete

Olivia

Luca's. El famoso restaurante Luca's, dirigido por el chef Luca Ravello, brillante pero volátil. Hoy es el día en que empiezo como sous-chef. Y el día en que por fin lo conoceré.

En el momento en que entré en la cocina de Luca's, sentí como si hubiera dado un paso hacia un universo diferente, uno que amo y con el que había soñado. El aroma penetrante del ajo y el olor terroso de las hierbas frescas me recibieron de inmediato, mientras los sonidos de una cocina bulliciosa —el ritmo constante de los cuchillos, el sutil siseo de algo friéndose— llenaban el aire.

Hermosos electrodomésticos, hornos, fogones. Área de repostería. Utensilios perfectos y ollas relucientes, amplias áreas de servicio, estaciones de trabajo impecables. Todo lo que una cocina bien administrada debería ser.

—Concéntrate, Olivia —me digo internamente, respirando hondo—. Este es mi sueño. Está sucediendo. Concéntrate.

Tenía que demostrar que merecía estar aquí, que era digna de este restaurante, esta cocina y del mismo Luca. Y lo que Dominic me pidió en la entrevista para ayudar a Luca's. Estoy ocultando mi famoso apellido. Aquí seré conocida como Olivia Jade. Nadie necesita saber que pertenezco a la extremadamente rica y famosa familia Kensington.

Dejo a un lado mi energía nerviosa y examino la cocina ocupada y enérgica, absorbiendo los aromas y sonidos.

Dominic me había dicho lo que debía hacer en mi primer día y estaba lista.

Podía sentirlo, las miradas sobre mí, sopesando y juzgando. Tratando de no parecer desconcertada, me dirijo hacia una estación de preparación vacía. Apenas había comenzado a desempacar mi bolsa de cuchillos cuando una voz interrumpió mi concentración.

—Soy Pete. Así que, ¿tú eres la sangre nueva, eh? ¿Olivia Jade? Dominic dijo que te esperaríamos —era el chef de la parrilla, Pete, con tatuajes subiendo por sus brazos. Me miró con curiosidad, la comisura de su boca torciéndose en una media sonrisa.

—Esa soy yo —respondí, sosteniendo su mirada con firmeza. Su mirada era casi depredadora, como si estuviera evaluando a su competencia.

Se apoyó contra la encimera, un poco demasiado cerca para mi comodidad. —No se ven muchas caras nuevas que duren mucho tiempo aquí.

Un desafío. Genial. Me encantan los desafíos. Nunca me han detenido.

Poniendo los ojos en blanco internamente, respondí con sarcasmo: —Supongo que seré la excepción entonces.

Pete se rió, claramente no acostumbrado a tanta franqueza de los recién llegados, tal vez no de una mujer. —Ya veremos. Pero me gusta tu estilo. Bienvenida.

Volviendo a mi preparación, podía sentir una mezcla de nervios y feliz adrenalina. Me habían dado instrucciones y sabía lo que tenía que preparar, lo que tenía que hacer en mi primer día aquí. Mi mise en place.

El peso del escrutinio de Pete y los murmullos alrededor de la cocina eran casi palpables. Pero traté de canalizar todo en mi trabajo. Cada vegetal que cortaba, cada hierba que picaba, cada pato que descuartizaba, era un testimonio de mi entrenamiento y dedicación. Me movía con precisión y rapidez, perdiéndome en el ritmo familiar del trabajo de preparación.

—Tú puedes con esto, Olivia —pensé, centrándome. —Una tarea a la vez.

El tiempo parecía volar, y antes de darme cuenta, había pasado una hora. Mientras me tomaba un momento para limpiar mi estación, noté que Pete me observaba desde su parrilla, con una mirada de respeto a regañadientes en sus ojos. Sonreí con suficiencia, recuperando mi confianza.

—¿Algo en mente, Pete? —le provoqué, limpiándome las manos con una toalla.

Gruñó, volteando un filete perfecto en la parrilla. —Solo viendo si Dominic hizo una contratación decente por una vez.

Riendo, respondí: —Créeme, soy más que decente.

Se rió. Nuestra conversación fue interrumpida cuando comenzaron a llegar los pedidos, y el ritmo de la cocina se aceleró a medida que llegaban los comensales. Pero en esa primera hora, había sentado las bases y estaba lista, demostrando que merecía estar allí. Un sous-chef ayuda con la planificación del menú, el inventario y la gestión de suministros; se aseguran de que la calidad de la comida sea de primera. La gestión del personal de cocina vendría más tarde, dijo Dominic, ya que Luca quería mantener el control de esa parte de la cocina por ahora.

En mi primera noche en Luca's, el tiempo se derritió en un borrón mientras el tempo de la cocina se intensificaba. Me sentía como en el cielo. Mi sueño, ser parte de una cocina increíble.

El sonido estridente de la máquina de tickets se estaba convirtiendo en un telón de fondo familiar para la bruma. Estaba a mitad de preparar una salsa complicada cuando una nueva energía entró en el espacio, casi palpable, como una carga eléctrica.

Luca.

Levantando la mirada, mis ojos se encontraron con un par de ojos negros penetrantes desde el otro lado de la habitación. Ahí estaba él en toda su altura, energía y belleza italiana.

Oh. Dios. Mío.

Luca es el hermoso hombre con el que tuve un ardiente encuentro sexual sin nombre. ¡En Francia, en el viñedo el verano pasado! ¡Mierda! ¿Cómo puede ser esto posible?

Maldición.

¡No! ¡No! ¡No!

Este es el único hombre por el que he tenido algún interés en los últimos años, y uno de los hombres más sexys que jamás haya visto. O besado.

El

los recuerdos de nuestro encuentro sexual regresaron de golpe.

No había hecho la conexión entre ese encuentro y el reconocido chef para el que ahora trabajaba. Solo lo conocía de nombre —se había vuelto famoso después de que yo dejara Nueva York. No me di cuenta de que un chef neoyorquino estaría en un viñedo al azar en Francia ese día. Pensé que era un europeo deliciosamente sexy de vacaciones o tal vez trabajando en un restaurante de allí.

Recuerdo tan bien nuestro encuentro. Me había mirado con hambre y deseo, y nunca había querido besar, tocar o estar con un hombre tanto como con él ese día.

Recuerdo que su lengua hizo maravillas conmigo, me llevó al orgasmo, el primero de la tarde. Luego me folló sin sentido, de pie, con mis piernas envueltas alrededor de su cintura. Recuerdo haber llegado tan fuerte, otra vez.

Y luego cada uno siguió su camino. Sin hablar en absoluto. Solo un reconocimiento en nuestros ojos. Era un dios de aspecto italiano, es todo lo que recuerdo.

Luca Jodido Ravello.

Mi corazón empezó a latir más rápido y mi respiración se aceleró. Traté de mantener la expresión de sorpresa fuera de mi rostro. ¿Qué voy a hacer?

¡Maldición!

Luca. Incluso desde esta distancia, parecía más grande que la vida: alto, de hombros anchos, con rizos oscuros que supuse eran de largo hasta los hombros, recogidos en una coleta.

Se movía con una gracia decidida, cada paso exigiendo respeto. Cuando gritó una orden, su voz resonó por encima del caos, baja y poderosa, enviando un escalofrío por mi espalda.

Nuestras miradas se encontraron brevemente, una colisión momentánea llena de una tensión indescriptible. Luego reconocimiento. Sí, él también recordaba.

¡Mierda!

Me miró de arriba abajo con esos ojos oscuros, desde el otro lado de la cocina.

—Eres la nueva sous-chef que contrató Dominic —afirmó, no preguntó.

Sentí como si el mundo se detuviera momentáneamente, solo por esa fugaz conexión. Había un desafío tácito en su mirada, y no estaba dispuesta a retroceder, igualando su intensidad. Luego, tan rápido como llegó, el momento se rompió.

—¡A trabajar! —gritó a todos.

—Vaya —susurré para mis adentros, sintiendo los latidos de mi corazón resonar en mis oídos. El encuentro dejó un hormigueo persistente en mi piel, como si nos hubiéramos rozado físicamente. Traté de sacudirme la sensación y el recuerdo de nuestro pasado encuentro sexual. Volví a concentrarme en la salsa que estaba creando.

Sin embargo, Pete, siempre observador, había notado nuestro pequeño cruce de miradas. —Así que parece que has captado la atención del jefe —bromeó, acercándose a mi estación.

Sonrojándome furiosamente, respondí: —Solo hago mi trabajo, Pete. Soy nueva. Es mi primer día como su sous-chef. Por supuesto que me notaría.

Se rió, negando con la cabeza. —Sí. Bueno, nadie ha sido capaz de romper esa dura coraza suya, muñeca.

Las palabras de Pete se ahogaron cuando la voz de Luca resonó de nuevo, pidiendo un plato.

Me concentré en mi trabajo y creaciones, pero no pude evitar lanzar miradas en su dirección de vez en cuando. Había algo hipnótico en la forma en que se movía, su cuerpo, la manera en que se comportaba, esa mezcla de poder crudo y gracia. Su habilidad y reputación eran parte del aura. Esa voz, profunda y fuerte.

Y los recuerdos de nuestro beso, el roce de su piel, su crudo atractivo sexual.

Podía sentir esa misma conciencia viniendo de él en esos momentos robados cuando su mirada se desviaba hacia mí, hacia mi estación. Nuestros ojos se encontraban por una fracción de segundo antes de que la realidad de nuestras tareas nos arrastrara de vuelta.

Durante un momento particularmente frenético, una sartén casi se volcó por el calor, pero la atrapé con destreza. Maldiciendo entre dientes, rápidamente establecí la sartén, sintiendo una ola de alivio invadirme.

—Por poco —murmuró un chef de una estación vecina.

—Sí, no me digas —respondí bruscamente, y luego inmediatamente me arrepentí de mi tono. Pero para mi sorpresa, él solo se rió, dándome un asentimiento comprensivo. Todos entendíamos la tensión del servicio y los arrebatos. Nadie se lo toma en serio.

A pesar del caos, la atmósfera en Luca's era absolutamente embriagadora, para lo que yo vivía. Los aromas de comidas deliciosas, la visión de hermosa cocina siendo creada. La pasión cruda, el impulso, la búsqueda incesante de la perfección, los impresionantes platos presentados a los clientes para su deleite y disfrute —era todo lo que había imaginado y más.

La comida es vida. Ese era un mantra para mí.

Pero ahora, la tensión sexual añadida entre Luca y yo estaba siempre presente. Eso era algo inesperado.

A medida que pasaba esa primera noche, nuestro silencioso juego del gato y el ratón continuaba. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, el aire crepitaba de tensión. La intensidad era casi demasiado, dejándome sin aliento y ligeramente desequilibrada. Pero en lugar de retirarme, me incliné hacia ella, dejando que la energía cargada me impulsara.

Antes de darme cuenta, se estaban llamando las últimas órdenes de la noche, y la cocina comenzaba a calmarse.

Mientras limpiaba mi estación, borrando los restos de la noche, sentí una peculiar mezcla de agotamiento y euforia por un trabajo bien hecho.

Todavía podía sentir la presencia de Luca desde el otro lado de la sala, su mirada pesada sobre mí. Era como si un hilo invisible nos conectara, tensándose más con cada segundo que pasaba.

Mientras guardaba mis cuchillos y me preparaba para el día siguiente, una cosa estaba clara: Luca's no era una cocina de restaurante cualquiera, y Luca no era un chef cualquiera.

Fuera lo que fuese que se estaba gestando entre nosotros, prometía ser tan intenso y ardiente como la cocina que ambos amábamos.

Y yo estaba aquí y lista para ello, cada momento hirviente, acalorado y apasionado.

Capítulo ocho

Luca

Mi cocina era una máquina bien engrasada, cada pieza trabajando en perfecta armonía. Al menos, así era antes de que ella llegara. Por el rabillo del ojo, observaba trabajar a mi nueva sous-chef, un ritmo desconocido en mi danza cuidadosamente coreografiada. Olivia Jade, contratada por Dominic.

Olivia, la misteriosa mujer de Francia que había llenado mis fantasías nocturnas después de nuestro emocionante encuentro sin palabras.

Estoy intrigado pero también molesto.

Esta mujer ha hecho que me hierva la sangre. Ha captado mi interés. No solo porque es preciosa, sino porque es segura de sí misma, talentosa en la cocina y tiene algo indescriptible.

No voy a mentir; recuerdo cada segundo de nuestro apasionado interludio en el viñedo francés el año pasado. Era atrevida, sexy y deliciosa. Había hecho un viaje relámpago de dos días a Francia para elegir algunos vinos nuevos y me había detenido en ese viñedo por capricho al final del viaje.

Recuerdo haberla deseado inmediatamente. Y ese mismo sentimiento está dentro de mí ahora. No había deseado a muchas mujeres, no después de haber sido quemado demasiadas veces en el pasado. Bueno, de todos modos tengo poco tiempo para las mujeres o las citas, con el restaurante ocupando mi tiempo y energía.

Recuerdo haberla tomado en mis brazos, sintiendo su pasión, haciéndola llegar justo en medio de la tarde, en el rincón de la sala de catas.

Estaba seguro de que nunca la volvería a ver.

¡Ja!

Bueno, Dominic me dijo que había contratado a una mujer de armas tomar, alguien muy recomendada que se había formado en Le Cordon Bleu. Dijo que necesitábamos mejorar nuestro juego, proteger nuestra estrella Michelin, reparar nuestra imagen pública después de mis recientes arrebatos.

¡Maldita sea!

Bueno, tenía habilidad. La observaba cuidadosamente. La forma en que se movían sus dedos, cortando hábilmente los ingredientes, la manera en que manejaba la comida y los diversos ingredientes, mostraba su pedigrí. Había trabajado bajo algunos grandes nombres en París.

Dominic dijo que debía darle algo de libertad, dejar que aportara algo de magia y nuevas sugerencias.

Maldita sea, iba en contra de mi propio ser. Me gusta tener el control total. Pero, en el fondo, sabía que estaba estancado. Había dejado de innovar, de ver la pasión en mi comida.

Así que aunque no me gustaba un carajo lo que Dominic sugería, le di algo de espacio. Pero aún podía quejarme de ello.

Sus métodos... no eran a los que estaba acostumbrado, no en mi cocina. Sentía que mi mandíbula se tensaba cada vez que improvisaba, alejándose de los métodos que yo había perfeccionado durante años.

—¿Por qué coño está usando ese método para la bearnesa? —murmuré para mí mismo, luchando por suprimir mi irritación.

—La está haciendo más aterciopelada; le da un toque diferente —comentó Pete, siempre observador—. Y Luca, sabe mejor también.

—No pedí un jodido toque diferente —espeté, pero mis ojos nunca dejaron a Olivia.

Oí a Pete reírse por lo bajo de mí.

En un momento, mientras flambeaba un plato, con las llamas lamiendo la sartén más alto de lo que me gustaría, casi intervengo. Pero ella lo controló con facilidad, esa mirada confiada nunca abandonando su rostro. Me irritaba, pero maldita sea si no era impresionante.

Era alguien en control de sí misma y segura. Me gustaba, aunque me molestara.

No nos habíamos enfrentado por nuestro pasado encuentro sexual. No hemos hablado de nada excepto de comida, y poco de eso en estos primeros días. Yo no estaba listo y ella seguía mi ejemplo.

La noche siguiente, continué observando sus métodos, dándole algo de espacio en contra de mis deseos. Nuestros caminos se cruzaron cuando ella alcanzó el azafrán al mismo tiempo que yo. Las manos se rozaron, el contacto envió una descarga por mi brazo. Maldita sea, la sensación de electricidad de su toque. Nuestros ojos se encontraron, esa misma tensión chisporroteando entre nosotros. Un destello del viñedo pasó por mis ojos. Me sentí un poco más duro. ¡Mierda!

—Pensé en probar el azafrán con el risotto, Chef —dijo ella, con un brillo desafiante en sus ojos.

—Estaba a punto de usarlo para la bullabesa, Chef —respondí, con voz baja.

Un enfrentamiento. Por el jodido azafrán.

Pete, sintiendo una tormenta en ciernes, intervino rápidamente.

—Oye, tengo más en la despensa. Voy a buscarlo.

La mirada de Olivia nunca vaciló.

—Bien —dijo, dejando caer el azafrán en mi mano, sus dedos demorándose una fracción más de

lo necesario.

No me tenía miedo.

Me excitaba que me plantara cara, aunque me molestara al mismo tiempo. Me hacía hervir la sangre. Y debo admitir que me gusta su aspecto. Su postura, su cuerpo, su rostro. Los rizos que se escapan de su coleta. El rubor de sus mejillas. Recordar su cuerpo desnudo tampoco hacía daño.

Estoy en problemas, eso es seguro.

Como imanes, nos atraíamos pero podíamos sentir la tensión en igual medida. Había una dinámica, una energía, algo que ninguno de los dos podía negar. Una mezcla de tensión sexual, deseo y un juego de poder mezclado con fastidio. Dominic la había contratado por una razón, y yo confiaba en él. Pero mierda, me estaba volviendo loco.

—¿Estás cambiando el emplatado, Chef? ¿Qué demonios? —pregunté con incredulidad mientras observaba su disposición artística para el steak tartare. Mi versión era pulcra, muy metódica. La suya era... abstracta y hermosa. Pero no mi método tradicional.

—Es una nueva perspectiva, Chef. Pensé que complementaría los sabores del plato —respondió ella, con un tono igual de desafiante—. Los clientes de Luca's esperan lo mejor, algo diferente o sorprendente, fuera de lo común.

Podría jurar que la temperatura de la cocina subió unos cuantos grados con cada uno de nuestros encuentros. No eran solo los desafíos; era el aire cargado sexualmente, las respiraciones pesadas, las miradas prolongadas

glances.

—¿Qué pasa con los p*tos microgreens, Chef? —gruñí cuando la vi guarnecer un plato más tarde.

—Resalta, Chef. Deberías probarlo alguna vez —replicó ella, enfrentando mi desafío de frente.

Tenía que admitir que, por mucho que me enfureciera, me intrigaba en igual medida. Cada ajuste, cada innovación, todo mostraba su pasión y habilidad. Y los platos mejoraban. Usualmente ella tenía razón, aunque no se lo decía. Al menos no todavía.

La pasión por la cocina fluía de su cuerpo en cada movimiento que hacía. Pasión por la comida, por la creación. Era como solía sentirme y ser yo.

Y esos momentos, fugaces pero potentes, cuando nuestras manos se rozaban, hacían saltar chispas. Momentos en que nuestros ojos se encontraban y las palabras se volvían innecesarias. Momentos que dejaban claro que el calor entre nosotros no era solo por cocinar.

A medida que esa noche en particular avanzaba y los pedidos disminuían, encontré un momento para respirar. Me apoyé en el mostrador frío, mi mirada una vez más desviándose hacia Olivia.

Estaba absorta en su trabajo, con una expresión de pura concentración en su rostro. Y en ese silencio, en medio del caos, me permití observarla de verdad. La forma en que un mechón rebelde caía sobre su rostro, cómo se mordía el labio concentrada, la suave curva de su cuello grácil mientras probaba una salsa con sus labios carnosos.

Era enloquecedor.

Esta mujer, que había irrumpido en mi mundo, desafiando y cambiando las cosas, se había convertido en un enigma que estaba desesperado por descifrar. Era hermosa.

De acuerdo, estaba intrigado. Estaba interesado, y hacía mucho tiempo que no me interesaba en una mujer. Ella no me tenía miedo. Era fuerte, y en el fondo me gustaba eso.

Mi batalla interna se intensificó. Por un lado, la audacia de Olivia en mi cocina me enfurecía. La idea de que alguien desafiara mis técnicas y decisiones era extraña, y había construido mi reputación en torno a la perfección.

Por otro lado, sus cambios siempre eran para mejor. Estaba elevando el listón. Había algo inevitablemente cautivador y apasionado en ella. En sus enfoques, su trabajo y sus creaciones. Tenía habilidad, una habilidad artística que sentía que una vez tuve, tal vez aún tenía.

Me encontraba siendo atraído hacia ella, observando cada uno de sus movimientos, absorbiendo cada detalle. Comencé a soñar con ella por las noches. ¡Maldita sea, no!

Tendré que hacer algún movimiento pronto. Algo tiene que ceder.

Al personal de cocina le caía bien. Se mantenía firme. Los hacía mejores. Pete, conmigo desde la apertura de Luca's, había visto mucho. Y la respetaba. Y me lo decía a menudo.

La forma en que dominaba su espacio era casi poética. Con cada plato que diseñaba, había una historia, una narrativa que tejía con sus ingredientes y presentación. Su confianza era inquebrantable, incluso cuando nuestras miradas se cruzaban y el mundo a nuestro alrededor se difuminaba.

Por mi parte, continuaba sintiendo una corriente subyacente. Siempre estaba presente, siempre acercándonos.

—J*der, es buena —susurré, observándola manejar sin esfuerzo una catástrofe culinaria cuando una salsa se cortó, pero con un movimiento hábil y pensamiento rápido, la recuperó.

Pete, que había escuchado, se rió entre dientes. —Te tomó bastante tiempo notarlo, hombre. Tiene habilidades locas.

—Sí, lo he notado —refunfuñé—. Simplemente no entiendo por qué está tratando de reinventar la rueda aquí.

—Tal vez porque la rueda siempre puede rodar un poco más suave —respondió Pete con una sonrisa burlona—. Tal vez la rueda se estaba volviendo un poco vieja. Dominic te ha estado pidiendo algunas actualizaciones, ¿verdad, Chef?

Me volví hacia el intrincado postre que estaba elaborando. Me quedé sin un ingrediente clave: maracuyá. Maldiciendo por lo bajo, comencé a escudriñar la cocina.

De repente, una mano apareció en mi línea de visión, sosteniendo la vibrante fruta. —¿Buscas esto, Chef?

Levanté la mirada, encontrándome con los ojos de Olivia.

—Gracias, Chef —murmuré, alcanzando la fruta, pero ella la retiró ligeramente, bromeando.

—Admite que hice ese plato de pato mejor que tú ayer, y es tuyo, Chef —me desafió, con un destello travieso en sus ojos sensuales.

Levanté una ceja. —¿Extorsión en la cocina, Chef? —Un pequeño escalofrío me recorrió.

Al menos ella estaba empezando a hablarme, a confrontarme más, con algo de humor. Estaba tratando de romper el muro de tensión que sentíamos.

—¿Extorsión? —Se encogió de hombros, sus labios curvándose en una sonrisa—. Tiempos desesperados.

Suspirando dramáticamente con una pequeña sonrisa, cedí. —Está bien, de acuerdo. Tu plato de pato fue... inspirador. —La palabra sabía extraña, una admisión a la que no estaba acostumbrado. Pero la mirada triunfante en sus ojos lo hizo de alguna manera valioso.

—Aquí tienes, Chef —sonrió, colocando la fruta en mi mano. Nuestros dedos se rozaron y, por un momento, todo se detuvo. El zumbido de la cocina, el tintineo de ollas y sartenes, el parloteo distante, todo se desvaneció. Solo estábamos nosotros dos en cámara lenta, y esa maldita carga eléctrica.

Demonios, es realmente hermosa. La deseo. Toda ella. En mi cama.

Recuperándose primero, Olivia se aclaró la garganta. —Sabes, Chef, deberías admitir más a menudo cuando otros son talentosos. Te hace parecer... casi humano. Un poco, al menos.

Sonreí con suficiencia. —Tal vez lo considere.

Habíamos adoptado una especie de coqueteo, un baile propio en la cocina, aunque todavía no habíamos hablado sobre Francia.

Durante las siguientes noches, nuestro baile continuó, una mezcla de desafío, encanto y burlas.

Ella introducía un nuevo giro a un plato, y yo respondía con el mío. Era emocionante, este toma y daca, un juego de superación culinaria. Con Pete siempre observando y sonriendo con suficiencia. Y sin embargo, en medio de la competencia, había una creciente sensación de

camaradería, un entendimiento tácito.

Y estaba empezando a recuperar mi pasión por la comida, gracias a Olivia.

También había esos momentos tranquilos, donde las palabras eran innecesarias, donde una simple mirada transmitía volúmenes. Como cuando ella perfeccionó una presentación de postre que incluso me dejó sin palabras, y nuestros ojos se encontraron a través de la cocina, una suave sonrisa jugando en sus labios, un asentimiento de reconocimiento de mi parte.

Se estaba volviendo cada vez más evidente que Olivia no era solo una chef talentosa. Era una fuerza, un torbellino que había entrado en mi cocina, desafiando no solo mis puntos de vista culinarios sino algo más profundo, algo que no me había dado cuenta que había estado dormido.

Capítulo nueve

Luca

Una noche, más de una semana después de su llegada, cuando el ritmo de la cocina comenzaba a disminuir, me encontré junto a ella en su estación.

—Ese risotto que hizo esta noche... fue excepcional, Chef —admití, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

Ella levantó la mirada, desconcertada por mi raro cumplido. —Gracias, Chef.

Sintiendo un calor que no esperaba, continué: —Usted tiene un don, Chef. Irritante como el demonio a veces, pero lo tiene.

Ella rio, el sonido era melodioso. —Viniendo de usted, tomaré eso como el más alto de los elogios.

Nuestras miradas se encontraron, el mundo se difuminó a nuestro alrededor, la atracción entre nosotros era innegable. Pero aún así, no estábamos actuando en consecuencia. Todavía no.

La noche siguiente, la atmósfera frenética en la cocina de Luca estaba en pleno apogeo. Los pedidos llegaban volando, las sartenes chisporroteaban, el ambiente estaba cargado de intensidad y el inconfundible aroma de platos gourmet en preparación. En medio de todo, estaba Olivia, maniobrando sin esfuerzo en su estación, cada movimiento calculado y preciso.

La vi rehacer el emplatado de nuestro plato estrella de vieiras. —Maldita sea, otra vez no —murmuré, abriéndome paso entre la ajetreada cocina hacia ella.

—¿Algún problema, Chef? —preguntó Olivia sin levantar la vista, su tono casual como si no estuviera renovando completamente un plato que yo había perfeccionado durante años.

—Ese plato se ha servido de la misma manera durante más de cinco años. ¿Por qué lo está cambiando?

Finalmente levantó la mirada, encontrándose con mis ojos. —Solo pensé que necesitaba un poco de actualización, Chef. Sin faltarle el respeto a su emplatado clásico, por supuesto. Eche un vistazo.

Examiné su versión. Las vieiras estaban posicionadas de manera diferente, adornadas con una nueva guarnición, y la salsa artísticamente rociada. Se veía... moderno, fresco. Incluso hermoso. Tentador. Algo que una revista destacaría. ¡Mierda!

—Hmm. Muy bien. Pero es innecesario, Chef —refunfuñé, dándome la vuelta, pero no sin antes captar su sonrisa burlona. Maldita sea ella y su audaz confianza.

Era sábado por la noche y estábamos más ocupados que nunca. A medida que avanzaba la noche, no podía evitar observarla. Era como ver a un maestro trabajar. Sus manos se movían con

propósito, sus expresiones cambiaban entre intensa concentración y pura alegría.

Más tarde, mientras preparaba un plato, escuché su voz detrás de mí. —Chef, ¿qué opina de introducir un toque de trufa en el risotto de champiñones?

Me giré para enfrentarla, con una ceja levantada. —¿Trufa? ¿No es eso un poco... ostentoso?

Ella se encogió de hombros, sin disculparse. —Le añade profundidad. Pensé que podría elevar el plato. Y Dominic aumentó el precio del plato para compensar.

Suspiré, sopesando la idea. La trufa era un movimiento audaz, pero si se hacía bien, ciertamente podría hacer maravillas. —De acuerdo —concedí—, pero solo un toque. No lo sobrecargue.

Una sonrisa adornó sus labios. —Entendido, Chef.

La tensión sexual estaba siempre presente, como una tercera entidad acechando en las sombras. Cada roce de nuestras manos, cada mirada compartida estaba cargada, pesada con palabras no dichas. Me encontraba demorándome en su estación más de lo necesario, nuestras conversaciones oscilando entre lo profesional y lo íntimo.

Ella estaba en medio de la elaboración de un delicado postre cuando me acerqué, observándola decorar con precisión un rico mousse de chocolate.

—Tal vez quiera probar con una boquilla más fina, Chef —comenté, tratando genuinamente de ser útil.

Sin perder el ritmo, respondió: —Me gusta así, Chef. Más audaz. Hace una declaración.

Por supuesto que sí. Todo en Olivia era audaz. Sus elecciones, su emplatado, su maldita confianza que parecía infiltrarse en todo lo que tocaba.

—A usted le gusta todo más audaz —repliqué, las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, cargadas de más significado que solo sobre el postre.

Su mirada se encontró con la mía, un desafío evidente. —¿Alguna otra sugerencia, Chef?

Me incliné, nuestros rostros a centímetros de distancia. —Muchas. Pero por ahora, limitémonos al postre.

Ella sonrió. —Siempre se trata de la comida con usted, ¿no es así?

No era lo que estaba pensando. Estaba pensando en besarla justo en ese momento.

La noche llegaba a su fin, y mientras la intensidad de la cocina comenzaba a disminuir, Olivia y yo nos encontramos lado a lado, limpiando nuestras estaciones. Trabajamos en silencio, el único sonido era el roce del paño sobre el acero inoxidable.

Después de un momento, rompí el silencio. —¿Esa idea de la trufa? Fue jodidamente brillante. El plato fue un éxito esta noche. Y uno de los críticos de restaurantes estuvo aquí, en una visita

sorpresa. Se deshizo en elogios. Le dijo al camarero que lo iba a destacar en la sección de comida esta semana.

Ella levantó la mirada, sorprendida por mi cumplido. —Gracias, Chef.

Me aclaré la garganta, sintiéndome de repente incómodo. —¿Por qué no empezamos a reunirnos, a discutir algunos platos con anticipación, a trabajar en algunas de sus ideas? Dominic me dijo que usted tenía ideas interesantes y habilidades para ayudarme a refrescar las cosas. No se equivocaba.

Una suave risa escapó de sus labios. —Gracias, Chef. Por supuesto, me gustaría eso, Chef.

Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, éramos solo dos almas fuertes en una danza.

Sabía que necesitaba romper el hielo, hacer un movimiento audaz. Tenía que tenerla en mi cama.

Me estaba acercando a esto, conteniéndome. La tensión sexual era una agonía. Sentía que ella se estaba relajando conmigo y que tal vez el momento adecuado se acercaba. Pero no creía poder aguantar mucho más.

Capítulo diez

Olivia

Sentía que nuestra tensión sexual iba a estallar pronto, y finalmente llegó a su punto culminante. Habían pasado varias semanas desde que empecé a trabajar en Luca's. Habíamos comenzado a provocarnos mutuamente, aunque él a menudo también se molestaba conmigo.

Estaba dando los toques finales al plato de pesto característico y había ido a la despensa a buscar una hierba para decorar. Luca vio lo que estaba haciendo y me siguió a la despensa.

Se acercó, deteniéndose demasiado cerca para mi comodidad, su proximidad en la despensa me provocó un escalofrío en la espalda.

—¿Por qué demonios estás cambiando mi plato de pesto característico, Chef? Esto es un error — dice Luca irritado.

—Estás a la defensiva, Chef. Es una excelente mejora, una que le gusta a Dominic.

Sonrió con suficiencia, inclinándose hacia mí.

—Cada vez que me doy la vuelta, estás tratando de reinventar la rueda. Esta es mi cocina. Mi visión. Estás aquí para asistir, no para cambiar la narrativa.

El calor me subió a la cara.

—El mundo culinario evoluciona, Chef. Tal vez si dejaras de ser tan resistente al cambio y tan condenadamente terco, verías que estoy aquí para ayudar.

La atmósfera estaba cargada de tensión mientras permanecíamos de pie, apenas a un suspiro de distancia. Estaba tan cerca, sus ojos oscuros encendidos.

—¿Crees que no veo lo que estás haciendo? ¿Los pequeños ajustes a mis platos, los cambios sutiles?

Mi corazón se aceleró.

—Son mejoras. Innovaciones. Y lo admitas o no, a los comensales les encantan. Estoy haciendo lo que una buena sous-chef debe hacer, elevar el menú de un restaurante con dos estrellas Michelin. ¡Maldita sea, deleitarlos!

Los ojos de Luca se oscurecieron, escudriñando los míos.

—¿Crees que eres la única que puede innovar? Construí Luca's desde cero. Me he ganado cada elogio, cada reseña. Y lo hice sin que alguien me socavara a cada paso.

—¿Socavar?! —Mi voz subió una octava—. Estás tan cegado por el orgullo, Chef, que ni siquiera puedes ver cuando alguien está tratando de ayudar.

El silencio entre nosotros era palpable. Una batalla de voluntades. La energía era eléctrica, con frustración y pasión mezclándose en un peligroso cóctel. Me sentía temblar, tanto de ira como de loco deseo. Este Adonis tenía un poder sobre mí, parado tan cerca de mí, tan hermoso y fuerte. Pero no puedo mostrar mis sentimientos. Las mariposas revoloteaban en mi estómago.

Inclinó la cabeza, suavizando la voz, pero aún intensa.

—¿Por qué te importa tanto, Olivia?

Sorprendida por el uso de mi nombre, dudé.

—Porque creo en este lugar. Creo en ti. Creo en su potencial. Pensé... —Tomé aire—. Pensé que podríamos hacer magia juntos.

Pareció desconcertado, pero solo por un momento.

—Tienes una extraña forma de demostrarlo.

—Y tú tienes una extraña forma de reconocer el talento y las mejoras.

Nuestros rostros estaban a centímetros de distancia, el calor de la discusión reemplazado por un tipo diferente de calor. Una atracción magnética. Su respiración era superficial, igual que la mía, ambos perdidos en un momento cargado. Sentí su aliento sobre mí. Vi que miraba mis labios.

—Somos un desastre juntos —murmuró con voz ronca.

—O la tormenta perfecta —susurré en respuesta, girándome para irme.

No había dado más que unos pasos cuando sentí un agarre firme en mi brazo, tirando de mí hacia atrás. Me giré para encontrar el rostro de Luca a centímetros del mío. Sus ojos estaban oscuros y tormentosos, rebosantes de conflicto.

—Chef... Olivia... —comenzó, con voz ronca, pero luego se detuvo, aparentemente sin palabras.

—¿Chef? —Intenté sonar compuesta, pero mi voz tembló con una mezcla de aprensión y anticipación.

No respondió con palabras. En su lugar, cerró la distancia entre nosotros, capturando mis labios con los suyos. El beso fue hambriento, exigente, reflejando toda la tensión y emoción contenidas que se habían acumulado entre nosotros desde que llegué a Luca's.

Mi mente gritaba que me apartara, que mantuviera un límite profesional, pero mi cuerpo me traicionó, derritiéndose en su abrazo.

Sus manos se enredaron en mi cabello y profundizó el beso. Por un momento, olvidé todo: las discusiones, la rivalidad, el mero hecho de que estábamos parados en la despensa con el personal cerca en la cocina. Todo lo que importaba era la conexión electrizante entre nosotros y este beso.

Nuestros cuerpos se presionaron juntos, perdidos en la sensación y el calor vertiginoso del

momento. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció, dejando nada más que nosotros dos y el deseo ardiente que se había encendido. Por fin.

Sin embargo, a medida que la emoción inicial comenzó a disminuir, la realidad comenzó a filtrarse. Nos separamos lenta y relucientemente, nuestra respiración pesada, las miradas aún fijas en una conexión inquebrantable. El peso de nuestras acciones y las posibles repercusiones flotaban entre nosotros.

Me lamé los labios, el sabor de él aún persistía.

—Chef... —murmuré, mi voz temblorosa, sin saber qué decir.

Suavemente apartó un mechón de cabello detrás de mi oreja, su toque ligero como una pluma.

—Olivia —susurró en respuesta, la voz cargada de emoción—. Chef.

Por un momento, simplemente nos quedamos allí en la despensa, asimilando la gravedad de lo que acababa de suceder. No se intercambiaron palabras, pero la atmósfera cargada hablaba por sí sola.

Finalmente me aparté, rompiendo la atracción magnética entre nosotros.

—Debería irme —murmuré, evitando su mirada—. Necesito terminar de emplatar.

Asintió lentamente, con un toque de arrepentimiento en sus ojos.

—Sí, deberías.

Girando sobre mis talones, rápidamente me dirigí a la cocina. Cada paso se sentía pesado, haciendo eco del peso de las emociones que se arremolinaban dentro de mí. Pero no miré hacia atrás, no queriendo enfrentar la tempestad de sentimientos que vería en los ojos de Luca.

Capítulo once

Olivia

Me preguntaba cuándo sucedería. La tensión sexual y la atracción habían ido creciendo día a día entre nosotros. A pesar de mi atrevido primer movimiento en Francia, el impetuoso beso que lo inició todo, decidí que él tendría que dar el primer paso aquí. Y lo hizo. Anoche en la despensa.

Nos encendimos mutuamente. Ese beso, ese abrazo, todos los sentimientos reprimidos desde que había llegado fluyendo. Los sentimientos habían sido abrumadores.

Esta noche, él quería más. De nuevo.

Me siguió a la despensa y cerró la puerta.

Me giré para enfrentarlo.

—Luca, valoro nuestra relación profesional. No quiero ponerla en peligro.

Él se rio suavemente.

—Creo que ya hemos cruzado esa línea, ¿no crees?

El pequeño espacio era aromático y sofocante, pero no importaba. Su calor corporal chocaba con el mío, cada centímetro de mi piel viva y anhelando su toque.

Luca casi tira un carrito en su prisa por besarme.

Mi corazón se acelera, amenazando con exponernos con su ensordecedora cadencia. Las paredes de la despensa nos rodean, apiladas con frascos y productos, sus fragantes aromas mezclándose con el embriagador aroma amaderado de Luca.

Me atrae hacia él, sus ojos negros oscuros con verdadero deseo.

—Recuerdo todo sobre ti, mi pequeña chica del champán —gruñe, trayendo de vuelta el recuerdo de la bodega en Francia. Así que él también había pensado en ese encuentro tan sexy.

Su proximidad, su atractivo y el espacio reducido eran abrumadores. Ni siquiera recuerdo cómo terminamos en esta posición. Ah, sí, él había criticado juguetonamente mi elección de especias para la sopa.

—¿Intentas arruinar mi reputación, Olivia? —había bromeado. Luego, una cosa llevó a la otra y aquí estábamos, escabulléndonos a la despensa como un par de adolescentes, fingiendo que necesitábamos algunas especias.

En el fondo, sabía que no podía resistirme a él.

Los detalles de nuestro excitante encuentro sexual en Francia inundaron mi mente y me

humedecieron. Una vez más.

Pero no podíamos hacer esto ahora, pensé. Intenté recuperar el control, distanciándome tanto física como emocionalmente.

—¡Maldita sea, Luca! No podemos hacer esto aquí —mi voz tembló, más por el deseo que por la ira.

Sonrió con suficiencia, sus ojos recorriendo mi cuerpo mientras se apoyaba en la estantería detrás de él.

—Dice la mujer que una vez me hizo correrme en una bodega, en público.

—Eso fue diferente —repliqué, aunque realmente no lo era—. No estábamos trabajando. Ni siquiera nos conocíamos.

Su sonrisa se ensanchó, arrogante y segura de sí misma. Su espeso cabello negro recogido en una coleta se veía sexy como el infierno.

—No importa. Tú me enciendes, *bella*.

Mis mejillas se sonrojan de calor, pero me niego a ceder.

—Maldita sea, estamos en medio del servicio. Luca, ¡estamos ocupadísimos! ¡Y podrían descubrirnos!

Me atrae aún más cerca, la distancia entre nosotros casi inexistente. Siento su calor y está haciendo todo tipo de cosas locas a mi cuerpo y mi determinación. Es tan malditamente embriagador, pero no puedo dejarle saber que lo es.

—Sí, lo sé. ¿Qué sugieres? —me provoca con esa voz italiana profunda—. ¿Que simplemente olvidemos esta innegable atracción entre nosotros? Porque yo seguro que no puedo.

Siento su aliento sobre mí, y quiero besarlo. Admito que me alegro de que esto esté sucediendo, pero es el momento y lugar equivocados.

—No es eso lo que estoy diciendo —dije rápidamente, mirando hacia abajo para no quedar hipnotizada por sus ojos oscuros—. Mira, Luca, tenemos que ser profesionales. Esto —hago un gesto entre nosotros— no puede suceder en el restaurante.

—Trabajo para ti, soy tu sous-chef. Este es un primer trabajo importante para mí. No puedo arruinarlo, arruinar mi oportunidad aquí. No quiero que los demás nos atrapen. Y Luca, tenemos clientes que atender.

Su mano se extendió, colocando un mechón de cabello detrás de mi oreja. El simple toque envió escalofríos por mi columna.

—Somos dos adultos que consienten, Olivia. Nadie tiene que saberlo. Y te deseo. Maldita sea, te deseo todo el tiempo. Incluso cuando duermo por la noche, estás en mis sueños.

Es difícil pensar con claridad cuando está tan cerca, diciendo lo que está diciendo. Ni siquiera puedo formar un argumento apropiado, mucho menos una frase.

—Luca —susurré, más una súplica que otra cosa.

Tomó mi rostro entre sus manos, sus pulgares acariciando mis mejillas.

—Dime que no quieres esto tanto como yo, y me detendré.

Tragué saliva con dificultad. La verdad es que sí lo deseo.

Cada maldito día. Cada maldito minuto.

Cuando lo veo dando órdenes en la cocina o riendo con el personal, cortando verduras o sirviendo algo de vino, el impulso de tenerlo es abrumador.

—No puedo decir que no te deseo —admití, derrotada, mirando hacia su hermoso y fuerte pecho, respirando su aroma.

Se rio entre dientes, un sonido ronco que me debilita las rodillas. Sus manos se deslizaron hasta mi cintura. El deseo sexual entre nosotros es palpable. Sentí su aliento en mi cuello, su cuerpo presionado contra el mío, su increíble aroma. Mis pensamientos son un borrón. Todo en lo que puedo concentrarme es en cuánto lo deseo y que ahora no es el momento.

Sus labios rozaron mi oreja, enviando escalofríos por toda mi columna.

—Olivia, te propongo un trato. Terminemos el servicio, y después, ven a mi casa.

Mi determinación se desmorona. Lo miro débilmente y con deseo apenas oculto.

—Confía en mí, valdrá la pena —susurró Luca.

Con eso, me soltó, y ambos salimos de la despensa, tratando de parecer lo más despreocupados posible. La cocina está bulliciosa, todos demasiado ocupados para notar nuestra breve ausencia. Pero el recuerdo de nuestro momento robado perdura, haciendo difícil concentrarse.

El resto del servicio pasa en un borrón. El deseo crece. El anhelo está justo bajo la superficie. La anticipación es enloquecedora.

Finalmente, el último cliente se ha ido, la cocina está limpia y somos los últimos que quedamos.

Luca se me acercó, con un brillo diabólico en los ojos.

—¿A mi casa, sexy? —murmuró.

—Guía el camino, Chef.

Capítulo doce

Olivia

El ático de Luca está cerca del restaurante. Él me guió, este hombre imponente al que deseo con cada fibra de mi ser. Ambos temblábamos de emoción y deseo, y también con algo de nerviosismo. Era la primera vez que estaríamos solos, juntos, lejos del restaurante y ambos estábamos dando un gran paso. Para bien o para mal.

Ya habíamos cruzado un límite con nuestros besos y deseo abierto, y ahora nos dirigíamos a un punto sin retorno.

Me quedé cerca de él en el ascensor, absorbiendo su calidez y aroma. Es un Adonis, uno al que me sentí atraída desde el primer segundo que lo vi en aquel viñedo.

Entramos en su apartamento, un ático bien equipado y encantador que se sentía europeo y de alguna manera acogedor y fuerte a la vez que elegante. Había estado en hermosas casas en Roma y podía sentir esa misma vibra.

La noche contenía promesas emocionantes. Este encuentro clandestino estaba impregnado del encanto de lo prohibido y de lo que se había estado construyendo entre nosotros.

Hizo un gesto hacia el lujoso sofá, su sonrisa una sutil invitación. —Ponte cómoda, *bella*. Bienvenida a mi casa. Esta es una noche especial.

Luca encendió un fuego en la chimenea y luego algunas velas alrededor de la habitación. Era romántico. El suave resplandor de la luz de las velas abrazaba la habitación, proyectando sombras que reflejaban la anticipación dentro de mí. Los ojos de Luca, un caleidoscopio de deseo, se encontraron con los míos, y supe que esta noche sería especial.

Sirvió dos copas de Prosecco. Me entregó una y las chocamos suavemente, mirándonos a los ojos. Nunca había lucido más hermoso.

La bebida me sentó bien. Me recosté y de repente noté una guitarra en la esquina. Algunos pósters enmarcados de sus días de joven estrella de rock adornaban el área de la esquina.

—¿Tocas, o sigues tocando? —le pregunté, señalando la guitarra y dando otro sorbo a mi bebida.

Luca caminó hacia la esquina y tomó suavemente su guitarra. Regresó al lujoso sofá de cuero cerca de mí.

—Solía ser una joven estrella de rock en Europa, ¿sabes? —Rasgueó algunos acordes, la melodía llenando la habitación como un abrazo reconfortante—. Fue una época emocionante. Tenía solo dieciséis años cuando gané un concurso en Italia. Me descubrieron y formaron la banda. Nos fue realmente bien —se rió mientras rasgueaba el instrumento. No podía apartar la mirada de sus dedos fuertes y hermosos.

—¿Una estrella de rock, eh? Has estado ocultando secretos, Chef —le bromeo.

Se rió entre dientes, sus dedos bailando sobre las cuerdas. —Bueno, mi querida sous-chef, algunos secretos están destinados a ser revelados en el momento adecuado.

Luego comenzó a tocar una canción que había escuchado hace mucho tiempo llamada "Agridulce". No me había dado cuenta de que su banda había cantado esa canción. Cantó el coro con una voz profunda y hermosa:

Agridulce, el sabor de los labios en la noche, Un susurro en la brisa, un deleite clandestino. En las horas de luna, nuestros secretos alzan el vuelo, Agridulce, el amor que no podemos encender del todo.

La voz de Luca resonaba por la habitación, mezclándose a la perfección con la melodía acústica. Cantó una balada de amor y anhelo, cada nota un testimonio de las historias que llevaba consigo. Sentí que mi corazón se derretía y el deseo crecía.

Este era un hombre tan talentoso en la cocina, tan hermoso y poderoso, y ahora estaba revelando otro talento especial.

Estaba completamente cautivada. —Tienes una voz hermosa, Luca.

Cada acorde era una caricia seductora. Mi corazón se aceleró, y no podía apartar mis ojos de sus hábiles dedos bailando sobre las cuerdas. La melodía parecía hacer eco del ritmo de mi propio deseo, un anhelo que había estado creciendo, no expresado pero innegable.

La letra, ahora una invitación sensual, me envolvía como una cinta de seda, reactivando un hambre que ya no podía ignorar.

—Nunca supe que un chef podía ser tan tentador —susurré, mis palabras flotando en el aire, cargadas con la atracción sexual no expresada entre nosotros.

Luca sonrió, el tempo disminuyendo a una cadencia sensual. —Cocinar es una danza, *bella*, y la música también lo es. Le debo mucho a la música, llevándome al siguiente paso de mi vida. El dinero que gané en mis días de estrella de rock me permitió estudiar en Le Cordon Bleu, para abrir el restaurante de Luca.

—Olivia, no crecí con dinero. Tuve la suerte de ganar dinero en mis días de estrella de rock e invertir el dinero con la ayuda de mi mamá. Los contratos adicionales y nuestro éxito tuvieron un impacto. Estoy cómodo, pero sé que todo podría desaparecer. Ríete de mí, pero una de mis manías son los ricos mimados que quieren pisotearnos y actuar con aires de grandeza.

Me moví un poco en el sofá. Yo vengo de ese mundo pero nunca he actuado como un mimado. Aunque sé que hay mucho de eso por ahí. Él sacude la cabeza como para deshacerse del sentimiento y se gira para mirarme.

—Ah, pero pensemos en cosas mejores. Mírate, *bella*, finalmente en mi casa. Eres preciosa, Olivia. Sabes que me siento muy atraído por ti. Quiero que esta sea una noche especial.

Mi corazón se aceleró. Dejó la guitarra y tomó mis manos, ayudándome a levantarme del mullido sofá.

—Ven, vamos a crear un postre juntos en la cocina, *cara*. Y luego nos daremos de comer el uno al otro —se ríe.

—Suenan a preliminares —susurro con una sonrisa.

—Sí, te deseo tanto, pero quiero saborear esta noche. Un poco de juego previo en la cocina hará que el evento principal, o debería decir el plato principal, sea aún más especial, ¿no crees? —Me estremecí un poco ante eso.

La cocina de Luca es muy moderna y grande.

—Hagamos una panna cotta, como me enseñó mi nonna —dice Luca—. ¿Te gustaría?

—Suenan increíble —digo mientras Luca empieza a sacar la crema, la vainilla y el azúcar junto con los cuencos y utensilios—. A ella le encantaba cubrirla con cerezas —añade mientras encuentra las cerezas.

Luca pone algo de música jazz, y se ve mucho más cómodo que en el restaurante, con la guardia baja. De hecho, se ve adorable. Está sonriendo y empieza a contarme historias de sus abuelos y su restaurante en Roma. Probablemente yo también me veo más cómoda. Me siento bien en su presencia, solo nosotros dos.

Nuestros dedos se rozaron mientras preparábamos los ingredientes, encendiendo chispas que parecían prender fuego a toda la habitación. El aire chisporroteaba con una mezcla de deseo y contención —una danza de tira y afloja que me dejó sin aliento.

Ambos amamos la comida, estar en una cocina — y claramente, nos sentimos atraídos el uno por el otro. Siento que me enamoro aún más de él. Sé que ya he caído rendida.

Entre risas compartidas y miradas prolongadas, los ojos de Luca revelaban un hambre que reflejaba la mía. La cocina, nuestro escenario privado, fue testigo de una coreografía de anhelo, cada movimiento un paso más cerca del borde, de lo que realmente queremos. Estar en los brazos del otro.

Cuando por fin la panna cotta estuvo preparada y puesta en la nevera para que se enfriara, Luca prepara dos espressos. El aroma del café es música para mis sentidos, y nos quedamos de pie uno cerca del otro saboreando la fuerte bebida.

—El café en Italia y Francia es tan increíble, ¿verdad, *bella*? Importo este café en particular —susurra Luca mientras saborea la bebida y me observa disfrutarla. No hay nada que me guste más que un fuerte café europeo y lo saboreo.

—No podría estar más de acuerdo.

Luego saca un recipiente de panna cotta de la nevera y levanta una cereza con deliberada

sensualidad.

—Toma, prueba esto, mi querida Olivia —dice mientras pone la cereza madura y jugosa en mi boca.

—Mmm, increíble —susurro mientras saboreo el gusto y la sensación de ser alimentada por mi Adonis. Las velas parpadeantes proyectan sombras sobre el rostro de Luca, y no puedo evitar sentirme cautivada por la promesa que se vislumbra en su mirada.

Tomo una cucharada de la panna cotta y la acerco a sus labios. La toma lentamente y saborea el gusto, cerrando los ojos por un momento.

—Maldita sea, qué buena panna cotta. Aquí, tu turno —dice mientras levanta una cuchara hacia mi boca.

Estoy excitada por él, por lo que nos espera. La voz de Luca, ahora un murmullo bajo, llena la habitación mientras toma otra cereza de encima de la panna cotta y me la da de comer.

—Por los deseos prohibidos —dice, sus ojos fijos en los míos. Se inclinó hacia adelante y me besó el cuello, justo debajo de la oreja. ¿Cómo sabía que este es uno de mis puntos sensibles?

Un fuego se enciende dentro de mí, por todo mi cuerpo. —Por abrazar el momento.

Se inclinó hacia adelante y me tomó en sus brazos. Me acerqué a este hombre poderoso y hermoso y besé sus increíbles labios. Me abraza fuerte, besándome larga e intensamente. Se sentía tan bien. Los recuerdos de nuestro encuentro sexual en Francia vuelven a inundarme, pero se están creando nuevos recuerdos de estar con él ahora.

La noche se desarrolla como una danza apasionada. Las yemas de los dedos de Luca trazan patrones en mi piel mientras me besa, dejando un rastro de calor que alimenta las llamas entre nosotros. Me hace girar y coloca una mano firme en mi espalda, masajeándome mientras nos besamos. El aire se espesa con una mezcla de pasión y anticipación.

Los besos son una explosión de tanto deseo contenido, una liberación que nos deja a ambos sin aliento. El sabor de Luca es una revelación, un festín de sensaciones que me consume por completo.

En la calidez del hogar de Luca, con el zumbido nocturno de la ciudad debajo de nosotros, por fin nos rendimos al tirón magnético de nuestros cuerpos. Tomó mi mano y me llevó a su cama.

Creamos nuestra propia música especial, una sinfonía de deseo y melodías ahora convertida en una melodía propia, una liaison secreta que marca el comienzo de algo inolvidable.

Los labios de Luca son muy sensuales y cálidos. Los anhelos. Nuestras lenguas iniciaron una danza de anhelo compartido.

Luca, el experimentado maestro, orquesta esta sinfonía de sensaciones que resonaba en cada centímetro de mi ser.

Me desvistió lenta y deliberadamente, desabotonando mi camisa y ayudándome a quitármela sin decir palabra. Bajó la cremallera de mi falda y la deslizó hacia abajo, mientras yo salía de ella. Me quedé frente a él en mis pequeñas bragas y sujetador negros.

Contuvo el aliento.

—Impresionante, tan hermosa —dijo, y pude ver cómo se endurecía.

—Mi turno, mi Adonis —susurré mientras empezaba a desabotonar su camisa lentamente. Besé su pecho descendiendo, dando toques con mi lengua en su vientre plano. Lo ayudé a quitarse la camisa y la dejé caer al suelo.

Su cuerpo es simplemente increíble; brazos fuertes, piel lisa y bronceada, abdominales firmes. Me deleito con la visión de él.

Bajé la cremallera de sus pantalones y le quité el cinturón, tirando de ellos lentamente para que pudiera salir de ellos. Sus sexys calzoncillos se abultaban de manera enloquecedora.

Me quitó el sujetador y las bragas, dejándome desnuda y lista frente a él. Se quitó los calzoncillos y me empujó hacia la cama, una cama lujosa que nos esperaba para nuestros deleites.

Las manos de Luca, fuertes y seguras, exploraron los contornos de mi cuerpo, avivando el fuego que se reflejaba en las velas parpadeantes a su alrededor.

Mientras besaba mi garganta y me excitaba con su lengua, sus manos masajearon mi cuerpo descendiendo, deteniéndose en mis pechos. Acarició mis senos, pellizcando mis pezones, lo que me vuelve loca. Su lengua trazó un camino desde mi cuello hasta mis pechos, donde jugueteó, enviando sensaciones por todo mi cuerpo.

—Recuéstate y disfruta, *bella* —susurró mientras continuaba su recorrido por mi cuerpo, despertándolo cada vez más. Podía sentirme muy húmeda, muy excitada.

Su gran mano cálida bajó por mi vientre plano, masajeándome mientras se movía, circulando y explorando. Hizo un camino deliberado hacia mi monte y buscó mi hinchado y hambriento botón.

—Ah, sí Luca —fue todo lo que pude decir entre jadeos de éxtasis y gemidos—. Sí.

Luca es talentoso y sabe exactamente cómo excitar mi cuerpo. Magistralmente provocó mi clítoris con sus manos cálidas y seguras, pero ahora podía sentirlo moviéndose y arrastrando su talentosa y sensual lengua por mi cuerpo. Me excitó con su mano, pero cuando su lengua llegó a mi clítoris, nuevas y brillantes sensaciones de placer recorrieron mi cuerpo.

Me rendí al ritmo de su toque, una participante dispuesta en este clandestino ballet de deseo.

—¡Oh, maldición! —jadeé cuando empezó a trabajar con su lengua cálida y plana a través de mis pliegues, de un lado a otro, dando toques a mi clítoris, tocándolo justo en el punto correcto. Podía sentir mi cuerpo tensarse de placer mientras me acercaba a mi primer orgasmo de la noche.

Redobló los movimientos de su lengua mientras insertaba tres dedos en mí, moviéndolos expertamente dentro y fuera y empujando contra mí sensualmente. Mi cuerpo adquirió un movimiento y vida propios, cediendo ante él, arqueando mi espalda, sintiendo cada bit de este placer.

Lo oí gruñir profundamente con su propio placer al observarme y sentí su cálido aliento en mi clítoris, y esto de repente me empujó al límite.

—Sí, córrete para mí, bella, córrete ahora —susurró Luca profundamente. Y lo hice. Olas y olas de placer llenaron mi cuerpo, centrándose en mi clítoris. Me oí gritar.

Mi respiración entrecortada comenzó a ralentizarse mientras mi cuerpo pulsaba de placer.

Saboree el momento, respirando profundamente.

—Tu turno, Luca —susurré con voz ronca mientras me daba la vuelta. Encontré su gran pene, temblando y cálido, esperándome.

Me arrodillé sobre él, a horcajadas sobre su hermoso cuerpo, e incliné hacia adelante. Mi lengua encontró su pene y comencé a lamerlo como si fuera mi postre. Lo oí gemir de placer. Luego tomé su pene dentro de mi boca y comencé los movimientos de entrada y salida, lentamente, mientras lo acariciaba con mi lengua.

Me encanta el poder de sentirlo dentro de mi boca, temblando, sintiendo la piel tensa y su dureza con mi boca y lengua. Dándole placer.

Trabajé lentamente, provoqué su pene y luego comencé a ir más profundo, más rápido, succionar más. Quería darle a Luca tanto placer como él me acababa de dar, y puse todo mi empeño en ello. Lo oí gemir una y otra vez. Sus manos cálidas estaban a cada lado de mí, en mis caderas, y sentí su calidez y respiración superficial.

Más rápido y más profundo, el movimiento de él dentro de mí se volvió más frenético y apasionado. Sentí que estaba listo para correrse y añadí más lengua mientras masajeaba su base, y esto lo llevó a un intenso clímax. Gimió grave y profundo mientras se corría.

Me di la vuelta y nos abrazamos en su cama cálida, sintiendo nuestras pieles tocándose, el resplandor posterior tan condenadamente bueno.

Me quedé dormida contra su cálido y amplio pecho, y escuché su respiración y latidos constantes contra mí. Me sentí protegida y satisfecha.

Me desperté un poco más tarde, completamente excitada y deseando más. Lo quería dentro de

mí.

Capítulo trece

Luca

Despierto con Olivia cerca de mí, contra mi pecho. Era una sensación que adoraba, su suave respiración contra mí, la sensación aún palpitante de estar juntos, compartiendo mi cama. Por fin.

Los ojos de Olivia se abrieron y pude ver que estaba excitada, llena de deseo.

—Luca, te quiero dentro de mí —suplica en un susurro.

Éramos solo nosotros dos y el ardiente deseo de ser uno. Habíamos cruzado esa línea, nos habíamos aventurado en territorio desconocido, y ahora no había vuelta atrás. En ese momento, nada más importaba.

Necesitaba estar dentro de ella, tomarla, sentir todo su cuerpo debajo de mí, poseerla.

Me di la vuelta y me alineé en su entrada, la humedad allí haciendo que fuera fácil para mí.

Con una sola y suave embestida, estaba dentro de ella, nuestros cuerpos unidos de la manera más íntima posible. La escuché suspirar. —Sí —fue su susurro.

El mundo pareció congelarse por un instante, y no había nada más que la sensación de estar envuelto por ella, el peso de nuestro deseo mutuo presionándonos.

La sensación de estar dentro de Olivia era nada menos que exquisita, una mezcla de ternura y pasión cruda y desenfrenada. Sus paredes me apretaban con fuerza, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Nos miramos a los ojos y, por un momento, sentí como si nos sumergiéramos en el alma del otro. Un entendimiento compartido de que esto no era solo físico, sino algo mucho más profundo.

Hubo una pausa dolorosamente dulce, un reconocimiento mutuo del cambio en nuestra relación. Un cambio hacia algo más potente, más íntimo. —Luca —su voz era un susurro quedo, una mezcla de súplica y anticipación.

Me pierdo en sus ojos, en la sensación de su cuerpo.

Comienzo a moverme, cada embestida lenta, deliberada y llena de propósito. Observo cómo cada empuje y tirón evoca una sinfonía de gemidos y jadeos de los labios de Olivia. Sus piernas se envuelven más fuerte alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundamente dentro de ella con cada movimiento.

—Olivia, joder, te sientes... increíble —gemí, dejando caer mi cabeza para apoyarla contra su hombro, mi respiración entrecortada.

Sus dedos encontraron mi cabello, agarrándolo con fuerza. —No pares, por favor —suplicó.

El ritmo se aceleró, impulsado por una necesidad urgente. Éramos dos mitades de un todo,

nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. Cada toque, cada sonido y cada sensación se magnificaba mil veces.

Sus respiraciones se volvieron más rápidas, su cuerpo temblando debajo de mí. —Estoy cerca, muy cerca —susurra, su voz llena de urgencia.

—Yo también, *bella*.

Mis movimientos se vuelven más frenéticos, desesperados por llevarla al límite.

Con unas cuantas embestidas más poderosas, su liberación se desata sobre ella en potentes oleadas. La visión de ella, perdida en los espasmos del placer, me empujó al borde, y la seguí hacia el éxtasis.

Después de la intensidad de nuestro clímax compartido, el mundo parecía borroso, los colores apagados, los sonidos distantes. El aire entre nosotros pulsaba con una carga post-orgásmica, un silencio interrumpido solo por nuestras respiraciones agitadas.

La miré fijamente, a esta belleza, mi mente corriendo para saborear lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Ese deseo crudo y sin filtro nos impulsó a derribar muros y barreras, lanzando la precaución al viento.

—Luca, te deseé desde el momento en que te vi en ese viñado francés —susurró—. Me tomó bastante tiempo encontrar mi camino de vuelta. Nunca pensé que nuestros caminos se cruzarían de nuevo. Tal vez fue serendipia... o el destino.

—Bueno, mi pequeña chica del champán, despertaste fantasías desde el día

—Yo también te conocí a ti. Se siente bien tenerte aquí en mi cama, conmigo, por fin.

Me envolví alrededor de ella y se acurrucó contra mí.

Nos acariciamos mutuamente, disfrutando de la sensación de estar juntos. En nuestro propio pequeño universo.

Después de un momento de silencio, sentí la necesidad de empezar a descubrir cosas sobre ella.

—Dime, señorita Olivia Jade, ¿cuándo supiste que querías ser chef? —le pregunté, jugando con su cabello.

Ella suspira por un momento. —Desde que era muy, muy pequeña. Es la única pasión que he tenido realmente, Luca. ¿Y tú?

—Oh, mis abuelos tenían un restaurante en Roma y yo estaba allí todo el tiempo, después de la escuela todos los días. Mi familia tiene restaurantes, en Italia y en Estados Unidos. Viví y respiré eso. Después de mis días de estrella de rock, fui a Le Cordon Bleu.

—¿Tuviste al Chef Didier? —pregunta ella—. Era mi favorito, pero realmente duro.

—Oh la la, sí. Pero me gustaba más el Chef Andreas. Y las clases de la tarde —me reí, recordando.

—Mi madre era francesa, y pasé el año pasado en París en Le Cordon Bleu después de la universidad. Fue un gran año. Amo tanto París —dice mientras su voz se apaga.

—Dijiste "era". ¿Tu mamá no está viva?

—Me dejó cuando solo tenía seis años.

—Lo siento mucho, Olivia. Eso debió ser duro —hice una pausa y luego continué—: Cuando mi padre murió, yo solo tenía doce años y todavía es un shock. Fue inesperado. Mis abuelos realmente intervinieron y pasé aún más tiempo en su restaurante entonces —expliqué, recordando aquellos días.

—A mi padre no le gusta el mundo de los restaurantes —dice ella—, pero de todos modos tuve mucho apoyo. Pero preferiría no hablar de eso ahora mismo.

Me aclaro la garganta. —Olivia, sé que esto es repentino, pero quiero verte más a menudo. Fuera del restaurante, quiero decir. No somos jóvenes saliendo por primera vez, y no quiero jugar ni perder el tiempo. Quiero verte de nuevo pronto, y tal vez que te quedes a dormir. ¿O tal vez pueda ir a tu casa algunas noches?

Olivia guardó silencio por un momento, pero parecía algo complacida. —Bueno, Chef, no puedo decirte que no. Confieso que te deseo un poco —sonríe—. Pero no quiero que se te suba a la cabeza.

Me lanza una almohada a la cabeza y ambos nos reímos.

—Pero realmente no podemos ir a mi casa. La comparto con mi mejor amiga Cecily, y no sería propicio para, um, nuestras actividades —vuelve a reír, aunque un poco nerviosa como si estuviera ocultando algo.

—Está bien, *bella*. Podemos crear nuestro pequeño nido aquí.

—Luca, en serio, no creo que debamos dejar que los demás en el restaurante sepan que somos pareja. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, *cara*.

—Ahora acércate y déjame besarte de nuevo —susurré.

Sus ojos comunicaban un lenguaje de anhelo, comprensión y deseo.

El latido nocturno de la ciudad parecía sincronizarse con nosotros mientras nos movíamos, entrelazados, en la cama y en los brazos del otro.

Mis dedos trazaron la curva de la columna de Olivia, dejando un rastro de escalofríos a su paso. Sus respiraciones eran profundas y significativas mientras besaba cada parte de ella, tocaba su

cuerpo, festejaba mis ojos con ella.

Nuestra nueva sinfonía de deseo era la culminación de la atracción magnética que nos había unido desde el principio.

Empecé a preguntarme si esta mujer era la que había estado anhelando en mi vida. Me he sentido solo y molesto por el vacío romántico en mi vida. Pero Olivia despertó una nueva esperanza y pasión. Ayudaba que no me temiera en la cocina, fuera brillante y me plantara cara. Era tan apasionada en la cama como yo y ambos amábamos la cocina.

¿Podría ser una pareja hecha en el cielo o estaba siendo demasiado optimista demasiado pronto?

En las horas tranquilas de la noche, bajo la mirada vigilante de la ciudad, me rendí al encanto agri dulce de un posible amor que desafiaba las limitaciones del mundo cotidiano—un amor que podría perdurar, eterno e inolvidable.

Capítulo catorce

Olivia

Las cosas se habían vuelto interesantes entre Luca y yo, especialmente después de la primera noche espectacular que pasé en su casa.

Tenemos una profunda atracción sexual, y ahora hay una relajación en la batalla de la cocina. Al menos un poco.

Derribamos el muro que había entre nosotros y empezamos a acostumbrarnos el uno al otro en el restaurante. Él comenzó a confiar más en mí. Es un alfa italiano fuerte y le gusta el control, lo entiendo. Así que sí, todavía se molestaba con los cambios y los nuevos platos. Pero ¿quizás mostrar molestia era en parte para mantener las apariencias frente a Pete y los demás? Cada día, podía sentir cómo cedía ante mí. Y que se sentía seriamente atraído por mí.

Su comportamiento cambió. Parecía anhelar algo más, pero era temprano para nosotros y yo necesitaba encontrar una manera de mantener una actitud profesional en el trabajo en mi primer puesto importante en un restaurante.

Estaba completamente bajo su hechizo y lo deseaba constantemente. Era el primer y único hombre por el que me sentía totalmente cautivada. Mi corazón se aceleraba cada vez que pensaba en él o lo veía. Pero también era cautelosa sobre una relación seria tan pronto. Ni siquiera le he revelado mi apellido. Por ahora, me deleitaba descubriendo su cuerpo, conociéndolo y nuestra creatividad profesional en la cocina.

Me encantaba la energía loca de la cocina durante el servicio. Es para lo que vivía. Llámame loca.

Es demasiado para algunos chefs; algunos no pueden manejar la presión y solo quieren cocinar o crear en su propio tiempo. Pero para mí, un ritmo rápido, la belleza de la comida, los aromas, la presión, crear platos para que los clientes disfruten... esta era la vida que amaba. Es una forma de arte para mí.

Fiel a su palabra, el crítico gastronómico publicó un artículo sobre Luca's y mencionó mi creación de trufa en términos estelares. Insinuó que Luca's estaba una vez más a la altura de su reputación y la superaba con nuevas sorpresas.

El personal de recepción y los camareros informaron que las reservas habían aumentado y que algunos clientes mencionaban el artículo cuando hacían sus reservas. Me daba una sensación de orgullo saber que estaba contribuyendo.

El servicio fue tan intenso como de costumbre esta noche, pero me sentía en la cima.

Después de que salió el último plato, se instaló un silencio magnético entre Luca y yo, interrumpido solo por el suave zumbido de los hornos enfriándose y el tintineo lejano de los platos en el área de lavado.

Tenía una idea para una nueva creación y quería que Luca la probara, que opinara. Pensé que sería una gran adición al menú, digna de la reputación de Luca. Y, en el fondo, quería impresionarlo. Estaba adicta a este hombre.

—Chef, quiero consultarte algo, una nueva creación que tengo en mente —dije suavemente. Solo quedábamos nosotros dos en la cocina.

—Bueno, la última nos trajo algo de prensa. Fue brillante, en realidad. ¿Qué estás pensando, *bella*? ¿Qué es esta nueva creación?

Me tocó el brazo suavemente y sentí la electricidad del contacto. Se acercó más y me besó ligeramente el cuello.

Estábamos solos en la cocina. Tomé aire y luego di un paso atrás.

—Aquí, prepararé esto antes. Es una sopa de remolacha dorada y melocotón con estragón y crema. El color era hermoso, despertaba las papilas gustativas y podría ser una adición interesante a los entrantes de invierno.

Sostuve una cucharada de la sopa para que Luca la probara. La tomó, cerró los ojos y la saboreó. —Hmm, sabor único. Buen color. Interesante, *bella*.

—Le mencioné a Dominic que te la haría probar para ver qué te parecía. ¿Podríamos añadirla al menú la semana que viene y ver cómo va?

—De acuerdo, hagámoslo. Podría quedar bien con una pizca de pimienta, ¿no crees? Busquemos el vino adecuado para acompañarla.

Organizamos una serie de reuniones clandestinas a altas horas de la noche en el restaurante para catar vinos o hablar de platos especiales, y más a menudo que no, terminábamos en su casa.

Estas reuniones al final del día se suponía que eran profesionales. Planificación del menú, diría yo. Perfeccionar los maridajes de vinos, insistiría él. Pero ambos sabíamos que bajo la fachada de profesionalidad, la verdadera razón de nuestras reuniones cuando el restaurante cerraba era mucho más personal. Nos deseábamos mutuamente. Nos necesitábamos. Nos disfrutábamos.

Capítulo quince

Luca

Olivia, con su espíritu ardiente, talento innegable y cuerpo sensual, estaba resultando ser una tentación irresistible. Mi tentación.

Cada interacción con ella era como bailar en el filo de una navaja, con pasión y conflicto entrelazados. Admito que me gustaba, lo esperaba con ansias. He extrañado algo así. Ahora la anhelo, la energía sexual, la tensión. Su mirada, su olor.

La quería en mi cama. Todas. Las. Malditas. Noches.

No siempre conseguía lo que quería, pero ahora pasaba tres o cuatro noches a la semana conmigo. Explorábamos nuestros cuerpos, compartíamos nuestra pasión y nos encantaba dormir juntos.

Hoy, mientras repasaba fervientemente el menú, ella se acercó y colocó un entrante recién hecho en la barra. —Prueba esto —dijo simplemente.

Miré el plato y luego a ella. —¿Otro de tus experimentos?

Sonrió, con una ceja arqueada desafiante. —Sí. Y quizás simplemente sé qué coño necesita añadir Luca's al menú.

Oí a Pete reír de fondo. Supongo que estaba montando un pequeño espectáculo para ocultar que nos estábamos haciendo más cercanos. Y algo de sarcasmo por si otros empleados pudieran estar al alcance del oído.

El tono juguetón de su voz me afectaba, haciendo difícil mantener la concentración. Tomé un tenedor y probé el plato. Mis papilas gustativas explotaron de placer ante el aperitivo de cangrejo. —Maldición —admití a regañadientes—, está bueno.

Se inclinó, con su rostro a centímetros del mío. —Lo sabía, Chef. Gracias. Me gustaría añadirlo al menú.

Pete había ido a la despensa y no había otros empleados cerca en ese momento.

El persistente aroma de su perfume, mezclado con el tentador aroma del plato, era embriagador. Me encontré inclinándome hacia ella, atraído como por ninguna otra. Nuestros labios se cernían peligrosamente cerca, pero entonces, como si nos diéramos cuenta de nuestra proximidad, ambos nos apartamos.

—De vuelta al trabajo —dijo ella, con la voz ligeramente temblorosa.

Asentí, con la voz igualmente inestable. —Cierto.

Bajé la voz para que nadie más pudiera oír. —No olvides que tenemos una de nuestras reuniones

"profesionales" en el bar después del servicio, para elegir nuevos maridajes de vinos... Y tienes que prometerme que vendrás a mi casa esta noche. Te necesito en mi cama de nuevo, Olivia.

Pude ver cómo se estremecía. Ella también me deseaba. Asintió con la cabeza. —De acuerdo, iré.

La noche fue un torbellino de estos momentos: miradas rápidas cuando creíamos que el otro no miraba, la anticipación de tener sexo más tarde, breves roces que duraban un segundo de más y intercambios acalorados que parecían cargados con más que simple tensión profesional.

Esa noche, Olivia había reinventado uno de los clásicos del restaurante, uno de mis platos originales de pesto, y fue recibido con críticas entusiastas. Cuando el último plato salió de la cocina, me miró, con los ojos brillando de triunfo. —No está mal, ¿eh, Chef?

—Para nada mal —admití, permitiéndome esbozar una sonrisa burlona—. De hecho, fue espectacular.

Ella resplandeció, pareciendo genuinamente complacida. —Bueno, cuando trabajas con los mejores...

Alcé una ceja. —¿Estás admitiendo que soy el mejor?

Puso los ojos en blanco juguetonamente. —Sí, bueno... no nos adelantemos. No te creas tanto.

Sin pensarlo, extendí la mano y toqué su mejilla. El roce casual hizo que saltaran chispas entre nosotros. El bullicio de la cocina se desvaneció, dejándonos solo a nosotros dos en un mundo propio. Ella miró rápidamente alrededor, pero nadie había visto el contacto o el intercambio.

Después de que el último cliente se hubiera marchado y el personal se dispersara, me dirigí al bar para preparar nuestras catas de vino. Las luces del techo estaban atenuadas, proyectando un resplandor romántico por todo el bar y el comedor vacíos. Tenía muestras de los nuevos platos de Olivia para el restaurante en la barra, y estaba revisando la carta de vinos cuando ella entró.

—Chef —saludó Olivia, su voz suave, sus ojos verdes brillando con picardía, su cabello cayendo sobre sus hombros.

—Chef —respondí, tratando de mantener mi voz firme, pero maldita sea si no se veía increíble. Vestida con una simple blusa blanca y jeans oscuros con tacones, su cabello libre de la coleta y luciendo hermoso, era como una sirena en un océano desierto.

Se deslizó con gracia en el taburete junto a mí, su muslo rozando el mío, enviando una descarga de energía por mi columna. —¿Qué vamos a probar esta noche?

Me aclaré la garganta, tratando de recuperar la compostura. —Algunos blancos, un par de tintos, para ver cuáles combinan bien con tus nuevos platos. Especialmente ese nuevo aperitivo de cangrejo.

Ella murmuró en respuesta, inclinándose para mirar las botellas de vino que había seleccionado.

Nuestros rostros estaban a escasos centímetros, nuestras respiraciones mezclándose. Podía sentir el calor de su

piel, la atracción de su presencia, pero luché contra el impulso de acortar la distancia entre nosotros.

Tomando la primera botella, un Chardonnay, serví una pequeña cantidad en dos copas. Giramos, olimos y bebimos al unísono, las acciones rituales me centraban, dándome algo en qué concentrarme aparte de la intensa química entre nosotros.

—Notas de manzana y vainilla —murmuró ella, sus labios brillando por el vino.

—Con un toque de roble —añadí.

Ella giró la cabeza para mirarme, nuestros ojos se encontraron. —Esto iría genial con el plato de vieiras —susurró. Y tomó un bocado, luego me ofreció un poco en un tenedor. Lo probé y pude notar inmediatamente que era el maridaje correcto.

Asentí, apenas confiando en mi voz. —Funciona perfectamente, Chef.

Continuamos nuestra degustación, pasando a un Sauvignon Blanc fresco, un Beaujolais y luego un Cabernet de cuerpo completo. Con cada copa, la atmósfera cargada entre nosotros se volvía más y más intensa. Siempre era así entre nosotros.

El Sauvignon funcionó perfectamente con el aperitivo de cangrejo, y el Cabernet con el plato de pesto actualizado. Rechazamos el Beaujolais para maridar con cualquiera de los nuevos platos.

Para cuando llegamos a la última botella, un Shiraz picante, estábamos inmersos en una conversación fácil sobre nuestros pasados. Compartí historias de mi infancia en Italia, de apasionadas discusiones alrededor de la mesa del comedor, y de mis sueños de convertirme en chef. Ella habló sobre su año en París y su amiga Cecily. Noté que no hablaba de su familia.

Fue durante una de estas historias, mientras describía la rústica cocina de mi abuela, que sentí la mano de Olivia sobre la mía. Era un toque simple, dedos rozando dedos, pero hizo que mi corazón se acelerara.

—Luca —susurró ella, su voz ronca de emoción—. Yo...

La silencié con un dedo sobre sus labios. —Lo sé —murmuré—. Yo también.

Nos quedamos así por un tiempo, perdidos en nuestros pensamientos, el peso de nuestra atracción presionándonos. La atracción era innegable, y yo deseaba a esta mujer. Todo el tiempo. Desde lo más profundo de mi alma.

Di un paso atrás para admirar a Olivia, sus mejillas sonrojadas, su hermoso cuerpo, y la cascada de cabello despeinado cayendo sobre sus hombros.

—Luca, bésame —susurró ella, su voz temblando con una mezcla de ansiedad y anticipación.

Encontró mi mirada, ojos abiertos, llenos de lujuria y algo más profundo, algo que hizo que mi corazón se acelerara frenéticamente.

En una neblina de deseo, mis dedos encontraron sus botones y comencé a desabotonar cada uno hasta que su cuerpo quedó expuesto. La ayudé a quitarse la blusa en un movimiento fluido. La visión de ella solo en sujetador me dejó paralizado por un momento. Respirando profundamente, me incliné, rozando suaves besos a lo largo de su clavícula y bajando hasta el nacimiento de sus pechos por encima de la tela de encaje.

Nunca me canso de verla, complacerla y tocarla.

Ella gimió suavemente, invitándome a acercarme. Me atrajo hacia ella, cada centímetro de nuestros cuerpos ahora presionados juntos. El calor de su piel contra la mía, la forma en que sus curvas se fundían en mí, me mareaba.

Sus dedos se clavaron en mi espalda, viajando hacia abajo, trazando patrones que enviaban escalofríos directamente a mi polla.

—Joder —exhalé mientras su mano se aventuraba bajo la cintura de mis pantalones, sus dedos alcanzando y envolviendo mi polla. Cada toque se sentía magnificado, eléctrico. Era una tortura exquisita, sus dedos explorando mi longitud, provocando la cabeza, haciendo que mis rodillas se doblaran. Mi polla palpitaba, anhelando más.

Olivia debió haber sentido mi desesperación porque se deslizó del taburete del bar, sus ojos fijos en los míos, llenos de una determinación ardiente. Se arrodilló, y sentí una punzada de vulnerabilidad, estando a merced de esos ojos penetrantes.

Sin romper el contacto visual, desabroché mis pantalones y los bajó junto con mis calzoncillos. Me tomó en su boca.

El calor, la humedad, la forma en que su lengua giraba alrededor de la cabeza de mi miembro, era un aluvión de sensaciones. Las luces tenues del bar resaltaban los brillos en su cabello, y extendí la mano, tocándolo y enredando mis dedos en él, instándola a continuar mientras aumentaba su ritmo. La vista de ella, sus labios envolviendo mi miembro, tomándome más profundo, era casi más de lo que podía soportar.

Su mano acarició mis testículos, apretando suavemente, enviando descargas de placer a través de mí. —Maldición, Olivia —gemí, mi voz llena de necesidad cruda.

No era solo la sensación física; era la forma en que me miraba, la forma en que me hacía sentir, deseado de una manera que nunca había experimentado antes. Como si yo fuera lo único que importaba en ese momento. El mundo era simplemente una neblina de placer que amenazaba con consumirme.

Sintiendo que la presión aumentaba, supe que no podía contenerme mucho más tiempo. —Olivia —advertí, mi voz tensa. Ella se alejó con una sonrisa provocadora, dejándome jadeando, desorientado.

Se levantó con gracia, sus dedos recorriendo mi pecho, enviando réplicas a través de mí. —¿Qué tal eso como prelude, un aperitivo? —susurró, su voz goteando satisfacción.

Dejé escapar una risa temblorosa. —Tienes una manera de sorprenderme, Olivia.

Su sonrisa se ensanchó. —Bueno, Chef, espera hasta el plato principal.

El aire nocturno estaba cargado de deseo, cada toque magnificado, cada sensación intensificada. Había una emoción en hacer esto en el bar, generalmente un lugar concurrido en el corazón de nuestro restaurante. Lo reclamamos como nuestro ahora, un nuevo territorio para nuestro juego sexual.

Observé a Olivia, sus labios húmedos, ojos vidriosos con una pasión que igualaba la mía. Ella volvió a mi polla temblorosa con su lengua. Pero mientras su ritmo

aceleró, la tensión dentro de mí se intensificó, amenazando con estallar.

Antes de que pudiera llegar al clímax, me aparté, el aire del bar rozando mi palpitante miembro, ofreciendo solo un breve respiro. Mirando a Olivia, capté el brillo travieso en sus ojos.

—Luca —comenzó, con voz teñida de frustración.

Pero yo ya me estaba moviendo, levantándola, sintiendo el calor que irradiaba a través de sus vaqueros. Al deslizarlos por sus piernas, me recibió el embriagador aroma de su excitación. Le quité las bragas de encaje y las arrojé a un lado.

Bajándome de rodillas, hice una pausa, solo un latido, para contemplarla. La piel suave y tersa de sus muslos internos, la humedad que brillaba invitadoramente. Mis dedos la separaron con suavidad, y ella se estremeció de anticipación.

El primer toque de mi lengua la hizo arquearse, un gemido bajo escapando de sus labios.

—Joder, Luca... —jadeó, agarrándose a los lados, instándome a acercarme más.

Con cada caricia de mi lengua, cada roce y provocación, se humedecía más, su cuerpo respondiendo de maneras que enviaban descargas de placer por mi columna. Añadiendo mis dedos a la mezcla, exploré sus profundidades, sus paredes apretándose a mi alrededor mientras la llevaba más cerca del borde.

Sus gemidos y jadeos llenaron el bar vacío, cada sonido alimentando mi deseo de llevarla más allá. Sentí sus piernas temblar, su agarre en mi pelo tensarse, y supe que estaba cerca.

—Por favor, Luca —suplicó, su voz desesperada—. ¡No pares! ¡No pares!

No lo hice. Si acaso, redoblé mis esfuerzos, mi lengua trabajando en conjunto con mis dedos, llevándola más y más alto hasta que, con un último grito, se deshizo, olas de placer recorriéndola.

Mientras su clímax cedía, me puse de pie, su sabor aún en mis labios. Ella encontró mi mirada,

sus ojos oscurecidos por la lujuria.

—Te necesito —susurró, su voz cargada de deseo—. Ahora.

Mi corazón retumbaba en mi pecho.

—Soy tuyo, *cara* —mi voz era ronca, cargada con el peso del momento.

Ella respondió atrayéndome cerca, el calor de su cuerpo presionado contra el mío. Suspiró y luego unió nuestros labios maduros en un beso apasionado, saboreándose a sí misma en mi lengua.

El mundo se redujo a la ardiente necesidad que había estado creciendo toda la noche.

Levanté a Olivia al borde de una mesa del bar, donde se sentó expectante y separó las piernas. Me alineé con su sexo, la humedad allí facilitando la entrada. Con una sola embestida apasionada, estuve dentro de ella, nuestros cuerpos unidos como uno solo. Ahora envolvió sus piernas alrededor de mí para acercarme más, mientras yo hundía mis manos en su espalda. Ella se impulsó hacia mí, y yo me hundí en ella.

El mundo pareció congelarse por un instante, y no había nada más que la sensación de estar envuelto por ella, el peso de nuestro deseo mutuo presionándonos, nuestros cuerpos estrechamente entrelazados.

La sensación de estar dentro de Olivia era tan condenadamente buena. La visión de ella en medio del bar de Luca, la luz tenue, el sabor del vino en nuestros labios, la firmeza de sus pezones perfectos, los suspiros que emitía, todo me enviaba escalofríos de éxtasis.

Comencé a embestir. Observé cómo cada empuje provocaba jadeos en los labios de Olivia, mientras ella se impulsaba hacia adelante al ritmo conmigo. Sus piernas se envolvieron más fuerte alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundamente en ella con cada movimiento.

—Olivia, joder, te sientes... increíble —gemí, mi respiración entrecortada.

Sus dedos encontraron mi pelo, agarrándolo con fuerza.

—Tómame, Luca —suplicó.

Me hundí en ella, empujando y embistiendo, sintiendo mis glúteos tensarse, viendo mis abdominales contraerse mientras la tensión en lo profundo de mí crecía.

Su respiración se aceleró, su cuerpo temblando debajo de mí.

—Voy a correrme otra vez —susurró, su voz llena de urgencia.

Mis embestidas se volvieron más poderosas y rápidas, desesperado por hacerla llegar al clímax, y llevarme a mí mismo allí también.

Se apretó a mi alrededor, su liberación finalmente estallando sobre ella. La tensión estalló dentro

de mí, y el dulce alivio llegó, con fuerza. Fue. Tan. Bueno.

El aire entre nosotros pulsaba con una carga post-orgásmica, un silencio interrumpido solo por nuestras respiraciones agitadas. Verla desnuda sobre la mesa del bar, jadeando de placer, solo añadía al surrealismo de todo.

Por fin me aparté, rompiendo nuestra intensa conexión física. Ella me miró, su rostro sonrojado, los labios ligeramente hinchados por nuestros fervientes besos, sus ojos oscuros con deseo persistente.

—Te abrazaría —comencé, sonriendo ligeramente, tratando de inyectar algo de ligereza en la atmósfera cargada—, pero este arreglo de bar no está exactamente diseñado para mimos post-coitales. Quiero decir, claro, es funcional para beber, y para lo que acabamos de hacer, pero no para después.

Ella arqueó una ceja, esa chispa descarada familiar volviendo a su mirada.

—Luca —comenzó, bajándose de la mesa y parándose desnuda frente a mí, mirando hacia su ropa descartada—. ¿Por qué no vamos a tu casa para algunos de esos mimos?

La atraje cerca, nuestros labios encontrándose en un beso tierno, lleno de promesa y entendimiento. Lo que fuera que estuviera floreciendo entre nosotros era único y real. Era más que solo físico, más que solo unos momentos de pasión.

—Vamos, *bella* —susurré contra sus labios—. Pero primero tenemos que vestarnos —reí.

Había una conexión innegable entre nosotros, tanto en nuestra pasión compartida por las artes culinarias como por la intimidad que ahora compartíamos regularmente. Fuera lo que fuera que el futuro deparara, estaba claro que nuestras vidas nunca volverían a ser las mismas.

¿Y me atrevo a soñar con un futuro con esta mujer?

Capítulo dieciséis

Luca

Después de una noche de dicha, durmiendo uno al lado del otro, Olivia se despertó en mi cama con una idea.

—Luca, los mercados locales de la ciudad son el corazón y el alma de nuestro mundo, ¿no es así?

Asiento, preguntándome qué va a sugerir.

—Dominic compartió dónde consigues tus alimentos, pero conozco algunos mercados increíbles menos conocidos. Déjame llevarte a algunos de mis favoritos esta mañana.

Era una idea interesante. Pero en realidad lo encontré otra excusa para pasar más tiempo con Olivia, en lugar de que ella se fuera a casa como lo haría normalmente después de una noche conmigo.

Después de un delicioso café, unos croissants y un poco de coqueteo, nos embarcamos en la aventura.

Me llevó al primer mercado, un pequeño y poco conocido mercado en el centro que supuestamente tenía los mariscos más frescos de la ciudad. —Creo que podríamos beneficiarnos de obtener algunos ingredientes aquí, Chef —había dicho emocionada.

Nos abrimos paso entre los bulliciosos pasillos del mercado, el aroma de hierbas frescas, especias y agua salada llenando el aire.

—Vaya —reflexioné, deteniéndome junto a un puesto que exhibía un arcoíris de pimientos, sus colores vibrantes contrastando marcadamente con el fondo apagado del mercado con salmón, trucha arcoíris y cangrejo fresco—. Este lugar es un tesoro.

Me lanzó una mirada complacida. —Te lo dije, Chef. No todos los mejores lugares son los grandes mercados famosos, ¿sabes?

Me reí. —Touché.

El vendedor de mariscos no decepcionó. Sus ofertas eran impresionantes, desde el reluciente salmón hasta las enormes langostas con sus pinzas chasqueando. Mientras Olivia negociaba algunos precios y cantidades potenciales de salmón para el restaurante, no pude evitar admirarla. Estaba en su elemento, completamente absorta en el mundo de los sabores e ingredientes.

Nos movimos de puesto en puesto, Olivia liderando el camino, presentándome a los vendedores que conocía, compartiendo anécdotas sobre ciertos productos. Muchos de ellos parecían conocerla y la saludaban.

La atmósfera estaba cargada de nuestra pasión compartida, cada mirada robada y cada roce

eléctrico. A menudo me encontraba parado más cerca de lo necesario, nuestros brazos rozándose, los dedos entrelazándose ocasionalmente. Era sutil, pero la intensidad era innegable.

—Olivia, estamos cerca de un antiguo mercado italiano que a veces visito. ¡Vamos!

Una vendedora, una anciana italiana que vendía tomates marzano y hierbas directamente de Italia, me reconoció de inmediato. —¡Ah, Luca! ¿Traes una novia hoy? Eso es una novedad, muchacho —bromeó con un marcado acento italiano.

Las mejillas de Olivia se tornaron de un encantador tono rosado, y rápidamente intervino: —Solo estamos aquí por las hierbas, señora.

Reprimí una sonrisa, disfrutando de la mirada azorada en el rostro de Olivia. —Giulia, esta es Olivia, mi nueva sous-chef —la presenté, enfatizando nuestros títulos profesionales.

Giulia me señaló con un dedo. —Ah, negocios en el mercado, pero quizás placer fuera, ¿sí? —Se rio con ganas.

El comentario me sacudió, las implicaciones eran claras. Ambos nos reímos y seguimos adelante después de comprar un poco de albahaca fresca y tomates marzano.

Luego visitamos otro mercado que Olivia conocía. —Este lugar es conocido por sus especias exóticas e ingredientes raros —dijo emocionada—. ¿Has estado aquí? —pregunta al llegar.

—No, pero me encanta este lugar. ¡Buen hallazgo, Olivia!

Éramos como niños en una tienda de dulces, oliendo frascos llenos de especias de Oriente Medio, probando té y plantas secas de China, y degustando frutas secas de África. Cada vendedor tenía una historia, cada producto un cuento.

—¿Por qué crees que sigo cambiando las cosas en Luca's, Chef? —dijo Olivia en un momento, sus dedos rozando un frasco de azafrán—. Este mundo... es vasto. Las combinaciones, infinitas.

Asentí de acuerdo, inclinándome más cerca para susurrar: —Y sin embargo, algunas combinaciones son explosivas.

Me lanzó una mirada ardiente de pasión. Por un momento, nos perdimos en nuestro propio universo entre las especias y las hierbas.

Ese día fue increíble. Perdimos la noción del tiempo. Salimos de los varios mercados con bolsas llenas de ingredientes exóticos, ideas zumbando en nuestras cabezas. Pero más que eso, una comprensión más profunda del uno al otro.

Olivia tenía esta habilidad increíble para empujar los límites, no solo en el ámbito de los sabores sino también en el de las relaciones.

Su pasión por la experimentación culinaria era contagiosa. Sentí que algo de mi mojo volvía, algo de la profunda pasión por la comida que me ha impulsado durante mucho tiempo, que pensé

que había perdido.

Admitidamente, me había estancado en mis costumbres, confiando en técnicas probadas y verdaderas, reacio a aventurarme fuera de mi zona de confort. Pero Olivia, con su feroz determinación y encanto persuasivo, estaba cambiando eso. Y parte del dolor en mi corazón y la depresión por perder a mi madre y mis abuelos, comenzaba a desvanecerse con esta nueva relación.

Capítulo diecisiete

Luca

—Luca —me llamó Olivia la noche siguiente después del servicio, con un tono que era a la vez desafiante y juguetón—, ¿alguna vez has considerado adentrarte en el mundo de la gastronomía molecular?

Me burlé, sacudiéndome un poco de harina del delantal.

—¿Esas técnicas modernas y exageradas? Soy un tradicionalista, Olivia. Lo sabes.

—Aprendí esto en Le Cordon Bleu, Luca. Los chefs Hervé This y Christophe Lavelle eran increíbles. Fue un curso de dos semanas que dieron. Vamos, si es lo suficientemente bueno para Le Cordon Bleu, ¡es lo suficientemente bueno para Luca's! No seas un cabezota.

Sabía que no tenía argumentos, pero podía mantenerme escéptico sobre los procesos modernos. Suspiré.

—Vale, muéstrame —refunfuñé.

Se acercó, sosteniendo un vial lleno de un líquido transparente.

—Esto es alginato de sodio. Combinado con lactato de calcio, podríamos crear caviar de manzana.

Levanté una ceja, escéptico pero intrigado.

—¿Y por qué, exactamente, querríamos hacer eso?

Se inclinó hacia mí, sus ojos verdes manteniendo a mis ojos oscuros cautivos.

—Porque, Luca, es hora de que empieces a pensar fuera de la caja.

La siguiente hora fue una emocionante danza de arte culinario. Mientras Olivia explicaba el proceso, me encontré siendo atraído por el encanto de la experimentación. Mezclamos jugo de manzana con el alginato de sodio, luego lo goteamos en un baño de lactato de calcio. ¿El resultado? Pequeñas perlas de manzana, como caviar, que estallaban de sabor en la lengua.

Probando un bocado, no pude evitar admitir:

—Bien, has captado mi atención.

La risa de Olivia era contagiosa, su alegría por haberme atraído a su mundo era evidente.

—Pensé que lo haría. ¿Listo para la siguiente aventura?

Luego me introdujo al mundo del helado de nitrógeno líquido. Por supuesto, yo conocía el helado de nitrógeno líquido, pero lo había descartado por considerarlo demasiado moderno y de

moda para Luca's. Observé, tanto con asombro como con ligera aprensión, cómo mezclaba hojas de albahaca con ralladura y jugo de limón, azúcar y crema.

—¿Albahaca y limón? ¿En serio? —cuestioné, incapaz de ocultar la duda en mi voz.

Ella sonrió con esa sonrisita suya.

—Confía en mí, Luca.

Al verter el nitrógeno líquido en la mezcla, la cocina se llenó de una dramática niebla humeante. Removió continuamente y, en cuestión de momentos, lo que antes era un líquido se convirtió en un helado cremoso y suave.

Entregándome una cuchara, me instó:

—Prueba.

El sabor fue una explosión. La frescura de la albahaca se mezclaba perfectamente con la acidez del limón, creando un helado que era a la vez familiar y exótico.

—Dios mío, Olivia —la miré, con clara admiración en mis ojos—. Tú... estás cambiando todo lo que sé sobre cocina.

Se acercó más, el espacio entre nosotros cargado de tensión.

—Esa es la idea, Luca. Somos mejores juntos, rompiendo barreras.

Cada sesión de experimentación nos acercaba más. Los sabores que creábamos se amplificaban por la palpable química entre nosotros. Los acalorados debates, los éxitos triunfantes e incluso los fracasos ocasionales, todos jugaban un papel en unirnos. Cada sabor, cada toque, cada momento compartido era un testimonio de nuestra relación en evolución, tanto dentro como fuera de la cocina. Elevó a Luca's a donde debería estar.

—Olivia, me gusta tu honestidad, tu pasión. Me muestras quién eres cada día. Me ayudas a descubrir cosas que he dejado de lado. Y por eso, te lo agradezco. No te lo he dicho, pero la honestidad es una de las cosas más importantes para mí.

Pude ver a Olivia tragar con dificultad, probablemente por la emoción.

—La última relación que tuve, hace algunos años, terminó por mentiras. Me han lastimado y me ha llevado tiempo volver a confiar —revelo.

Olivia se acerca y me abraza fuertemente.

Capítulo dieciocho

Olivia

Hay una intensidad en nuestros encuentros en la cocina y las noches en su casa, la pasión, el asombro y el descubrimiento van creciendo. No hay duda de que estamos construyendo una relación emocionante. La atmósfera entre nosotros cambió aún más que antes. Luca estaba recuperando su mojo, podía verlo, y Dominic lo reconocía.

Éramos más abiertos el uno con el otro como chefs y como personas, más vulnerables. Y a medida que pasaban los días, los muros que él había construido a su alrededor parecían desmoronarse.

Pero ahora empezaba a sentirme nerviosa e incómoda. Le estaba ocultando quién era yo, mi nombre y mis antecedentes familiares. Y anoche reveló que la honestidad es lo más importante para él.

¡Maldición!

Me conoce como Olivia Jade, su nueva sous-chef que comparte un apartamento con su amiga. Probablemente piensa que es un apartamento pequeño y que tengo un presupuesto ajustado. Comparto mi pasión por la comida con él, lo desafío, trabajo con él, duermo con él, hablo sobre París, pero no hablo de nada más en mi vida. Empecé a sentirme culpable, falsa. Deshonesta.

De alguna manera necesito contarle mi historia y pronto. Ha mencionado varias veces que no le gusta la riqueza mimada, y no podría estar más de acuerdo. Pero, ¿me verá como una heredera mimada de la riqueza cuando sepa la verdad?

—Cici, hemos avanzado tanto y tan rápido en nuestra relación —dije una noche mientras tomábamos unas copas en nuestro lujoso apartamento—. Pero le he estado mintiendo.

—No, no estás mintiendo, Liv —dijo ella—. Simplemente no le has contado toda la verdad. Deberías hacerlo más pronto que tarde, si crees que tu relación con este Adonis es realmente algo especial.

—Es algo especial, sin duda. Lo anhele, Cici. Somos el uno para el otro. Yo lo desafío, él me desafía. Tenemos las mismas pasiones. Y, em, el sexo es alucinante —murmuré.

Cecily se ríe a carcajadas.

—¡Eso es lo que quería para ti! Pasión por algo más que solo la comida.

Sé que debo encontrar el momento adecuado para revelar la verdad, y pronto.

Mientras tanto, me aseguro de contarles a amigos de confianza en mi círculo sobre el maravilloso restaurante de Luca, y los animo a visitarlo. Quiero ayudar a contribuir al éxito del restaurante.

La noche siguiente, nos dirigimos al acogedor ático de Luca después de que el restaurante cerró.

Nos acomodamos en su lujoso sofá, el suave resplandor de sus luces de estilo italiano proyectaba cálidos tonos sobre todo. Nos instalamos con copas de vino tinto. La aterciopelada riqueza del líquido era un reflejo de la creciente profundidad de nuestras conversaciones. Pero no toda la profundidad. ¿Podría decírselo esta noche? Necesito revelar que soy una Kensington.

—¿Sabes por qué soy tan meticuloso con cada detalle del restaurante, Olivia? —comenzó Luca, haciendo girar su vino.

—¿Perfeccionismo? —bromeé con una sonrisa, sabiendo que había más que eso. Pero la gravedad en su mirada me dijo que estaba a punto de revelar algo profundamente personal.

Se rio, pero fue un sonido cansado, desprovisto de humor.

—Tal vez. Pero es más profundo —Tomó un largo sorbo de su vino, con la mirada distante como si estuviera buscando las palabras correctas—. Cuando empecé, Luca's no era más que un rincón olvidado en la ciudad. Un viejo edificio que Dominic y yo revivimos con todo lo que teníamos. Él creía en mi talento y yo quería que este restaurante tuviera éxito. Durante meses, funcionamos con pura esperanza y amor por mi sueño.

Me incliné más cerca, cautivada por sus palabras, observando las emociones que se reflejaban en su rostro.

—Luché, Olivia —continuó, con la voz cargada de dolor—. Encontrar clientela, competir con otros restaurantes, encontrar mi camino como nuevo chef. Muchos días, después de que el restaurante cerraba, me tumbaba en el suelo, preguntándome si había cometido el mayor error de mi vida. Preguntándome si alguna vez lo lograría en Nueva York. Dominic era mi animador y creía que podríamos causar sensación. Él creía en mi talento. Pero no despegamos durante meses. Finalmente cedí a las historias de prensa sobre el "chef estrella de rock" y dejé que me publicitara. No quería que lo hiciera al principio, pero fue el punto de inflexión.

La revelación me sacudió. El Luca's que yo conocía era el epítome de la excelencia culinaria, un lugar de energía vibrante y éxito.

—Quería tener éxito por mis habilidades como chef, no jugar con el ángulo de estrella de rock o el ángulo del guapo italiano —sonríe débilmente—. Pero Dominic dijo que deberíamos usar lo que teníamos para atraer a la gente, y luego podría impresionarlos con mis habilidades.

Luca levantó la mirada, sus ojos oscuros brillando.

—Seguí adelante. Recordé lo duro que habían trabajado mis abuelos, el legado familiar, cuánto quería triunfar en el negocio de los restaurantes. Seguí refinando mis platos, perfeccionando mi oficio. Innovando, permitiendo que la prensa y los críticos gastronómicos vinieran entre bastidores. Y entonces, un día, todo encajó. Una crítica entusiasta de un crítico gastronómico. El boca a boca. De repente, Luca's era el lugar de moda. Y entonces me esforcé por trabajar para conseguir las estrellas Michelin.

—Eso es increíble —susurré, conmovida por su viaje—. Eres un testimonio de lo que la determinación puede lograr.

—Muchos pensaron que era un éxito de la noche a la mañana... el "chef estrella de rock", y todos querían un pedazo de mí. Colas en el restaurante todas las noches. Prensa y paparazzi. Mujeres compitiendo por mi atención —recuerda—. Pero las mujeres... bueno, ninguna estaba interesada en el verdadero yo, o tenía pasión por la comida, querida. Ninguna me desafiaba. Y creo que asusté a algunas de ellas —dijo con una risa.

Esbozó media sonrisa.

—En fin, *bella*, volviendo al restaurante, por eso soy tan adverso a

cambio. Por eso he sido duro contigo. Recuerdo cuando Luca's no era nada. Tenía miedo de que un paso en falso, un desliz, y volvería a ese lugar de incertidumbre. Y he dejado de lado lo que el italiano típico hace, formar una familia. El restaurante ocupó ese lugar para mí, ¿sabes?

Extendí la mano, colocándola sobre la suya en señal de consuelo. La intensidad de nuestra conexión era evidente.

—Luca, admiro tu dedicación. Pero recuerda que la evolución es parte del crecimiento. Podemos honrar el pasado y aun así estar abiertos al futuro. Has construido algo fenomenal aquí, y pequeños cambios aquí y allá no lo desharán.

Me miró profundamente a los ojos, como si buscara algo. Después de lo que pareció una eternidad, suspiró.

—Gracias, Olivia. Hace... hace tiempo que no soy tan abierto con alguien.

El peso de su confesión flotaba en el aire. Nuestros dedos se entrelazaron, y una vez más, sentí esa atracción innegable. Pero esta vez, no era solo pasión cruda; era más profundo, forjado de sueños compartidos, luchas y el espíritu indomable de dos chefs que vivían por su oficio.

Pero también sentí la presión de revelar mi historia, quién era yo. Sin embargo, tenía miedo. No quería arruinar nuestra relación, ver la decepción en sus ojos. Temía romper lo que habíamos construido, y me asustaba.

Nuestras manos seguían entrelazadas. Podía sentir el calor emanando de sus dedos, el ritmo lento de su respiración sincronizándose con la mía.

Los ojos oscuros de Luca escudriñaron los míos.

—Tu turno —susurró con un toque de picardía—. ¿Cuál es la historia de Olivia?

Esta era mi oportunidad. ¿Debería decírselo ahora?

Tragué saliva y miré a este adorable hombre al que estaba tan apegada. Simplemente no podía arruinarlo. No ahora, en este momento.

Para ser una mujer valiente, era una cobarde. Me importaba mucho este hombre. Y quizás estaba siendo egoísta, porque no quería perder nuestro "nosotros".

Sintiendo una oleada de adrenalina, decidí compartir una parte de mí de la que estaba orgullosa, lejos de mi apellido y riqueza familiar. Debo encontrar el momento adecuado para eso, me prometí en silencio.

—Muy bien, señor chef. Abróchate el cinturón.

Se inclinó más cerca, el aroma de su colonia mezclándose con el olor almizclado del lugar.

—Te escucho —murmuró, con sus ojos oscuros fijos en mí.

—Antes de la escuela de cocina, remontándonos hasta la secundaria, fui voluntaria en jardines comunitarios locales —comencé, sintiendo una ola de nostalgia—. Empezó como un proyecto de verano cuando estaba en primer año de secundaria, pero rápidamente se convirtió en una pasión. Me encantaba ensuciarme las manos, plantar semillas y verlas crecer. Ver brotar y crecer las increíbles verduras y plantas. Pero más que eso, me encantaban los niños.

Levantó una ceja, con curiosidad bailando en sus ojos.

—¿Niños?

—Sí —sonreí, perdida en los recuerdos—. Estos jardines estaban adjuntos a escuelas locales. La idea era enseñar a los niños sobre agricultura sostenible, sobre de dónde venía su comida. Tenía grupos de pequeños correteando, ayudándome a plantar y regar. ¿Ver sus ojos iluminarse cuando arrancaban su primera zanahoria o tomate? ¿Y luego probarlo? No tiene precio.

Luca se rió entre dientes.

—Suena como todo un desafío.

—No tienes idea —sonreí—, pero su entusiasmo, su inocencia... era contagioso. Hacían un millón de preguntas, y cada vez que respondía una, tenían diez más. Me hicieron ver la comida bajo una nueva luz. No solo como un medio para el arte culinario, sino como una herramienta para la educación, para la conexión.

Me miró, con una mezcla de admiración y sorpresa evidente en su rostro.

—Nunca me diste la impresión de ser del tipo jardinera.

Sonreí con picardía, tocándole el pecho juguetonamente.

—Hay mucho que no sabes sobre mí, Luca. Estoy llena de sorpresas —Oh vaya, eso fue un desliz freudiano. Tomé aire bruscamente.

Se inclinó, susurrando:

—Empiezo a darme cuenta de eso.

Sus tentadores labios estaban a centímetros de los míos, el suave resplandor de las luces superiores bañándonos en calidez. Podía oír el latido de mi corazón. Pero tenía que terminar mi historia.

Retrocediendo ligeramente, tomé un profundo respiro.

—Esos jardines, esos niños... me dieron un propósito. Pasé a organizar talleres culinarios para ellos con las escuelas, entrelazando la cocina con la jardinería. Usando productos frescos que ellos mismos habían cultivado para preparar comidas sencillas y deliciosas.

Parecía genuinamente impresionado.

—Eso es... asombroso, Olivia. ¿Por qué nunca lo mencionaste antes?

Me encogí de hombros, mi voz suavizándose.

—Es una parte de mí que está separada del trabajo en cocinas de alto nivel. Es pura, inmaculada. Quería mantenerla así. Lo establecí y siguió funcionando cuando me fui. Pero mantengo mi participación, me mantengo en contacto con las escuelas y aún estoy un poco involucrada.

Su pulgar trazaba círculos en el dorso de mi mano.

—Gracias por contármelo.

—Cuando quieras —susurré, inclinándome hacia él.

Asentí, sintiendo una mezcla de alivio y vulnerabilidad. Había omitido deliberadamente mi origen privilegiado, el apellido de mi familia, el hecho de que soy una heredera. Quería que Luca me viera por quién era, no por la cuchara de plata con la que nací. Pero por ahora, en este momento, se sentía como si hubiéramos compartido todos nuestros secretos.

Mientras nuestra conversación se desviaba hacia temas más ligeros, el omnipresente peso del apellido de mi familia presionaba los bordes de mis pensamientos. Apreciaba las historias que compartíamos, pero siempre había una parte de mí que temía el momento en que Luca descubriera la verdad sobre mi linaje.

No quería que el orgullo en sus ojos fuera reemplazado por lástima o incluso desdén. Estaba decidida a labrar mi propio camino en el mundo, a definir mi valor no por la riqueza en la que nací, sino por el trabajo que realizaba. Justo como lo había hecho Luca.

Confiar en los miles de millones de mi herencia era un consuelo al que me negaba a recurrir. La historia de perseverancia y determinación de Luca resonaba profundamente en mí. Si alguna vez se enterara de mis antecedentes, ¿me vería de manera diferente? ¿Se rompería el respeto que lentamente había cultivado por mí, reemplazado por la visión estereotípica de una rica heredera que no conocía las verdaderas luchas de la vida?

La ansiedad me carcomía, incluso cuando su mano encontró la mía una vez más, reconfortándome en la habitación que se oscurecía. Apreciaba el vínculo que estábamos

formando, pero temía el día en que mi secreto pudiera romperlo.

Capítulo diecinueve

Luca

El ambiente en Luca's estaba cargado esta noche. Cada noche se sentía como si estuviéramos en el clímax de un crescendo, y con la vivacidad de Olivia condimentando la cocina, el pico aún no se vislumbraba.

—Luca, ¿has visto la lista de invitados para esta noche? —La voz de Anthony cortó el habitual bullicio de la cocina, sonando más animado de lo usual. Él maneja hábilmente el frente de la casa.

Me acerqué, examinando la lista de reservaciones. Los nombres parecían sacados del Quién es Quién de la ciudad. —Mierda —murmuré—, ¿cómo sucedió esto?

Olivia se acercó, limpiándose las manos en el delantal. —¿Qué está pasando?

—Tenemos algunos peces gordos esta noche, otra vez —dije, con los ojos aún escaneando la lista—. Parece que las reseñas en la prensa no pasaron desapercibidas.

Ella arqueó una ceja, con la comisura de su boca curvándose hacia arriba. —O han oído hablar de las actualizaciones del menú y quieren comprobarlo por sí mismos. Somos un restaurante con 2 estrellas Michelin, ¿sabes? —bromeó.

Sonreí con suficiencia. —De cualquier manera, estamos en llamas. Solo necesitamos mantenerlo así.

Anthony dijo, antes de volverse para irse: —Luca, asegúrate de hacer acto de presencia en el comedor. Saluda a los comensales, hazte notar, deslúmbrales como solías hacerlo.

Luca suspiró, pero parecía un poco emocionado y energizado al respecto. Esto era lo que Dominic había esperado.

El servicio de la noche fue intenso. Cada plato era una obra maestra, y muchos de los clientes pidieron los nuevos platos del menú. Olivia y yo nos movíamos alrededor del otro sin problemas: probando, ajustando, perfeccionando. Nuestra energía combinada era magnética, y me sentía más vivo de lo que había estado en años.

Más tarde, disfruté visitando a los clientes en el comedor, escuchando lo que les gustaba de la comida. Olvidé que era algo que solía hacer siempre.

Era cerca de la medianoche cuando se sirvieron las últimas órdenes. La cocina parecía haber soportado una tormenta: utensilios dispersos por todas partes, restos de ingredientes esparcidos por los mostradores. Pero en medio del caos, había una sensación de logro.

Me apoyé contra un mostrador, observando a Olivia mientras limpiaba meticulosamente su estación de trabajo. Había algo increíblemente fascinante en la forma en que se movía. Sentí la ya familiar atracción hacia ella, y se estaba volviendo más difícil de ocultar en la cocina.

—Estuviste increíble esta noche.

Ella se rio, un sonido ligero y tintineante. —Estuvimos increíbles. Nuestra dinámica... es algo especial.

Pete se rio entre dientes: —Es una maldita forma de arte verlos a ustedes dos en acción.

—Usamos más vino de lo habitual, y esa nueva sopa de remolacha y melocotón fue un éxito rotundo —dije—. Servimos un 10% más del plato de pesto de lo usual, ¿y escucharon los ooohs y aaahs por el helado de nitrógeno? ¡Olivia, has hecho un impacto!

Todos aplaudieron y la vitorearon.

Fue una noche satisfactoria, sin duda, y todos parecían orgullosos.

Uno por uno, el equipo fue saliendo después de limpiar sus estaciones, sus despedidas teñidas de anticipación por el breve respiro antes de otra semana en Luca's. Finalmente, solo quedaba Pete, barriendo diligentemente los suelos.

—¡Bien, Chef Luca, me voy! —gritó, colgando la escoba de vuelta en su lugar.

—Gracias, Pete. Que tengas una buena.

La puerta se cerró tras él, dejando el restaurante bañado en el suave resplandor de las luces superiores. El silencio nos envolvió, un bálsamo calmante después del frenesí de la noche. Podía sentir la presencia de Olivia mientras se acercaba, sus dedos rozando suavemente los míos.

—Lo hicimos bien esta noche —murmuró, sus labios a centímetros de los míos.

Cerré la distancia, saboreando el familiar gusto de su beso, dulce y cálido. Nuestro abrazo se profundizó, el mundo disolviéndose en la suave presión de sus labios y la gentil caricia de sus manos.

La levanté al mostrador plateado limpio y comencé a desabotonar su camisa. Ella me quitó el delantal y soltó mi coleta, pasando sus manos por mi cabello. Nos inclinamos para un beso con nuestras lenguas luchando entre sí.

El repentino tintineo de la campana de la entrada destrozó el momento, enviándonos de vuelta a la realidad. Olivia se deslizó del mostrador. Nuestros ojos se encontraron, abiertos y sorprendidos, mientras apresuradamente ajustábamos nuestra ropa desarreglada. La puerta crujió al abrirse, y la voz de Pete flotó a través del tenso silencio.

—¡Olvidé mis malditas llaves! Ah, ahí están.

Contuvimos la respiración al unísono mientras escuchábamos sus pasos alejándose, la puerta cerrándose señalando nuestra estrecha escapada de ser descubiertos. Olivia dejó escapar una suave risa, el sonido teñido de alivio y deseo persistente.

—Eso estuvo cerca —susurró, sus dedos entrelazados con los míos—. No deberíamos dejarles

saber que somos algo. Podría perjudicar la atmósfera de trabajo en la cocina, Luca.

Hice una pausa por solo un latido, el peso de sus palabras asentándose profundamente en mi pecho. —A la mierda —gruñí, mi voz baja y cargada de deseo crudo—. Tienes razón, pero no me importa.

En un instante, capturé sus labios con una ferocidad que reflejaba la tormenta tumultuosa de emociones dentro de mí. Sentí cómo ella respondía de igual manera, con urgencia en su toque.

Éramos una tormenta juntos, siempre. Un

tormenta perfecta.

Con un movimiento suave, la elevé de vuelta a la fría superficie de la encimera de la cocina. Cada nervio de mi cuerpo vibraba con anticipación, anhelando la promesa de intimidad que yacía justo fuera de nuestro alcance. Una intimidad que ansiaba constantemente.

Un sonido ahogado escapó de los labios de Olivia mientras sus dedos trabajaban furiosamente en los botones de mi chaqueta de chef. En su impaciencia, los botones saltaron, deslizándose por el suelo de baldosas en un baile desordenado. Por una fracción de segundo, nuestro acalorado intercambio se detuvo, ambos mirando hacia abajo a los restos esparcidos.

Se mordió el labio, con un toque de picardía en sus ojos. —Lo siento —murmuró, la palabra cargada de diversión.

Me reí, la tensión momentáneamente rota. —Valió la pena —respondí, capturando su boca una vez más, nuestras risas compartidas fundiéndose perfectamente en el fervor de nuestro abrazo.

Nuestros labios se volvieron más insistentes. El peso de la noche y nuestra creciente relación, el agotamiento, la exaltación, todo canalizado en nuestra pasión. Era crudo, era apasionado, era todo.

Cuando nos separamos, ambos jadeábamos ligeramente. Apoyó su frente contra la mía. —¿Cómo puedo desearte tanto? —murmuró.

Tomé un profundo respiro. —Y no quiero que se detenga. Me has dado nueva energía, Olivia, nueva vida.

Saboreé el familiar gusto de su beso, dulce y cálido. Nuestro abrazo se profundizó, el mundo disolviéndose en la suave presión de sus labios y la gentil caricia de sus manos. La encimera de la cocina proporcionando un nuevo e improvisado asiento, sus elegantes piernas envueltas alrededor de mí mientras me acercaba más.

Era una danza de dos almas al borde de la rendición. La suave presión de sus labios, el gentil roce de sus dedos contra mi piel —era una orquesta de sensaciones, cada nota sintiéndose más dulce que la anterior. Estábamos perfectamente sincronizados.

Las manos de Olivia recorrían mi espalda. Las mías no estaban ociosas, trazando los contornos

de su cuerpo con una reverencia que desmentía la urgencia de nuestros besos. Sus suaves susurros eran como el canto de una sirena, instándome a adentrarme más en el laberinto de la pasión y el deseo.

El calor entre nosotros era palpable, amenazando con quemarnos a ambos. Nuestros labios permanecieron unidos, las lenguas entrelazadas en una danza sensual. Manos torpes y dedos trazando, tiró de mi camisa y la quitó. Hice lo mismo y arrojé su camisa al suelo.

El fresco aire de la cocina encontró mi pecho, pero cualquier vestigio de frío fue rápidamente reemplazado por la abrasadora sensación de sus senos cubiertos de encaje rozando mi piel. Podía sentir los duros pezones a través de la delicada tela, y la sensación envió una descarga directa a mi miembro.

—Luca, mi Adonis —murmuró, mi nombre un susurro seductor en sus labios mientras tomaba uno de sus suaves y exuberantes senos en mi mano. La sensación de ella, tan suave y cálida en mi agarre, me volvió loco. Mi boca buscó la sensible curva de su cuello, dejando besos ardientes a su paso. Ella jadeó, echando la cabeza hacia atrás, permitiéndome mejor acceso a la extensión de su garganta.

Su gemido reverberó a través de mí, el sonido de mi nombre saliendo de sus labios me volvió completamente salvaje. Podía sentir la presión de mi miembro luchando contra los confines de mis pantalones, cada célula de mi cuerpo gritando por su toque.

Con una audacia que me dejó sin aliento, Olivia alcanzó detrás de ella, desabrochando hábilmente su sostén y dejándolo caer. Mi mirada fue instantáneamente atraída hacia sus senos desnudos, la vista de sus pezones rosados y endurecidos haciendo que mi boca se hiciera agua. Sin dudar, bajé mi cabeza, tomando una tentadora cima con mis labios, mi lengua girando alrededor mientras ella jadeaba y arqueaba su espalda.

Sus dedos abrazaron la parte posterior de mi cuello, instándome a continuar, la urgencia de sus movimientos traicionando su propio deseo rápidamente creciente. Los sonidos que hacía —gemidos, jadeos y afirmaciones jadeantes de "Sí" y mi nombre repetido como un mantra— solo servían para avivar el fuego que ardía entre nosotros.

—Joder, Olivia —gemí contra su piel, mis manos recorriendo su espalda, trazando la curva de su columna mientras se retorció debajo de mí.

Encontró mis ojos, su mirada ardiendo con pasión cruda. —Te necesito, Luca. Te deseo. Siempre te deseo —susurró, su voz espesa de deseo. La confesión me dejó aturdido, mi corazón martillando en mi pecho ante las implicaciones de sus palabras.

Suavemente, la levanté de la encimera, poniéndola de pie frente a mí. Mis manos descansaron en la cintura de sus pantalones, mis dedos ansiosos por remover la última barrera entre nosotros.

—Quítamelos ahora, o juro que saldré de aquí así —amenazó, su tono goteando audacia juguetona—. Quítamelos, Luca.

La idea de que caminara afuera, expuesta y vulnerable para que el mundo la viera, despertó una

protección básica dentro de mí. No iba a dejar que eso sucediera. Gruñí, el sonido bajo y lleno de celos juguetones, mis dedos agarrando la cintura de sus pantalones, tirando de ellos hacia abajo en un rápido movimiento. Se acumularon en sus tobillos, revelando una tentadora pieza de encaje rojo que no hacía nada para ocultar su excitación.

Mi corazón retumbaba en mi pecho, cada instinto urgiéndome a reclamar lo que estaba frente a mí. Me dejé caer de rodillas, posicionándome entre sus piernas extendidas.

Presioné mi nariz contra la tela húmeda, inhalando profundamente, amando su aroma. Mis labios se encontraron con el encaje mojado, besándola suavemente, cada presión de mi boca enviando ondas de choque de anticipación por todo mi cuerpo. Sabía divina, su excitación evidente incluso a través de la barrera de tela.

Sus dedos se entrelazaron en mi cabello, las uñas clavándose en mi cuero cabelludo mientras gemía suavemente: —Luca... sí —suplicó, su voz temblando de necesidad.

Levanté la mirada hacia ella, fijando mi mirada con la suya, perdido en las profundidades de sus ojos llenos de deseo. —Toda la noche, rodeados de comida gourmet —murmuré con voz ronca —, y sin embargo esto... esto justo aquí es el mejor maldito manjar en todo el restaurante.

Sin otra palabra, enganché mis dedos bajo la cintura de su tanga, empujándola a un lado, exponiéndola completamente ante mí. La visión de ella, húmeda y esperando,

me tenía casi gimiendo de deseo. Pero me contuve, queriendo saborear cada momento. Mi lengua trazó un camino lento por su hendidura, comenzando en la entrada y haciendo su camino hasta su sensible clítoris. La sensación la hizo jadear, con sus dedos aferrándose a mí aún más fuerte.

La embriagadora mezcla de sus sonidos y sabores me llenó de lujuria, dejándome anhelando más. Cada reacción suya, cada temblor, cada gemido, solo alimentaba mi deseo de darle aún más placer. Pero me contuve, saboreando el momento, queriendo prolongar la anticipación para ambos.

Comencé a dibujar círculos alrededor de su clítoris con mi lengua, sintiendo su cuerpo temblar debajo de mí. Cada roce de mi lengua la hacía jadear, sus muslos apretándose alrededor de mi cara, atrayéndome más cerca de ella.

Con cada giro y lamida, sentía su urgencia, la necesidad palpable creciendo dentro de ella. Intentó guiarme, tirando de mi cabello, tratando de hacer que me moviera más rápido, pero me eché hacia atrás.

—Paciencia, *bella* —murmuré, con la voz espesa de deseo. Quería saborear cada segundo de esto, deleitarme en el control que tenía sobre su placer.

Manteniendo mi ritmo pausado, continué provocándola y tentándola, alargándolo hasta que sus respiraciones se volvieron entrecortadas, sus gemidos haciendo eco en toda la cocina vacía. Sus respuestas eran primarias, desesperadas, y me encantaba cada parte de ello. Fue entonces cuando decidí que ya la había provocado lo suficiente.

Deslizando uno, luego tres dedos dentro de sus pliegues húmedos, fui recibido con un suspiro de alivio de sus labios. Curvando mis dedos justo en el punto correcto, encontré ese lugar dentro de ella mientras simultáneamente mantenía un ritmo con mi lengua en su clítoris. La combinación de mis dedos y mi boca la hizo deshacerse rápidamente.

Sus manos se aferraron al borde de la encimera, y un grito escapó de sus labios. Sus muslos y abdominales se tensaron mientras su orgasmo la recorría en poderosas oleadas.

—Luca, para —suplicó débilmente, su cuerpo temblando con las secuelas de su clímax. Pero no había terminado. Quería, necesitaba, verla desmoronarse para mí una vez más, observar cómo la llevaba al borde del clímax una y otra vez.

Ignorando sus protestas, continué con mis atenciones, sabiendo muy bien que estaba empujando sus límites. Con renovado vigor, hundí mis dedos más profundamente, mi lengua trabajando en sincronía con ellos.

Cada gemido, cada quejido que dejaba escapar solo me incitaba más. El agarre de Olivia en la encimera se apretó, sus nudillos blancos por la tensión mientras trataba de anclarse.

—¡Oh, joder, Luca! —gritó, su voz tensa de placer. Era una sensación embriagadora, saber que yo era quien provocaba tales reacciones en ella. El poder, el control, era poderoso.

Y justo cuando sentí que se acercaba a otro clímax, dupliqué mis esfuerzos, queriendo hacer este aún más intenso que el último.

Con un último grito primario, todo su cuerpo se tensó, su tercer orgasmo de la noche dejándola sin aliento, temblando y débil. Sentí sus paredes apretándose alrededor de mis dedos, los espasmos de su placer pulsando a través de ella. Ralentiqué mis movimientos, permitiéndole cabalgar las olas de éxtasis que la estaban atravesando.

Suavemente, retiré mis dedos y presioné un suave beso en su muslo interno. Mirándola, pude ver el rubor que pintaba su piel, la mirada aturdida en sus ojos, un testimonio de la intensidad de su placer.

La respiración de Olivia era entrecortada mientras trataba de recuperar la compostura, su pecho agitándose. Lentamente, me puse de pie, tomando sus labios en un tierno beso, dejándola saborearse a sí misma en mí. La combinación de nuestros sabores mezclados era impresionante. Mientras me alejaba, apoyé mi frente contra la suya, nuestros ojos cerrados en una mirada ardiente.

El pecho de Olivia se agitaba; sus ojos vidriosos de placer mientras trataba de recuperar el aliento. Su piel estaba ruborizada, aún hormigueando por las secuelas de los múltiples orgasmos que le había provocado.

—¿Estás demasiado agotada? —pregunté suavemente, apartando un mechón de cabello rebelde de su frente húmeda de sudor. Incluso en la penumbra de la habitación, el brillo travieso en sus ojos era inconfundible.

Se tomó un momento, su respiración aún entrecortada, antes de negar con la cabeza.

—Te necesito dentro de mí, ahora —susurró, con la voz ronca.

Una descarga de pura lujuria me atravesó, haciendo que mi corazón se acelerara. ¡Sí!

Con una sonrisa, comencé a desabrochar mis pantalones, mis movimientos deliberadamente lentos, haciéndola observar cada segundo. Los bajé, exponiendo mi ropa interior, que se tensaba bajo el peso de mi polla palpitante. La tela delineaba su tamaño, y por la brusca inhalación de Olivia, pude notar que estaba apreciando la vista.

Sin apartar los ojos de los míos, extendió una mano temblorosa, sus dedos rozando la tela, enviando escalofríos por mi cuerpo. Con un destello malicioso en sus ojos, enganchó sus dedos en la cintura, bajándolos. Mi gruesa polla saltó libre, anhelando atención.

No pude ahogar el gemido que se escapó de mis labios cuando el aire más frío se encontró con la piel caliente, y su mirada se oscureció en respuesta.

—Joder, Luca —murmuró, sus ojos fijos en mi longitud dura.

Se acercó más, sus dedos envolviéndome, su toque eléctrico. Mi respiración se entrecortó cuando comenzó a acariciar, su agarre firme, haciendo que mis rodillas se debilitaran. Pero ya estaba duro como una roca, cada gota de sangre en mi cuerpo parecía estar acumulándose allí, y su toque solo lo hacía más intenso.

La sensación de su mano sobre mí era abrumadora, y mientras comenzaba a explorar, no pude evitar dejar escapar un gemido bajo. La observé, cautivado por la concentración en su rostro, la forma en que sus labios se entreabrían ligeramente mientras medía mis reacciones. Había algo increíblemente erótico en la forma en que me miraba, el hambre evidente en sus ojos.

Su ritmo se aceleró por un momento, sus dedos jugando sobre la cabeza sensible, esparciendo el líquido preseminal que se había acumulado allí antes de detenerse repentinamente. Casi protesté por la pérdida de contacto, pero la mirada ardiente que me lanzó hizo que cualquier palabra muriera en mi garganta.

Inclinó la cabeza, una sonrisa juguetona bailando en sus labios.

—¿Listo para mí? —ronroneó, su voz goteando seducción.

—No tienes idea.

Capítulo veinte

Olivia

El ardor de la mirada de Luca se clavaba en mí, haciendo que mi piel se sonrojara de anticipación. A estas alturas, los dos conocíamos íntimamente el cuerpo del otro. El recuerdo de cómo me llenaba hacía que mi centro palpitara de necesidad, y aunque aún no había entrado en mí, la respuesta visceral de mi cuerpo me hacía sentir como si ya estuviera allí.

Pero esta noche, en la cocina donde trabajábamos todos los días, arriesgándonos a ser descubiertos, el peligro aumentaba el placer intensificado.

Extendí la mano, mis dedos rodeando su gruesa longitud. El calor de su miembro era familiar en mi agarre, pulsando con la misma urgencia que yo sentía. La suavidad aterciopelada de su piel contrastaba con la rigidez que había debajo, y un escalofrío me recorrió al imaginar lo que estaba por venir.

Con una mirada de puro deseo en sus ojos, comencé a bajarme hacia la encimera de nuevo, pero antes de que pudiera hacerlo, las fuertes manos de Luca agarraron mi cintura. —Oh no, no tan rápido —susurró con una sonrisa maliciosa. Su agarre se apretó en mi brazo.

Me guió hacia la pared con pasos decididos. Los azulejos fríos contra mi piel acalorada me hicieron jadear. —Inclínate. Manos en la pared —ordenó, con voz ronca y exigente. El tono me hizo estremecer, y obedecí, la anticipación haciendo que mi corazón se acelerara.

Sus manos recorrieron mi espalda, haciéndome temblar. Sentí la punta de su miembro en mi entrada, provocándome tentadoramente. Estaba húmeda y lista para él, anhelando la plenitud que sabía que podía proporcionarme. Todavía palpitaba por los tres orgasmos que me había dado.

Cuando finalmente me penetró desde atrás, la sensación fue abrumadora. La estrechez se amplificaba en esta posición, haciéndome sentir aún más llena por su impresionante tamaño. Un gemido escapó de mis labios, y podía sentir su propio deseo reflejado en la intensidad de sus embestidas.

—¿Estás bien? —jadeó, su aliento caliente contra mi oído.

—Sí —dije entrecortadamente, mi voz temblando de necesidad—. Fóllame duro. Por favor, hazlo ahora.

Y con eso, comenzó a embestirme con pasión desenfrenada. Sus manos agarraron mis caderas con fuerza, atrayéndome hacia él con cada empuje. Cada movimiento enviaba ondas impactantes de placer a través de mi cuerpo, golpeando ese punto más profundo y sensible dentro de mí. Con cada embestida, mis gritos de éxtasis se hacían más fuertes, resonando en la quietud de la habitación.

Su mano libre se movió hacia mi frente, buscando mi clítoris. En el momento en que lo tocó, saltaron chispas. La doble sensación de él bombeando dentro de mí desde atrás y sus dedos haciendo magia en mi clítoris más sensible era demasiado. Todo mi cuerpo se tensó cuando el

placer me invadió, haciéndome ver estrellas.

Este era un placer abrumador, un placer profundo.

A pesar del temblor de mi cuerpo, mis manos permanecieron pegadas a la fría pared, un claro recordatorio de la orden de Luca. Él no cedió, no hizo pausa, solo siguió penetrándome, cada embestida enviando réplicas a través de mi núcleo ya sensible.

Y entonces, sin previo aviso, la dinámica cambió. Presionó su pecho contra mi espalda, envolviéndome en su calor. Sus movimientos se volvieron más pequeños, más deliberados. Era como si cada centímetro que retrocedía y empujaba hacia adelante estuviera meticulosamente calculado para maximizar la sensación para ambos. La cercanía, la intimidad de todo ello intensificó el placer, convirtiendo cada toque en una llamarada abrasadora que amenazaba con consumirme por completo.

Mi respiración se entrecortó mientras continuaba con estas embestidas íntimas y controladas. Cada roce de su cuerpo contra el mío enviaba una emoción a través de mis venas. Estos no eran los movimientos frenéticos de antes; estos eran lentos, casi tortuosos en su precisión.

Podía sentir la tensión enrollarse en mi vientre bajo, y aunque mi cuerpo aún estaba cabalgando en la cima de mis orgasmos anteriores, sentí que otro se estaba formando, amenazando con caer sobre mí.

Temblores me recorrieron, réplicas de placer que me dejaron jadeando y gimiendo mientras un nuevo orgasmo crecía, mis dedos arañando la pared de azulejos. Y todo el tiempo, Luca mantuvo su ritmo lento, susurrando palabras de aliento, cada una cargada de lujuria y deseo.

Todo su cuerpo me tenía, me abarcaba, me rodeaba. Su duro y grueso miembro estaba dentro de mí, y sentí un clímax orgásmico que no sabía que fuera posible.

—Estoy cerca —gruñó, su voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

No quería que se contuviera. Quería sentir cada parte de él, estar completamente conectada en este momento. —No te contengas, Luca —supliqué, mi voz temblorosa—, quiero sentirte correrte dentro de mí.

Su respuesta fue un gruñido profundo, bajo y primario. Las embestidas minúsculas continuaron, la fricción llevándome al borde una vez más. Podía sentir el crescendo construyéndose en él, sus músculos tensándose, sus movimientos volviéndose aún más deliberados. Era una combustión lenta, del tipo que te consume desde dentro.

out, y me deleité en ello.

Y entonces sucedió. Lo sentí ponerse rígido, todo su cuerpo tensándose. Se enterró profundamente dentro de mí, cada centímetro presionado firmemente contra mis paredes internas. Un gemido gutural escapó de sus labios mientras comenzaba a moverse de nuevo, llegando al clímax, el ritmo sin cambios pero la intensidad magnificada diez veces.

Cada embestida estaba cargada con el peso de su liberación, cada movimiento llevándonos a ambos más profundo en el abismo del placer. La sensación de sentirlo correrse, de sentirlo pulsar y latir dentro de mí, fue suficiente para llevarme al borde una vez más. Mi mundo se redujo solo a nosotros dos, nuestros cuerpos unidos íntimamente, cabalgando juntos las olas del éxtasis.

La sensación de Luca retirándose envió un escalofrío por mi columna, un recordatorio crudo de nuestra intimidad compartida momentos atrás. Mientras se alejaba, pude escuchar el sonido apagado de sus pasos retirándose, presumiblemente para buscar una toalla. Me apoyé contra la pared, intentando recomponerme, aún empapada en el resplandor posterior de nuestro encuentro.

Al regresar, me limpió suavemente, su toque tierno y cuidadoso, un marcado contraste con la pasión ardiente que nos había consumido antes. Me entregó mi ropa y me ayudó a vestirme. A pesar del intenso encuentro, una sonrisa tiró de la comisura de mis labios. Incluso en la bruma post-coital, Luca siempre se mantenía como el caballero consumado.

Sin embargo, durante nuestros momentos acalorados, se transformaba en una criatura completamente diferente—salvaje y sin restricciones. Es lo que yo fantaseaba. Quería un ser sexual desenfrenado tomándome. Este Adonis se convertía en una criatura de sexo conmigo, sacando mi sensualidad y haciéndome correr tan fuerte.

Mientras nos vestíamos en silencio, no pude evitar preguntarme qué éramos exactamente. ¿Amantes apasionados? ¿Amigos con beneficios? No, éramos más que eso. Pero la ambigüedad de nuestra relación se cernía grande, su naturaleza no expresada quizás el único punto de discordia entre nosotros. Él había insinuado querer más. Pero no hemos hablado de ello. Y yo aún tenía que revelar quién era realmente.

Al salir del restaurante, el aire fresco de la noche nos recibió. Le dije a Luca que tenía que irme a casa esta noche, ya que Cecily me necesitaba. Intercambiamos una mirada prolongada y un beso tierno—un final suave para una noche ferviente.

Cecily en realidad estaba fuera esta noche con su nuevo hombre, pero necesitaba algo de tiempo a solas para pensar, así que inventé la excusa para Luca.

Mi viaje a casa fue borroso, las luces de neón de la ciudad pasando en un vertiginoso despliegue mientras navegaba por las calles hacia mi ático. Era un lugar de opulencia, algo de lo que a veces me sentía un poco culpable. Un recordatorio constante de la vida privilegiada en la que nací, una que desesperadamente deseaba que Luca nunca descubriera. O no todavía.

Siempre había querido forjar mi propio camino, lejos de la sombra del legado de mi familia. Quería ser reconocida por mis logros, no por mi linaje. Y ese sentimiento se extendía a mi relación con Luca. Temía que si alguna vez descubría la verdad, podría ver nuestra relación de manera diferente, cuestionar la autenticidad de mis sentimientos, o peor aún, pensar que estaba tratando de manipularlo.

Lo anhelaba, lo quería, me había enamorado profundamente de él, lo necesitaba. Y tenía miedo de decirle la verdad. Temía poder perderlo por completo, y no podía arriesgarme aún.

Al abrir la puerta de mi casa, el lujoso interior de mi ático me recibió—un marcado contraste con

la autenticidad cruda de la cocina de Luca – de cualquier cocina de restaurante - que yo adoraba. Quitándome los zapatos y el abrigo, me hundí en el elegante sofá, sacando mi teléfono para revisar mis correos electrónicos.

La pantalla se iluminó con una miríada de notificaciones, la mayoría de ellas de contactos influyentes que había cultivado a través de las conexiones de mi familia. Aunque no quería aprovechar estos contactos para mi propio beneficio personal, no podía negar el atractivo de usarlos para impulsar el negocio de Luca.

Había estado silenciosamente canalizando clientes de alto perfil a su restaurante, aumentando su prestigio. La satisfacción de ver su arduo trabajo reconocido y recompensado era más gratificante que cualquier logro personal. Sin embargo, siempre estaba esa preocupación persistente—¿y si lo descubría? ¿Lo vería como una violación de confianza o una manipulación?

Asegurarme de que mis huellas permanecieran cubiertas se convirtió en una tarea meticulosa. Había contratado agencias de relaciones públicas bajo seudónimos y hecho reservaciones anónimas, asegurándome de que el restaurante de Luca siempre estuviera lleno con la crème de la crème de la sociedad. Recomendé a amigos de confianza y luego, naturalmente, otros hablarían y querrían estar en el restaurante de Luca si fulano de tal estaba allí. El factor esnob.

El restaurante ahora a menudo aparecía en revistas, en la Página Seis, y se mencionaba en círculos sociales. Tenía una buena reputación antes, pero yo lo estaba impulsando, dando una mano amiga. Pero, ¿por cuánto tiempo podría mantener esta farsa, o debería hacerlo?

El peso de mis acciones secretas me presionaba mientras me preparaba para dormir, las lujosas sábanas un recordatorio del mundo del que venía y el mundo que estaba tratando de construir con Luca.

Acostada, los pensamientos sobre él me consumían. La forma en que sus manos se sentían contra mi piel, la intensidad de su mirada y la calidez genuina de su sonrisa. Anhelaba más noches como esa, donde la pasión nos consumía, ahogando el ruido del mundo exterior. Pero con cada acción secreta que tomaba, arriesgaba la fragilidad de lo que teníamos.

Esperando que el sueño trajera claridad, cerré los ojos, dejando que los recuerdos de nuestro reciente encuentro me arrullaran hacia los sueños. Pero en el fondo, el miedo permanecía—¿qué pasaría si mis mejores intenciones terminaran creando una brecha entre nosotros? ¿Esconder quién soy sería visto como una traición a su confianza? ¿Cómo y cuándo debería decírselo?

Capítulo veintiuno

Luca

Las últimas semanas habían experimentado un inesperado aumento en las reservas continuas en Luca's, junto con listas de espera. Pero no era solo el volumen lo que resultaba desconcertante, sino la clientela.

Rostros y nombres famosos que normalmente adornaban las portadas de revistas y las pantallas de televisión ahora frecuentaban mi restaurante, junto con inversores de Wall Street y filántropos.

Esto se sumaba a las estrellas de Broadway, autores neoyorquinos y celebridades locales que solían pasar el rato en Luca's. Había un brillo y una energía en el restaurante, una mezcla de clientela interesante. Y estos clientes pedían más vino que los habituales, más platos caros del menú, los nuevos platos innovadores.

Lo cual era genial para el restaurante, por supuesto, pero ¿por qué? ¿Por qué este repentino y continuo aumento?

Una noche, después de emplatar un plato particularmente complicado, decidí recorrer el salón, algo que había estado haciendo más últimamente. Jackson Brandt, el cantante que encabezaba las listas, estaba absorto en su comida. Me agarró la mano cuando me acerqué. —Mi compañero músico, camarada de armas —dijo—. Tu restaurante nunca ha estado mejor.

A unas mesas de distancia, la ilustre novelista Clara Ross compartía una anécdota animada. Levantó su copa hacia mí cuando la visité, y le lancé un beso, para su deleite.

El filántropo más famoso de Nueva York estaba cenando con su esposa y otra pareja, y estaban trabajando en su tercera botella de un vino de alta gama.

La noche siguiente, vi a Elizabeth Kane, una heredera conocida por su agudo sentido de los negocios, y al actor Raymond Shaw. Había un puñado de las principales figuras sociales que siempre se encuentran en la Página Seis cenando cada noche en Luca's. La élite social...

—Raymond —lo saludé, estrechando su mano calurosamente—. Es un placer tenerte aquí. Tu última película fue increíble. Felicitaciones por la nominación al Oscar.

—Gracias, Luca. Eres muy amable. Escucha, me siento afortunado de estar aquí. Tu restaurante es la comidilla de la ciudad —respondió con una sonrisa.

—¿Y qué te trajo de nuevo a nosotros? —indagué suavemente.

—Un... amigo lo recomendó —respondió, un poco demasiado apresuradamente.

Interacciones similares con otros hacían eco del mismo tono misterioso. Estaba agradecido por el negocio y el reconocimiento, pero el repentino interés de las altas esferas de la sociedad era desconcertante. Siempre había tenido algunas celebridades que visitaban de vez en cuando, pero

ahora era una ocurrencia noche tras noche.

Después de que el restaurante cerró esa noche, Olivia, radiante como siempre, se unió a mí en el bar. Queríamos probar una de las nuevas cosechas que había sido enviada por una bodega favorita. —Pareces perdido en tus pensamientos —comentó, sus dedos trazando patrones en la barra del bar.

—¿No te parece un poco extraño? ¿El repentino flujo de la sociedad aquí? Aprecio el negocio, pero no puedo evitar preguntarme por qué.

La mirada de Olivia era ilegible. —Tal vez simplemente han descubierto, o redescubierto, la joya escondida que es Luca's. Ha habido algo de prensa, y eso siempre atrae a la gente. ¿Por qué cuestionar algo bueno?

Pero no podía dejarlo pasar. Dominic dijo que no había hecho ninguna publicidad nueva y no podía explicar el interés, pero dijo que no hay que mirarle los dientes a caballo regalado. El revuelo, la crítica gastronómica y el nuevo menú probablemente habían marcado la diferencia.

Comencé a preguntar discretamente a mi personal si tenían alguna idea, pero estaban tan desconcertados como yo. Se sentía como si hubiera una mano invisible guiando esta ola de clientes de élite, y no podía entender por qué. O cómo.

Al final de una noche, mientras los últimos invitados se iban y el personal estaba terminando, me senté con mi libro de contabilidad, los números mostraban el innegable aumento en las ganancias. Sin embargo, el misterio permanecía, molestando en los bordes de mi conciencia.

Olivia se deslizó en el asiento frente a mí, su rostro sombreado. —Estás obsesionado con esto, Luca.

—Solo quiero saber por qué —confesé, sintiendo el peso de mi propia confusión.

Ella extendió la mano, sus dedos rozando los míos. —A veces, Luca, simplemente tienes que dejar que el universo haga su magia.

Pero incluso mientras asentía, persistía una duda molesta. Alguien estaba orquestando esto, y estaba decidido a descubrir la verdad.

Luca's cerraba los martes y miércoles para dar días libres a todo el personal. Estos días solían ser tranquilos para mí. Un tiempo para recuperarse, reiniciarse y planificar la semana que venía. Eran días en los que Olivia y yo podíamos ir a los mercados locales o pasar un poco de tiempo juntos.

Sin embargo, este martes todo cambió cuando recibí una llamada de Sebastian Hughes, el editor de la revista masculina más importante. En el momento en que escuché su voz, mi sorpresa fue evidente. ¿Por qué el editor de una revista tan renombrada me estaría llamando?

—Luca, espero no estar interrumpiendo tu día libre —comenzó Sebastian. Su voz era suave, traicionando la imagen refinada que siempre proyectaba en los medios.

—Sebastian, esto es inesperado —admití, apartando los planos de un rediseño de cocina que había estado considerando.

—Bueno, acostúmbrete —se rió—. Con Luca's en ascenso como lo está, vas a estar muy solicitado. Comenzando con una gala que estamos organizando pronto para las élites de la ciudad. Y antes de que pienses en rechazar, la asistencia es absolutamente obligatoria para

—Confía en mí, para el final de este año, habrás asistido a más galas y eventos de los que puedas contar. Te enviaré la invitación. Nos vemos la semana que viene.

Y así, sin más, la llamada terminó.

Tenía que llamar a Olivia. La gala me parecía intimidante y quería a alguien familiar a mi lado. Cuando la invité, su vacilación fue palpable, su silencio un lienzo de ansiedad. Debía considerar las galas de la misma manera que yo.

—Olivia —insistí—, Luca's no estaría donde está sin ti. Además, eres mi persona. Vas a venir. Y para que quede claro, esto es una orden de tu jefe.

Pude percibir a través del teléfono que se mordió el labio, claramente en conflicto, pero finalmente accedió. Me sentí aliviado.

La noche de la gala me encontró vistiendo un esmoquin negro a medida. Una limusina llegaría en unos 15 minutos, enviada por GQ para llevarnos al evento.

Sonó el timbre de mi puerta. La abrí para encontrar a Olivia, envuelta en un vestido azul zafiro que la hacía lucir nada menos que etérea. El vestido se ajustaba a ella en todos los lugares correctos, con delicados adornos que brillaban con la luz ambiental. Su cabello estaba peinado en un recogido suelto, con algunos mechones enmarcando su rostro. Llevaba algunas joyas que parecían caras. Todo el conjunto me dejó sin aliento.

—Olivia... —logré decir, aclarándome la garganta—. Te ves... increíble. Como un millón de dólares.

Ella parecía un poco tímida bajo la intensidad de mi mirada.

—Gracias. Luca, tú también te ves genial.

Antes de que cualquiera de nosotros pudiera profundizar en la conversación, llegó la limusina y nos dirigimos abajo. Mientras nos deslizábamos en el lujoso interior, una botella de champán nos esperaba. La abrí, y el líquido burbujeante llenó las copas.

—Por Luca's —dije, levantando mi copa.

Olivia encontró mi mirada, sus ojos brillando con emociones que no pude descifrar.

—Por Luca's —repitió.

La emoción en la limusina era palpable, y no era solo por la gala que se avecinaba. El aire estaba cargado de deseos no expresados. Se veía tan hermosa en ese vestido.

Pero cuando la limusina se detuvo en el lugar del evento, la realidad de la noche me cayó encima. Esta no era una gala cualquiera. Era un testimonio de nuestro éxito, y por mucho que nos sintiéramos atraídos el uno por el otro, el deber nos llamaba. Estaríamos representando al restaurante esta noche.

Entrar en la gala fue como sumergirse en un océano de opulencia. El enorme salón, ornamentado con oro y cristales, reverberaba con risas, el tintineo de copas y el suave zumbido de una orquesta. Rostros que reconocía de revistas y pantallas de televisión se mezclaban alrededor, haciendo que la atmósfera fuera intimidante y emocionante a la vez.

Olivia se disculpó, alejándose — supuse que al baño de damas.

Apenas habían pasado unos minutos desde que entramos cuando un hombre con un elegante traje gris se acercó, con la mano extendida.

—¡Luca! Es un placer. David Wentworth —antes de que pudiera responder, continuó—: Tu restaurante es el tema de conversación. Es casi imposible conseguir reservaciones estos días.

Me reí, un poco sorprendido.

—Gracias, David. Me alegra oír eso.

—¡Sigue así! —dijo, dándome una palmada en la espalda antes de ser engullido por la multitud.

Este se convirtió en el tema de la noche. La gente se acercaba con elogios, un aluvión de felicitaciones, apretones de manos y breves intercambios. La energía era electrizante. Pero aún no estaba seguro de cómo había sucedido todo y me sentía un poco receloso.

A medida que avanzaba la noche, me encontré buscando a Olivia, extrañando su presencia familiar. Cada vez que lograba verla, estaba profundamente enfrascada en una conversación con alguien.

No pude evitar sentir una punzada de envidia. Aunque no hubiéramos definido nuestra relación aún, seguía sintiéndome posesivo con ella. Y estaba un poco envidioso de que encontrara tan fácil conversar con este grupo de personas.

Durante una de esas miradas fugaces, noté a Marcus DeLaine, un banquero de alto perfil, presidiendo un grupo de personas, incluida Olivia. La intensidad de su discusión me dejó curioso. Marcus era conocido por su agudo sentido de los negocios y rara vez perdía el tiempo en charlas triviales. ¿De qué estarían hablando?

—¡Eh! ¡Luca! —llamó una voz, sacándome de mis pensamientos. Me volví para encontrar a Carlos, un chef colega de un restaurante competidor—. Vaya, es difícil pillarte esta noche. Todo el mundo quiere un pedazo de ti.

—Eso parece —respondí, forzando una sonrisa—. ¿Cómo has estado?

—Ocupado, ocupado, como siempre —respondió, inclinándose de manera conspiratoria—. Pero, dime, ¿cuál es tu secreto? Luca's explotó de la noche a la mañana. Quiero decir, siempre fuiste algo especial, pero ahora estás en la mente de todos.

Sonreí con suficiencia.

—Trabajo duro, un nuevo sous-chef y un poco de suerte, supongo.

Carlos se rió, palmeando mi hombro, pero nuestra conversación fue interrumpida por otro invitado ansioso. Y así, la noche continuó.

Cada conversación estaba salpicada de elogios para Luca's, pero sentí la evidente omisión del nombre de Olivia en sus alabanzas. Fue su entrada en el mundo de Luca's lo que había catalizado gran parte del éxito. Quería gritar a los cuatro vientos lo fundamental que ella era.

A medida que pasaban las horas, el cansancio empezó a asentarse, amplificado por el peso de la ausencia de Olivia a mi lado. Cada célula de mi cuerpo anhelaba su toque familiar, su presencia tranquilizadora en medio del caos. Necesitaba un descanso, algo de aire y, más que nada, la necesitaba a ella.

—Disculpen —interrumpí en medio de una conversación con un grupo de restauradores—, necesito encontrar a alguien.

Sin esperar una respuesta, comencé a abrirme paso entre la multitud. Cada paso se sentía como una eternidad, mis ojos moviéndose frenéticamente en busca de ese vestido azul zafiro. Podía sentir el latido anticipatorio de mi corazón, el fuerte contraste

entre el hombre de negocios frío y sereno que todos veían y el hombre apasionado y ansioso que había debajo.

A pesar del mar de rostros, fue el encanto de su vestido de zafiro en un rincón tenue lo que llamó mi atención. Olivia se mantenía con un aire de autoridad, conversando con un grupo de personas que reconocí al instante. Sus rostros adornaban las portadas de Forbes, Entrepreneur y Business Insider. Multimillonarios, innovadores, titanes del mundo empresarial.

Observé desde lejos, con la admiración creciendo dentro de mí. La gracia de Olivia, la forma en que fluía sin esfuerzo con la conversación, cada gesto, cada palabra estaba en perfecto ritmo. Era como ver una danza. Su confianza era contagiosa, y me encontré hinchado de orgullo. La mujer que había desempeñado un papel fundamental en el éxito de mi restaurante, la mujer que anhelaba, se mantenía firme entre la crème de la crème.

Mientras contemplaba mi acercamiento, preguntándome cómo deslizarme en la conversación sin ser entrometido, un fragmento de su charla llegó a mis oídos. Era Leonard Harrison, el magnate del petróleo, que había estado cenando en Luca's recientemente.

—...Y Olivia, agradece a tu padre por su generosa contribución —dijo con un guiño. Un par de

los empresarios asintieron, murmurando su acuerdo.

Sentí como si el suelo bajo mis pies se moviera. ¿Conocía a Harrison?

La forma en que hablaba hacía parecer que tenían una historia, una profunda además. Mi mente corría. ¿Cómo estaba conectada? ¿Y por qué no lo había mencionado? El peso de la realización fue como un golpe.

Esto no era solo sobre negocios; era personal. Se trataba de su familia. ¿Quién era su familia? Nunca había oído hablar de la familia Jade en los altos círculos de Nueva York. ¿Me estaba mintiendo, ocultando algo?

De repente, la gala se sintió asfixiante, los sonidos confusos y las luces demasiado brillantes. Necesitaba algo para calmar mis nervios alterados. Sin pensarlo dos veces, giré sobre mis talones, dirigiéndome al bar, olvidando momentáneamente mi búsqueda anterior de reconectar con Olivia.

—Whisky. Solo —le dije bruscamente al barman. Las palabras salieron más como una orden que como una petición.

El barman, un joven con el pelo engominado, asintió, alcanzando una botella de cristal. El líquido dorado fluyó suavemente en el vaso, capturando la tenue luz, y por un breve momento, quedé hipnotizado por su brillo.

Mientras colocaban el vaso frente a mí, mis pensamientos se dispararon. ¿Qué más no sabía sobre Olivia? ¿Su participación en Luca's era puramente por pasión, o había algo más en la historia?

El cálido y atractivo ámbar del whisky parecía ser mi único consuelo en medio de la tormenta de revelaciones y preguntas. Cuanto más bebía, más me consumían los pensamientos persistentes.

Con cada vaso, el calor fue reemplazado lentamente por amargura, mi confianza vacilando. Mientras bebía otro trago, me hundía más en mis pensamientos. ¿La participación de Olivia conmigo era puramente estratégica? ¿Tenía un motivo oculto? La afluencia de clientes poderosos, nuestro recién descubierto éxito, ¿era todo orquestación suya? Y si era así, ¿por qué?

Perdido en mis pensamientos, apenas noté la delicada mano que se colocó junto a la mía, hasta que su aroma familiar me envolvió. Olivia. Se posó graciosamente a mi lado, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y orgullo.

—Luca, todos están tan emocionados de que estés aquí. Has sido el tema de conversación de la gala.

Sus palabras deberían haber sido reconfortantes, pero con el peso de la sospecha, sonaron huecas. Me volví hacia ella, mi mirada encontrándose con la suya, buscando cualquier signo de engaño.

—¿Están genuinamente emocionados? ¿O es todo una farsa porque tú... no sé, les pagaste? ¿Los

sobornaste para fingir interés?

Sus ojos se abrieron con genuina sorpresa, pero un destello de culpa la traicionó. Balbuceó, buscando palabras.

—¿D-de qué estás hablando?

—Fuiste tú —escupí, sintiendo una oleada de ira—. Todo este tiempo. El recién descubierto éxito del restaurante, los invitados influyentes. Has sido tú tirando de los hilos. ¿Quién demonios eres, Olivia Jade? ¿Cuál es tu objetivo final? ¿Tu plan era inflar la reputación de Luca's solo para convencerme de venderlo?

Parecía como si la hubiera golpeado. Su rostro palideció y sus ojos brillaron con lágrimas contenidas. Una parte de mí anhelaba tomarla en mis brazos y disculparme, pero la traición, la sensación de haber sido manipulado, la potencial deshonestidad, me lo impidió.

—Yo... Luca, no era así —susurró, su voz quebrándose.

Pero estaba demasiado cegado por la ira para escuchar.

—Te veré en el trabajo el jueves —espeté, cada palabra goteando veneno helado—. Si trabajar en un restaurante todavía no está por debajo de ti. —Sin esperar una respuesta, la dejé allí, el dolor evidente en sus ojos. Salí, llamé a un taxi y me fui a casa a ahogar mis penas en la soledad de mi apartamento.

El silencio de mi apartamento era un fuerte contraste con la bulliciosa gala que acababa de dejar. Mi sala de estar normalmente acogedora ahora se sentía confinante. El peso de las revelaciones de la noche me presionaba con fuerza. Me quité la corbata con enojo, mis pensamientos corriendo con imágenes de los ojos llenos de lágrimas de Olivia.

Dios, estaba furioso. Pero más conmigo mismo que con ella. ¿No es la comunicación una de las primeras cosas que te enseñan en una relación? Pero, ¿estábamos siquiera en una relación? Había sido un torbellino de noches tardías, comidas compartidas, risas y pasión ardiente desde que se unió a Luca's. La deseaba en mi cama. Debajo de todo, había sentido algo real, algo auténtico con ella. ¿Pero ahora? Ahora todo se sentía contaminado.

Respirando profundamente, intenté aclarar mis pensamientos. Un vaso de agua. Solo necesitaba un momento para pensar. Antes de que pudiera dirigirme a la cocina, un suave golpe resonó desde la puerta.

—¿Quién coño podría ser? —murmuré, sintiéndome más irritado que curioso. El rostro detrás de esa puerta era el último que esperaba. Olivia.

Un torbellino de emociones me invadió. Ira, dolor, anhelo y confusión. El aire entre nosotros estaba cargado de tensión. No solo la tensión de nuestro acalorado intercambio, sino la que siempre existía entre nosotros. Una corriente palpable y eléctrica.

Ella dudó un momento, su voz temblando.

—¿Podemos hablar?

Capítulo veintidós

Olivia

El peso de la noche me oprimía, haciendo que las brillantes arañas y el efervescente murmullo a mi alrededor parecieran distantes, casi irreales. Mis dedos se aferraban con fuerza al delicado tallo de la copa, sujetándola como si fuera un salvavidas.

Toda mi cuidadosa planificación, todas esas intrincadas redes que había tejido para mantener oculta mi verdadera identidad, parecían desenredarse en cuestión de momentos. Y Luca, la única persona a la que nunca quise lastimar, quedó atrapado en el fuego cruzado.

Aún podía escuchar el dolor en su voz, ver la traición en sus ojos. Dios, ¿cómo llegamos a esto? Todo lo que quería era ser reconocida por mis propios méritos, no ser siempre "Olivia, la heredera" u "Olivia, la hija de ese magnate".

Con Luca, había probado esa autenticidad, esa conexión cruda y real que tanto anhelaba. ¿Y ahora?

Respirando hondo, supe que necesitaba irme. Aclarar mi mente. Encontrarlo. Explicarle. Pero mientras intentaba navegar entre la multitud de invitados, apareció un rostro familiar. Leonard Harrison, uno de los prominentes magnates de negocios de la ciudad y, más importante aún, un querido amigo de la familia.

—Olivia, ¿has visto a Luca? He estado queriendo hablar con él —dijo con sinceridad.

Leonard siempre había tenido debilidad por mí, tratándome más como a una hija que como a una simple conocida de la familia. Sin embargo, esta noche, lo último que quería era una charla sincera con él.

—Se fue —respondí secamente, con la voz apenas por encima de un susurro.

Sus ojos, usualmente tan agudos y perspicaces, se suavizaron al mirarme.

—¿Qué pasó?

—Yo... Es complicado. Necesito irme —respondí, tratando de mantener la compostura.

Sin presionar más, Leonard hizo lo que siempre hacía. Me apoyó. Le hizo un gesto a uno de los asistentes y dijo en voz baja:

—Asegúrate de que la señorita Olivia llegue a casa sana y salva.

—Gracias —susurré, mientras un elegante auto se detenía frente a nosotros.

Sin embargo, casa era el último lugar donde quería estar. En cambio, mi mente estaba fija en un solo destino: el apartamento de Luca.

El viaje pareció a la vez demasiado corto y demasiado largo. Mi corazón latía acelerado por la anticipación, el temor y la esperanza. ¿Cómo reparas algo que has destrozado sin querer?

Le di una propina al conductor y me dirigí al apartamento de Luca. El familiar aroma de su colonia persistía en el pasillo, haciendo que mi corazón doliera aún más. Antes de que pudiera reconsiderar mi decisión, me encontré tocando a su puerta.

Cuando la abrió, nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos oscuros, usualmente cálidos, ahora estaban cautelosos. Sin embargo, debajo de todo, aún podía sentir esa pasión cruda que siempre habíamos compartido.

—¿Podemos hablar? —logré decir.

Y en ese momento, de pie frente a su puerta, todos nuestros momentos compartidos, todas nuestras risas, las noches en vela, las conversaciones profundas y la innegable pasión, se reproducían en mi mente. Esperaba, más que nada, que él también los recordara.

Me quedé allí, adaptándome a la tenue iluminación de su apartamento. El aroma familiar de su hogar, el persistente olor de algún plato italiano con el que había estado experimentando antes, que normalmente era reconfortante, ahora solo parecía aumentar la tensión en la habitación.

Mis ojos se ajustaron y se posaron en él. La postura de Luca estaba ligeramente encorvada, su mirada desenfocada. Los restos de algunos vasos de whisky en la mesa hablaban de unas copas de más.

Por un momento, todo lo que quería era cerrar la brecha entre nosotros, acercarlo, hacerle saber que cualquier secreto que guardara, cualquier razón que tuviera para ocultar cosas, nada de eso cambiaba la profundidad de mis sentimientos por él. Pero la inconfundible distancia en sus ojos me detuvo.

Me hizo un gesto para que me sentara, pero sus movimientos eran rígidos, casi forzados.

—¿Por qué estás aquí? —Su voz era un gruñido bajo, cada palabra pronunciada con precisión.

—Necesitamos hablar, Luca —respondí, con la voz temblando ligeramente—. Tengo cosas que contarte.

Él se rio, un sonido amargo, desprovisto de su calidez habitual.

—Por supuesto. Hablemos. Después de todo, parece que has hablado bastante a mis espaldas.

Me estremecí, lamentando mis elecciones aún más. Tal vez este no era el momento adecuado. Peroirme ahora solo prolongaría la agonía.

—Luca, por favor, intenta entender...

—Te escuché —me interrumpió bruscamente—, hablando con Leonard Harrison. Lo conozco, ha estado en Luca's varias veces. —Hizo una pausa, buscando respuestas en mi rostro—. ¿Cuál

es tu conexión con él? ¿Y cómo demonios conoce a tu padre?

Evitando sus ojos, sentí una punzada de culpa. Sabía que este momento llegaría, pero la realidad de enfrentarlo era mucho más abrumadora de lo que jamás imaginé.

—Leonard y mi padre... se conocen desde hace mucho tiempo —admití, con la voz apenas por encima de un susurro.

—¿Y toda esa otra gente en la gala? —La voz de Luca se elevó, con un tono de acusación en sus palabras—. La forma en que te miraban, te hablaban... no eras solo otra invitada. Los conocías, y ellos te conocían. No como Olivia Jade, mi sous-chef, sino como Olivia, la... ¿qué? ¿Quién eres?

—Luca, por favor... —Mi voz se quebró, estaba al borde de las lágrimas. Pero él no había terminado—. Yo...

—Todos estos

—Meses, Olivia. Meses trabajando codo a codo. Compartiendo secretos, sueños, esperanzas. Durmiendo juntos. Forjando una existencia especial. ¿Y tú qué? ¿Me manipulaste? ¿Usaste tus contactos para traer a la élite a mi restaurante? ¿Mentiste sobre quién eres? ¿Por qué?

—No fue así...

—¿Entonces cómo fue? —Ahora estaba de pie, con los ojos ardiendo. El calor que normalmente los envolvía, reemplazado por una furia fría. Ahora estaba gritando—. Querías hablar. Así que hablemos de una puta vez. ¿Quiénes son todas esas personas para ti?

Tragando saliva, me armé de valor, tratando de encontrar las palabras adecuadas, intentando transmitir la verdad. Pero antes de que pudiera responder, repitió, con la voz llena de emoción cruda:

—¿Quiénes son, Olivia?

El peso de la mirada de Luca era palpable, y me sentí empequeñecer bajo su intensidad. Cuando repitió su pregunta, mi estómago se retorció. El nombre de mi padre, el nombre del que había estado tratando de desligarme, era un espectro que finalmente me había alcanzado. Y ahora, de pie en el mismo espacio que una vez fue mi refugio, estaba expuesta.

—Mi familia... los Kensington, tienen muchas conexiones —comencé débilmente, evitando sus ojos—. Mi padre es muy rico.

Sonrió con desprecio, la crueldad en su expresión helándome hasta los huesos.

—Veamos qué tan conectada estás realmente, Olivia Kensington.

Viéndolo sacar su teléfono, mi pulso se aceleró. Tecleó mi nombre, sus dedos moviéndose rápidamente, su rostro sin mostrar emoción alguna. Leyó artículos, vio fotos. Luego, al combinar mi apellido con Leonard Harrison, la pantalla se inundó de enlaces. Mi pasado estaba de repente

frente a nosotros dos.

Los ojos de Luca escanearon los titulares, ocasionalmente mirándome con una mezcla de ira e incredulidad. La sonrisa burlona había desaparecido, reemplazada por un gesto duro en su boca.

—Olivia Kensington, la misteriosa hija del multimillonario Harrison Kensington. Oh, y aquí hay otro: "La heredera Kensington vista de vacaciones en Mykonos" —su voz goteaba sarcasmo—. La raramente vista graduada de Harvard, Olivia Kensington, en Aspen con un grupo de amigos... Toda una socialité escurridiza, ¿no?

Cada artículo que leía en voz alta se sentía como un golpe, recordatorios de mi vida, la vida de la que había huido por amor a la cocina y mis sueños. La representación que los medios hacían de mí estaba lejos de quién era realmente, y todo estaba siendo expuesto frente a la única persona que nunca quise que lo viera.

Y entonces, lo encontró. La fotografía. Una versión más joven de mí, con el cabello ondeando al viento, de pie junto a mi padre en un yate, ambos sonriendo a las cámaras. El titular decía: "Heredera de la fortuna Kensington: ¿Hacia dónde se aventurará después?"

Luca acercó el teléfono a mí, la fría luz de la pantalla haciendo que mi corazón latiera aún más fuerte.

—Dime que no eres tú —exigió, con la voz tensa—. ¡Dímelo!

No había escapatoria. No más mentiras. Encontré su mirada, el peso de mis secretos presionándome.

—Sí, soy yo —susurré.

Su burla resonó en la habitación silenciosa, llena de amargura y traición. Se alejó, sirviéndose otro trago, el líquido ámbar brillando en la tenue luz. Luego se sentó en el sofá, agitando el whisky en su vaso, todo el tiempo fijando en mí una mirada penetrante.

La tensión en la habitación era sofocante. Cada segundo que pasaba se sentía como una eternidad. El espacio entre nosotros, que hace apenas unas horas estaba lleno de risas y calidez, ahora parecía un abismo insalvable. El silencio era ensordecedor.

Todo lo que podía oír era el sonido entrecortado de mi respiración, el constante tictac del reloj y el inquietante ritmo de mi corazón, latiendo al compás de las palabras no dichas que flotaban en el aire.

Mi nombre saliendo de sus labios nunca había sonado tan extraño antes. Una nota disonante en lo que solía ser una canción armoniosa entre nosotros. Vacilé, tratando de encontrar las palabras para reparar el abismo cada vez mayor entre nosotros, pero me eludían.

—Luca —comencé, con voz trémula, extendiendo la mano desesperadamente para encontrar al hombre que había robado mi corazón en medio de todo el caos.

Alzó la mirada, sus ojos más fríos de lo que jamás los había visto, atravesándome.

—Lo que no entiendo, Olivia —escupió, el veneno palpable en su voz—, es por qué. Por qué mentirías. Por qué traicionarme con mentiras. Por qué recurrir a tácticas turbias para traer todas estas caras nuevas a Luca's. ¿Fue algún retorcido impulso para tu ego? ¿Pensaste que demostrarías que sabías más? ¿Cuál era el plan, eh? ¿Hacer que renunciara y tú te hicieras cargo?

—No, Luca, no fue así... —comencé, pero me interrumpió.

—Lo peor de todo esto es que me hiciste creer —su voz se quebró, solo un poco, revelando el dolor debajo de la rabia—. Creer que había algo real entre nosotros. Que tal vez, solo tal vez, podríamos haber sido algo. Pero ahora lo veo. Me tenías bailando a tu son, envuelto alrededor de ese maldito dedo de multimillonaria tuyo, manipulándome solo para promover tus malditos planes de niña mimada.

El peso de sus palabras, cargadas de dolor y traición, era aplastante. Mi corazón se aceleró mientras trataba de ordenar mis pensamientos, desesperada por salvar lo que quedaba.

—Luca, por favor, no es así en absoluto. Yo... —Pero él ya estaba hablando sobre mí.

—Hemos terminado, Olivia —declaró, su voz resuelta—. Lárgate de aquí. ¡Ahora!

Sus palabras, afiladas como cuchillas, destrozaron cualquier esperanza que me quedaba. Mi garganta se apretó, dejándome sin palabras. El calor acogedor de su apartamento ahora se sentía frío y distante. El silencio en la habitación gritaba más fuerte que cualquier palabra, haciendo eco de la finalidad de lo que acababa de ocurrir.

Cada fibra de mi ser anhelaba quedarse, explicar, reparar lo que se había roto. Pero él había tomado su decisión. Y así, con el corazón pesado y las lágrimas nublando mi visión, caminé hacia la puerta, dejando atrás una parte de mí que dudaba que alguna vez recuperaría.

atrás.

Llamé a un taxi y me dirigí a casa. Cecily no estaba allí. Me dijo que se quedaría a dormir con su último amante, un banquero de inversiones llamado Devon. La necesitaba, pero simplemente me desplomé en la cama, agotada y sin fuerzas.

El sol penetrante hizo poco por mejorar mi ánimo cuando me desperté al día siguiente. Todo en lo que podía pensar era en la mirada gélida de Luca y el dolor ardiente en su voz. Pasé el día repitiendo nuestra conversación en mi cabeza, preguntándome si había alguna manera, cualquier manera, de hacerle ver que mis intenciones eran genuinas.

Quería que entendiera que las decisiones que tomé, aunque equivocadas, fueron hechas con las mejores intenciones. Quería ser mi propia persona y demostrar que era una buena sous-chef, no una heredera mimada. Deseaba el éxito de Luca y me apoyé en amigos para ayudar a traer aún más revuelo al restaurante del que ya tenía. Para compartir la excelente comida con la ciudad. Mi corazón estaba en el lugar correcto, aunque mi cabeza no lo hubiera estado.

Decidí ir a trabajar al día siguiente, con la esperanza de que el santuario de la cocina de Luca me diera algo de claridad, tal vez incluso la oportunidad de hablar con Luca de nuevo. Pero al acercarme al restaurante, me encontré con una vista que me dejó sin color en el rostro. Una multitud de periodistas, cámaras y micrófonos. ¿Cómo se habían enterado tan rápido?

—¡Olivia Kensington! —gritó un reportero, empujando un micrófono en mi cara—. ¿Por qué trabajar en el restaurante de Luca? ¿Es solo otro capricho de multimillonaria?

—¿Es esto algún tipo de truco publicitario? —gritó otro, con las luces de las cámaras parpadeando incesantemente.

—¿Siquiera fuiste a la escuela de cocina? ¿O el dinero de papi pavimentó tu camino hasta el restaurante de Luca? —gritó un tercero, con desdén en su voz.

—¿Es cierto que estás aquí solo para comprar el restaurante de Luca y convertirlo en otra de las empresas de tu familia? —gritó otro.

Cada pregunta era como una puñalada en mi corazón, no solo por su naturaleza invasiva, sino porque reflejaban las propias acusaciones de Luca. Me sentía atrapada, acorralada, con el peso de su juicio presionándome. Aquí estaba yo, expuesta y vulnerable, de vuelta en el mismo centro de atención del que había huido.

Mi familia siempre había estado en el ojo público, desde que yo era una niña. Pero yo no había estado tanto en la prensa, ya que mi padre era el peso pesado de la familia. Me escabullí silenciosamente a Harvard y luego a París y había evitado el resplandor de la prensa. El restaurante de Luca había sido un escape, un lugar donde podía ser simplemente Olivia, la chef, no Olivia, la heredera. Ahora, ese refugio estaba hecho pedazos.

Abriéndome paso entre la multitud, murmuré «Sin comentarios» mientras intentaba mantener la compostura y la cabeza en alto. Pero el bombardeo era implacable. —¿Pensaste que podías esconderte de tu pasado? ¿Pensaste que la gente no lo descubriría?

Otro gritó: —¿Es cierto que tú eras quien movía los hilos detrás del reciente éxito de Luca?

Todo lo que quería era desaparecer, borrar las últimas 48 horas y volver al dichoso anonimato de trabajar tras bambalinas en el restaurante de Luca. Pero ese sueño ahora estaba destrozado.

Cerré la puerta de golpe detrás de mí, el ruido de los paparazzi desvaneciéndose, reemplazado por los murmullos preocupados del personal de Luca que había presenciado el espectáculo. Podía sentir sus ojos sobre mí, llenos de una mezcla de lástima, curiosidad y tal vez incluso un poco de resentimiento. Yo era la noticia del día.

La cocina, que siempre había sido mi refugio, se sentía sofocante. Cada movimiento, cada mirada parecía cargada de significado. El peso del mundo estaba sobre mis hombros, y sentía que me derrumbaba. Contuve las lágrimas. No podía mostrarles lágrimas.

Miré a mi alrededor, observando las miradas intercambiadas entre los miembros del personal, las conversaciones en voz baja interrumpidas cuando me acercaba.

Luego estaba Pete, eficiente como siempre, y actuaba como si todo fuera normal. —Hola, Chef —dijo mientras pasaba—. Prepárate para otra noche ocupada por delante. —Parecía comprensivo.

No había señales de Luca. Su ausencia era palpable, un vacío enorme en medio del frenesí de la cocina.

Sin decir una palabra, comencé a preparar el servicio de la cena. El acto de cortar en dados, sazonar y descuartizar siempre había sido terapéutico para mí, y ahora más que nunca, anhelaba el consuelo de la rutina. Pete y yo caímos en nuestro baile familiar, moviéndonos alrededor del otro sin problemas, aunque el habitual intercambio de bromas estaba notablemente ausente. Me estaba dando espacio. Había un silencio pesado, roto solo por el chisporroteo de las sartenes y el tintineo de los utensilios.

Mientras me concentraba en el ritmo de mi cuchillo contra la tabla de cortar, intenté alejar las preocupaciones que arremolinaban en mi mente. ¿Cómo había salido todo tan mal? Los susurros, las miradas de duda, el circo mediático afuera, todo por una vida que quería vivir, en secreto. Mi pasión.

Justo cuando comenzaba a perderme en la tarea, la voz de Pete interrumpió mis pensamientos. —¿Es todo un montaje? —preguntó en voz baja, la incertidumbre evidente en sus ojos.

Me detuve, con el cuchillo suspendido en el aire. Tomando una respiración profunda, respondí, con la voz quebrándose: —No, Pete. No lo es. Para nada. —Hice una pausa, tratando de encontrar las palabras correctas—. No es que alguien vaya a creerme.

Hubo un momento de silencio, la tensión en el aire casi tangible. Luego, en un gesto tan simple pero profundo, Pete puso una mano reconfortante en mi hombro. —Yo sí —dijo, mirándome a los ojos con convicción inquebrantable—. Yo te creo.

Esas simples palabras, tan directas y sinceras, fueron como un salvavidas. Nunca había apreciado tanto a Pete como en ese momento.

En medio del caos, con mi mundo aparentemente desmoronándose a mi alrededor, la creencia de Pete era un faro de esperanza. Una lágrima se escapó, rodando por mi mejilla, pero la sequé rápidamente, negándome a dejar que mis emociones me dominaran.

—Gracias —susurré en voz baja, agradecida.

Reanudamos nuestro trabajo, el ambiente en la cocina ligeramente más ligero. Aunque aún teníamos que abordar el elefante en la habitación, la ausencia de Luca, el apoyo de Pete me había dado la fuerza para enfrentar el resto de la noche.

Capítulo veintitrés

Luca

En la tenue luz de las lámparas de la cocina, sentí que una ira creciente burbujeaba dentro de mí. No podía sacudirme las imágenes de Olivia y Leonard Harrison, ni todas aquellas historias que había encontrado, ni tampoco podía liberar el fuerte agarre que la traición tenía sobre mi pecho.

Olivia me había mentido sobre quién era. La honestidad era lo único que me importaba. ¿Por qué lo había hecho?

Llegué al restaurante y me abrí paso entre la prensa.

Ella estaba allí, pero no la reconocería. Aún no. Estaba demasiado enojado y herido.

Mi cocina y mi propio corazón se sentían mancillados, empañados por el engaño. Dirigí mi furia hacia lo que mejor conocía: cocinar. Mi santuario era ahora mi campo de batalla, y cada plato que salía de la cocina era una andanada disparada en una guerra para la que no me había inscrito.

—Pete —ladré, mi voz haciendo eco en el acero y las baldosas—, quita la ensalada de hinojo y trae de vuelta la caprese.

Pete, siempre pragmático, levantó una ceja, una pregunta silenciosa flotando en el aire. La ignoré, canalizando mi dolor hacia una sartén bien sazónada frente a mí.

Finalmente miré en su dirección, hacia su puesto, solo por un momento. Olivia. Sus ojos parpadearon brevemente hacia mí, una mezcla de dolor y desafío en su mirada. Resistí el impulso de volver a mirar en su dirección, concentrándome en cambio en la danza de la llama y la sartén frente a mí.

Se movió hacia su puesto para trabajar en las patatas gratinadas, sus movimientos revelando una agonía silenciosa y contenida que, a pesar de todo, me conmovía. Odiaba esa parte de mí que aún se preocupaba, que aún se inquietaba por ella incluso después de su engaño.

Podía sentir los ojos de Pete sobre mí, las palabras no dichas flotando pesadamente en el aire entre nosotros.

—Luca —se aventuró con cautela—, tal vez deberías hablar con ella. Escuchar su versión de la histo...

Lo interrumpí bruscamente:

—Ya he oído suficiente, Pete. ¿Podrías volver a la pasta?

Pete sostuvo mi mirada un momento más, luego, con un asentimiento reluciente, volvió a su trabajo.

Estaba siendo irrazonable y lo sabía, pero era más fácil aferrarme a la ira que enfrentar el dolor

que había debajo. Olivia estaba en mi cocina, sí, pero su presencia era un recordatorio inquietante de la confianza ahora destrozada entre nosotros.

Para empeorar las cosas, Luca's se había convertido en un torbellino de frenesí mediático, cada periodista compitiendo por una mirada al último drama de Luca. Me encontré extrañando el anonimato, la simplicidad de ser conocido por una cocina exquisita en lugar de un titular escandaloso.

Olivia, mientras tanto, se movía por la cocina como un espectro, su habitual espíritu ardiente apagado. Era doloroso de ver, observar a la mujer vibrante de la que me había enamorado reducida a una versión silenciosa y sumisa de sí misma.

Y aunque la rabia aún corría por mis venas, presenciar su lucha se sentía como otro golpe en el estómago.

Captaba vislumbres de sus ojos, esas ventanas al alma que una vez no albergaron más que una pasión sincera y fervorosa. Ahora brillaban con una agonía contenida, un espejo que reflejaba mi propio dolor. Por un momento, mi resolución vaciló, la necesidad de acercarla, de consolarla, luchaba con el amargo sabor de la traición aún fresco en mi boca.

Mientras el bullicio de la cocina nos envolvía, nuestras miradas se encontraron. Su voz, apenas un susurro sobre el clamor, me alcanzó.

—Luca.

Era una súplica, un llamado al hombre que una vez le había revelado su alma, invitándola a un mundo protegido de todos los demás. Pero ese hombre, yo, estaba atrincherado detrás de una fortaleza de dolor y desconfianza, incapaz de discernir dónde terminaba la verdad y dónde comenzaban las mentiras.

Me aparté, negándonos a ambos ese momento de vulnerabilidad. Mis manos estaban inestables, en marcado contraste con el estoicismo que proyectaba. La Olivia que creía conocer era un espejismo...

Y sin embargo, me encontré anhelándola, a ella, a pesar de la tormenta de confusión y enojo que se arremolinaba dentro de mí.

—Chef —la voz de Pete me devolvió a la realidad—, los reporteros están pidiendo declaraciones. Son unos jodidos implacables.

Declaraciones. ¿Qué podía decir?

—Sin comentarios —gruñí—. Diles que no tengo comentarios y que deberían irse.

Eso es todo. Mi vida, una vez dedicada a perfeccionar el arte de la cocina, se había convertido en alimento para los tabloides, nuestro dolor transmitido como algún sórdido programa de telerrealidad.

Olivia permanecía allí, quizás obstinadamente, quizás esperando un momento de redención que no estaba seguro de poder ofrecer. Sus platos esa noche, antes elaborados con una mezcla de audacia y estilo, ahora parecían más cautelosos, un poco apagados, al igual que su estado de ánimo.

Las siguientes dos noches fueron

exactamente lo mismo. Ella apareció, estaba allí, yo estaba enojado y no quería hablar con ella. No quería escuchar alguna excusa vacía de una heredera adinerada. Estaba al límite, me sentía traicionado y me hundía en mi propia ira.

Olivia estaba sumisa y era el blanco de mis arrebatos de ira. Noté que salía un risotto que no estaba bien. Sin detenerme a recomponerme, mi voz, con un tono crudo de amargura y furia, arremetió contra ella. —Olivia, ¿qué demonios es esto?

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un segundo, vi un destello de lo que solía ser: un atisbo de la mujer de la que me había enamorado tan devastadoramente. Eso solo alimentó mi ira.

Ella abrió la boca para explicar, pero mi rabia, una tempestad implacable, no había terminado. —No, ¡estoy hablando yo! —escupí venenosamente—. ¿Qué tan difícil es enviar un maldito risotto sin estropearlo?

Sus ojos se empañaron, y una parte de mí, enterrada bajo la traición y el dolor, retrocedió. Fue una fracción de segundo, esa vulnerabilidad, antes de que los muros volvieran a levantarse, encerrándola en una máscara estoica tan parecida a la mía.

Pete, siempre el mediador, se interpuso entre nosotros, su voz tranquila pero con un trasfondo de reproche. —Luca, yo envié ese plato.

Hice una pausa, registrando las palabras, pero mi ira, una vez desatada, no era tan fácil de contener. —Ella debería haberlo revisado. ¿No es así, Olivia?

Las palabras, destinadas a herir, dieron en el blanco. Su mandíbula se tensó, pero se negó a apartar la mirada, una rebelión silenciosa que solo me enfureció más.

Pete, con su lealtad tirando de él en direcciones opuestas, cuadró los hombros. —Luca, eso estuvo fuera de lugar. Ella no ha sido más que...

Me giré para enfrentarlo, la familiaridad que alguna vez nos unió ahora tensada hasta sus límites. —Si te centraras más en tu cocina en lugar del drama de la cocina, Pete, no estaríamos enviando platos equivocados, ¿verdad?

Su expresión, usualmente cálida, llena de humor y abierta, se cerró mientras absorbía la reprimenda, su voz plana cuando respondió. —Sí, Chef.

En ese momento, en el silencio abrasador que siguió, la realización de en qué me había convertido a raíz del engaño de Olivia se deslizó en mi conciencia, fría e implacable.

Había permitido que su engaño me moldeara en una versión amarga y enojada de mí mismo. Mi personal me rodeaba con ojos cautelosos y voces apagadas. Olivia, el epicentro de todo, permanecía como un enigma, su dolor enmascarado por una resolución férrea que reflejaba la mía propia.

Pete, su habitual charla amistosa silenciada, trabajaba metódicamente, sus interacciones conmigo reducidas a intercambios profesionales y cortantes. Y Olivia, se movía con una gracia silenciosa y obsesionante, sus ojos traicionando una tormenta de emociones bajo la superficie.

¿Por qué seguía aquí? Apareciendo cada noche. Su presencia se convirtió en un recordatorio insoportable de todo lo que había ocurrido entre nosotros. Podía sentir sus ojos sobre mí, una súplica silenciosa de comprensión, de redención, y era una píldora amarga de tragar, sabiendo que una parte de mí aún anhelaba abrazarla, encontrar consuelo el uno en el otro a pesar de todo.

La noche llegaba laboriosamente a su fin, el persistente aroma de los platos cocinados y las hierbas aún flotando por la cocina de Luca, cuando un alboroto proveniente del comedor rompió la relativa calma.

Los improperios llenaron mis pensamientos, una amarga suposición de que algún maldito reportero había logrado infiltrarse en mi restaurante burbujeando a través de mi ira.

Me dirigí furioso hacia la entrada, listo para desatar mis frustraciones contenidas sobre el intruso, pero me detuve abruptamente cuando las puertas de la cocina se abrieron con una urgencia violenta. Un hombre, emanando poder y riqueza desde su traje meticulosamente confeccionado y su paso confiado, irrumpió en mi cocina. El maître, desconcertado, lo perseguía inútilmente, sus súplicas de decoro rebotando en el intruso como la lluvia contra una ventana.

El reconocimiento no llegó hasta ese momento cuando la voz atronadora del hombre cortó el aire: —¡Olivia Jade Kensington!

Henry Kensington.

Su padre. Lo reconocí de las fotos.

El instinto me llevó a dar un paso adelante, una ira defensiva chispeando dentro de mí mientras me dirigía a él: —Señor, este no es un lugar para...

Su mirada penetrante giró hacia mí, cortándome a mitad de la protesta. —Esto es entre mi hija y yo.

Mi réplica murió en mi garganta cuando mis ojos se desviaron hacia Olivia, su forma rígida y su rostro desprovisto de color mientras absorbía el impacto de su presencia opresiva.

La voz de Henry, un torrente afilado como una navaja de ira y decepción, llenó la cocina, golpeando contra las superficies de acero inoxidable e incrustándose en el mismo aire que respirábamos. —Te perdiste el evento familiar esta noche, Olivia. Un maldito evento donde tu presencia no era opcional. ¡Me has fallado! Y toda esta maldita prensa sobre ti trabajando en un restaurante. No podía creer que fuera cierto. Sin embargo, aquí estás.

Mi mente, sin querer, retrocedió dos días atrás: Olivia, su voz tentativa pero sincera, solicitando la noche libre para una obligación familiar. Y yo, en mi mezquindad y desprecio, se lo había negado sin pensarlo dos veces.

—¡Me has humillado! Con esto... —Su brazo se extendió, abarcando la cocina con un desdén mordaz,

—...¡absurda incursión en la domesticidad!

Sentí su dolor más agudamente de lo que hubiera imaginado posible, el veneno en sus palabras como un cuchillo dentado desgarrando su mismo ser. Su misma pasión.

Olivia, con los ojos vidriosos, intentó hablar, quizás para defenderse, pero su voz, apenas un susurro, fue engullida por la estruendosa andanada de su furia.

—¡Abandonarás este lugar! ¡Ahora mismo! ¡Dejarás este ridículo pasatiempo de cocina y retomarás tu lugar legítimo dentro de la familia, dentro de la sociedad, como mi heredera!

La angustia cruda en los ojos de Olivia fue como un puñetazo en el estómago, sus lágrimas, esas gotas cristalinas de dolor y vergüenza, derramándose involuntariamente por sus mejillas. La habitación, llena de una tensión asfixiante, parecía contraerse a nuestro alrededor, los sonidos de los siseos y cortes ahora ecos distantes contra el cuadro del dolor de Olivia.

La visión de Olivia, derrumbándose bajo el vil veneno de su padre, atravesó mi amargura persistente. Sus lágrimas, deslizándose silenciosamente por sus mejillas, pintaban un retrato de vulnerabilidad que golpeaba el núcleo mismo de mi ser.

Mi ira, antes dirigida directamente hacia ella, se retorció y se redirigió hacia el imponente hombre frente a mí.

Armándome de valor, interrumpí, infundiendo a mi voz toda la autoridad que pude reunir:

—Con todo respeto, señor Kensington, trabajar en una cocina, especialmente una de este calibre, no es un simple "pasatiempo". Es una pasión ferviente, una que su hija ha demostrado con creces. Es increíblemente talentosa, una artista.

La mirada de Henry, un torrente de indignación, se dirigió hacia mí, pero continué, el cambio sísmico previo de mis emociones ahora guiando mis palabras.

—Olivia ha revitalizado este restaurante con una innovación y una vivacidad que no me había dado cuenta que habían sido sofocadas por mi propia complacencia. Es talentosa más allá de lo razonable, una maestra de la más alta categoría —hice una pausa, fijando mi mirada en la suya—. Debe ser felicitada por sus talentos.

—Su hija se perdió ese maldito evento familiar porque yo, por necesidad y quizás por despecho, le negué su petición de tener la noche libre. Si pretende descargar su ira sobre alguien, señor Kensington, le sugiero que la dirija hacia mí. Pero no aquí. No en mi cocina.

Un breve silencio, cargado de tensión palpable, llenó la habitación mientras Henry daba un paso amenazador hacia adelante, su rabia aparentemente imperturbable ante mi intervención.

Sin embargo, la subsiguiente cacofonía de bisagras de puerta y una ráfaga de preguntas gritadas detuvieron su avance. Miré y vi que la puerta trasera del restaurante se había abierto, dando a los reporteros y paparazzi de afuera una vista completa de la escena en el interior.

En el umbral, Pete ofreció un encogimiento de hombros exageradamente inocente, su acción habiendo dado la bienvenida a los medios a nuestro momento previamente privado.

Mi boca se torció en un amago de sonrisa, reconociendo su astuta jugada mientras los reporteros tomaban fotos y exigían declaraciones en un frenesí.

Henry, siempre el famoso hombre de negocios y socialité, pasó sin problemas de padre iracundo a figura pública afable, envolviendo a Olivia, que aún se limpiaba las lágrimas, en un abrazo ostensiblemente efusivo.

—¡Mi hija, la increíble chef! —proclamó lo suficientemente alto para que los reporteros lo escucharan—. ¡Una Kensington siempre sobresale, incluso en caminos inesperados!

Su salida teatral, puntuada por el chasquido de las cámaras de los medios, dejó un extraño vacío en la cocina. Un suspiro colectivo, como si la habitación misma estuviera liberando un aliento contenido, impregnó la atmósfera mientras las puertas se cerraban tras él.

Mis ojos buscaron los de Olivia al otro lado de la habitación. Un torbellino de emociones se arremolinaba en ellos: gratitud, un destello de esperanza y una corriente subyacente de dolor que resonaba en mi propia conciencia.

En ese intercambio silencioso, me di cuenta de que mi propio antagonismo anterior no era mejor que la brutal diatriba de Henry. La culpa, no por los secretos guardados sino por el dolor infligido inadvertidamente, se apretó alrededor de mi corazón.

Todos volvieron al trabajo. Era como si la momentánea congelación en el tiempo con el señor Kensington en la cocina ahora volviera a la normalidad.

Nuestras manos encontraron tareas familiares mientras nos sumergíamos silenciosamente de vuelta en el ritmo de la cocina. El chisporroteo de las sartenes y el suave golpeteo de los cuchillos sobre las tablas de cortar proporcionaban una melodía reconfortante contra la tempestad de emociones que persistía tácitamente entre nosotros. Sus movimientos eran cautelosos, como si navegara a través de una paz frágil que podría romperse con un simple suspiro.

Podía sentir el peso de las palabras no dichas, de disculpas y confesiones, suspendido en el aire entre nosotros. Pero el mero reconocimiento, el dolor compartido y el entendimiento mutuo que pasó a través de nuestra mirada, se convirtió en un frágil puente sobre el abismo que se había abierto entre nosotros.

Y así, trabajamos, lado a lado pero a mundos de distancia, unidos por nuestra pasión compartida

por las artes culinarias y un creciente reconocimiento del dolor multifacético que yacía bajo la superficie de nuestros exteriores profesionales.

Nuestros ojos se encontraban ocasionalmente, una miríada de sentimientos no expresados centelleando en ellos, pero permanecíamos en silencio, cada uno encerrado en su propia fortaleza de soledad, y sin embargo paradójicamente atraídos el uno hacia el otro por una fuerza gravitacional que ni la amargura ni la traición podían cortar.

Capítulo veinticuatro

Olivia

El aroma a ajo y salsas cocinadas a fuego lento persistía en la cocina mientras el último miembro del personal se marchaba, su alivio amortiguado cuando la puerta se cerró tras ellos. El restaurante de Luca, ahora silencioso y en penumbra, ofrecía un marcado contraste con el torbellino que se había desatado horas antes. Mi corazón aún temblaba, una réplica del choque de terremotos emocionales.

Me quedé rezagada, mis dedos trazando distraídamente el frío acero inoxidable de la encimera, dividida entre los problemas pendientes con Luca y una frágil ternura que había brotado de su inesperada defensa hacia mí frente a mi padre. Esa ternura parpadeaba, una delicada llama en medio de una tempestad de emociones tumultuosas, mientras consideraba lo que me esperaba.

Tomando una respiración temblorosa, me acerqué a él, mi voz apenas elevándose por encima de un susurro, pero audaz en el silencio:

—Luca, gracias.

Él no se dio la vuelta, pero su postura cambió, sus hombros tensándose ligeramente. Continué, por una vez permitiendo que mis emociones crudas y sin filtrar impregnaran mis palabras.

—No tenías que defenderme, especialmente después de... todo. Pero lo hiciste, y por eso, estoy agradecida. De verdad.

Una pausa se cernió entre nosotros, como si el universo mismo contuviera la respiración, anticipando su respuesta. Cuando llegó, sus palabras fueron suaves, cargadas de un arrepentimiento que reflejaba el mío:

—Sé que no tenía que hacerlo, Olivia. Pero era lo correcto.

Asentí, aunque él no pudiera verlo, mi garganta constriñéndose alrededor de palabras no dichas, lágrimas no derramadas. Me di la vuelta para irme, mi pecho doliendo con una mezcla de alivio y dolor residual, solo para ser detenida por su voz, una suave súplica en la oscuridad.

—Espera.

Mi corazón titubeó, mi cuerpo obedeciendo antes de que mi mente pudiera procesar su petición. Me volví, encontrando sus ojos, una tempestad de emociones reflejada en ellos.

Lo que sucedió a continuación se desarrolló en un borrón lánguido. Luca, sus ojos encendidos con una fusión de deseo y tormento, cerró la distancia entre nosotros, sus labios encontrándose con los míos con un fervor que encendió cada nervio, cada fibra de mi ser. Me derretí en él, una presa rompiéndose dentro de mí, permitiendo que las lágrimas cascadearan por mis mejillas mientras su beso hablaba de disculpas, de anhelos insatisfechos y puentes que se reconstruían tentativamente.

Se apartó, sin aliento, sus ojos escrutando los míos mientras susurraba:

—Lo siento mucho, Olivia. Reaccioné exageradamente, fui terriblemente horrible contigo, y quizás no te lo merecías.

Mi corazón palpitó, una miríada de emociones surgiendo a través de mí mientras sus palabras, impregnadas de genuino remordimiento, me envolvían.

—Debería haber confiado en ti. Quería decirte quién era, pero tenía miedo, miedo de perderte. Esperé demasiado y me odio por ello. Si alguna vez puedes encontrar en ti misma el perdonarme, quiero arreglar las cosas entre nosotros.

Los sollozos me sacudieron, la agonía y la euforia entrelazadas, y me desmoroné en su pecho, sus brazos rodeándome, ofreciendo un santuario en medio del caos.

—Y por favor, por favor, entiende, le conté a algunos de mis amigos de confianza sobre Luca's porque creo en ti y en el restaurante, y quería ayudar. Nada más.

Mis palabras, ahogadas pero sinceras, emergieron entre sollozos:

—Gracias por entender. Nunca quise herirte, nunca conspiré ni maquiné... Solo quería una oportunidad para vivir mi sueño, sin la carga de la sombra de mi familia.

Me abrazó con más fuerza, susurrando seguridades en mi cabello:

—Te creo, Olivia. Creo en ti.

Nos demoramos, entrelazados en un abrazo que hablaba de reconciliación, de esperanzas tentativas y puentes reparados. Sin embargo, en medio de todo, un anhelo, crudo y descaradamente ferviente, pulsaba entre nosotros, encendiendo un tipo diferente de tensión que se enroscaba firmemente dentro de la frágil paz que habíamos encontrado.

Me aparté ligeramente, mi voz apenas un susurro contra su oído:

—Luca, ¿podemos ir a tu casa? Por favor.

Él dudó, sus ojos, oscuros y llenos de una embriagadora mezcla de deseo y preocupación, encontraron los míos:

—¿Estás segura, Olivia?

Asentí, mi voz apenas audible pero cargada de sinceridad y un anhelo que había sido largamente suprimido:

—Sí. Solo necesito estar cerca de ti. Estos últimos días han sido una agonía.

Cuando Luca y yo entramos en su apartamento, sentí un alivio bienvenido. El lugar donde tanto se ha compartido entre nosotros, un refugio.

Nos sirvió a ambos una copa de vino, y no pude evitar notar un ligero temblor en sus manos. El rico y oscuro Burdeos llenó las copas, una apariencia de tranquilidad en una noche por lo demás tumultuosa.

Nos sentamos en el mullido sofá.

—Luca, sabes que siempre me ha atraído la cocina, la comida —comencé, sin mirarlo, sino perdiéndome en los recuerdos—. Cuando era niña, me colaba en las cocinas y acosaba a los cocineros con un millón de preguntas. Mi mamá y yo hacíamos galletas juntas cuando tenía 5 años - un recuerdo tan bueno. Ella alentó mi amor por la comida. Después de que murió, siempre gravitaba hacia las cocinas. Observaba y ayudaba.

Hice una pausa, reuniendo mis pensamientos antes de aventurarme más en mi relato. Su silencioso aliento me animó, y me sumergí más profundamente en el pasado.

—Sí, crecí en la riqueza. Pero el personal, la niñera y los amigos de la familia me mantuvieron con los pies en la tierra. No puedo dar la espalda a quien soy, pero elegí quién quería ser. Elegí seguir mi pasión incluso si mi padre no lo apoyaba.

Tomé un sorbo de vino y continué.

—En la escuela, tomé cursos de cocina y gestión de restaurantes y cualquier cosa relacionada con la comida como asignaturas optativas. Me uní a clubes de cocina. Papá pensaba que era demasiado "doméstico" para una Kensington, no digno. Intenté convencerlo cuando era joven, pero no cedió. Así que se lo oculté. Pasé un verano en la parte francesa de Suiza y aprendí, y luego en Boston asistí secretamente a cursos en BU mientras mi amiga Cecily me ayudaba a encubri

me a través de la historia del arte. Le oculté mi pasión, y no fue difícil ya que él siempre estaba tan ocupado.

Un pequeño suspiro escapó de mis labios y me apoyé en Luca, buscando alguna forma de estabilidad mientras desentrañaba los secretos de mi pasado que había guardado tan celosamente. Su brazo se apretó ligeramente a mi alrededor en respuesta.

—Mi gran plan era París. Solicité secretamente ingresar a Le Cordon Bleu. Le enviaba a mi padre mensajes de texto con fotos del Louvre, galerías y lugares de la ciudad. Hice que los paparazzi me fotografiaran en Europa, haciendo todas las cosas típicas de turista para despistar a mi padre —continué, con un toque de picardía en mi voz—. Y también tenía a mi amiga Cici cubriéndome. Te caerá bien, por cierto.

—Una tarde, conocí a un sexy italiano en un viñedo mientras visitaba la región de Champagne. Tuvimos un encuentro increíblemente apasionado —dije con una sonrisa pícaro dirigida a Luca.

Tomando otro sorbo del Burdeos, me sentí un poco más centrada, un poco más estable, mientras me adentraba en los capítulos más vulnerables de mi historia.

—Oculté mi viaje culinario todo el tiempo que pude. Quería vivir mi pasión y mi sueño. Cuando

regresé a Nueva York, me recomendaron a Dominic, y él me pidió que me uniera a Luca's. Me pidió que ayudara a innovar, que fuera una molestia para ti, que te desafiara. Cuando encontré Luca's... cuando te encontré a ti... fue como si hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

Hice una pausa.

—Así que les conté a amigos y conocidos sobre Luca's. Y cuando pude, usé mis conexiones para traer clientes, para devolver algo al lugar que me dio mi inicio —expliqué, con la vulnerabilidad cruda en mi voz.

Mi mirada cayó sobre mis dedos entrelazados, un hábito nervioso, mientras finalmente expresaba la verdad sentida que había quedado sin decir durante tanto tiempo.

—No estaba tratando de lastimarte, ni de quitarte algo, Luca. Solo quería hacer algo bueno por este lugar que significaba tanto para mí.

Después de un momento, continué:

—Luca, me dijiste cuando iniciaste el restaurante que no querías que Dominic te publicitara como el "chef estrella de rock", que querías ser conocido por tus habilidades y méritos por sí solos y no por tu fama anterior. Es lo mismo para mí, ¿sabes? Quería ser conocida como una chef talentosa por mi trabajo, no porque soy una heredera Kensington.

La habitación quedó en silencio, mis palabras flotando en el aire entre nosotros. Mis ojos se levantaron, encontrándose con los suyos. Su mirada era inescrutable, pero detrás de sus ojos, percibí una agitación que reflejaba la mía. Estábamos en una encrucijada, nuestras verdades al descubierto, el potencial de algo más profundo persistía palpablemente en el espacio entre nosotros.

Mis ojos se fijaron en los de Luca, esperando, buscando un destello de comprensión en ellos. El silencio entre nosotros era denso, pero debajo de él ondulaban corrientes de algo más profundo, más trascendental. Estaba completamente abierta, todas mis cartas sobre la mesa después de revelar mi pasado, y lo que necesitaba de él ahora era que correspondiera, que me encontrara en este lugar vulnerable.

Después de lo que pareció una eternidad, la voz de Luca, ligeramente quebrada pero firme, atravesó el silencio.

—Lo siento, Olivia. Por todo. Mis reacciones, mis acusaciones... fue imperdonable. No te di la oportunidad de explicar —sus ojos, oscuros e intensos, contenían una sinceridad que abrió algo dentro de mí.

Logré esbozar una suave sonrisa, cada fibra de mi ser sintonizada con su presencia, con su admisión.

—Creo que ambos hemos cometido errores —susurré—, pero estoy dispuesta, más que dispuesta, a seguir adelante si tú lo estás.

Luca asintió.

—Siempre y cuando podamos hacerlo con total transparencia. No más secretos. ¿Lo prometes?

—Lo prometo. Lo prometo.

La tensión entre nosotros cambió, cargándose con un tipo diferente de energía. Luca se inclinó, sus labios rozando los míos, suaves pero insistentes. Cedí al beso, una cascada de emociones arremolinándose dentro de mí, desde el dolor y el perdón hasta el amor.

Después de un momento, se apartó ligeramente, su aliento cálido contra mi piel.

—Has tenido unos días difíciles. Ambos los hemos tenido. ¿Por qué no simplemente... descansamos, juntos? —su voz era tierna, considerada, y una punzada de decepción teñida de comprensión resonó dentro de mí.

Un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo se liberó en una lenta exhalación.

Sí, estaba vulnerable, y el deseo de perderme completamente en él era fuerte, pero Luca tenía razón. Si íbamos a volver a la intimidad, debería ser desde un lugar de conexión y respeto mutuo, no una reacción al dolor y al tumulto e incluso al alivio.

Asentí, permitiendo que una sonrisa genuina y apreciativa adornara mis labios.

—Tienes razón —admití.

Extendió una mano, guiándome suavemente hacia el dormitorio. Una vez dentro, me ofreció una de sus camisetas, la tela suave y desgastada por el uso. Mientras me cambiaba, el aroma de él —limpio y distintivamente Luca— me envolvió, ofreciendo un consuelo inesperado.

—Cara, te amo —susurró.

—Te amo tanto, Luca —susurré en respuesta, con lágrimas en los ojos—. Lo he hecho durante mucho tiempo.

Nos acomodamos en la cama, las luces atenuándose a nuestro alrededor mientras nos entrelazábamos en el suave y cálido capullo de las sábanas. Me atrajo hacia él, mi espalda contra su pecho, su brazo envolviéndome con seguridad. Me sentí segura y amada.

Suspiré, recostándome en la curva de su cuerpo, encontrando consuelo en el latido constante de su corazón contra mi espalda.

Mientras yacíamos allí, al borde de algo nuevo pero familiar, sentí una extraña amalgama de paz y una tranquila y ardiente anticipación. Ambos nos habíamos desnudado, revelando no solo el dolor que nos habíamos causado mutuamente sino también la profundidad de nuestros sentimientos que permanecían bajo la superficie.

El camino por delante era incierto, potencialmente plagado de los problemas que nos habían

afectado desde el principio, pero por ese momento, en el abrazo silencioso de la comprensión y las segundas oportunidades, todo parecía posible.

Mi mente comenzó a divagar, los eventos del día, tanto desgarradores como sanadores, arrastrándome hacia el borde de la conciencia. La respiración suave y regular de Luca detrás de mí proporcionaba un ritmo relajante, arrullándome aún más hacia el sueño inminente.

No estábamos arreglados, ni mucho menos, pero la chispa de esperanza se había reavivado. ¡Me ama!

Había tanto potencial para nosotros, para sanar, para cualquier iteración de "nosotros" que pudiera surgir de los escombros de nuestros errores pasados.

Y mientras me deslizaba hacia la suave atracción del sueño, me permití creer en todas las posibilidades que nos esperaban, nuestro amor, comprensión y un futuro donde Luca y yo podríamos encontrar nuestro camino de vuelta el uno al otro, más fuertes y resilientes que antes.

Capítulo veinticinco

Luca

D esperté en la penumbra, con la luz temprana de la mañana filtrándose suavemente a través de las cortinas, proyectando patrones suaves y lánguidos en la pared de mi dormitorio.

Mi brazo se extendió instintivamente por la cama, esperando encontrar a Olivia, pero las sábanas a mi lado estaban frías. Mis ojos se abrieron con dificultad, adaptándose a la tenue luz, y encontré su silueta junto a la ventana, contemplando el mundo que despertaba.

—Oye —dije con voz ronca, aún cargada de sueño—, ¿estás bien, *bella*?

Ella se dio la vuelta, y su rostro, incluso en la suave luz de la mañana, mostraba una tierna vulnerabilidad. Se acercó, volviendo a la cama a mi lado, sus dedos rozando ligeramente mi brazo.

—Luca —comenzó Olivia, titubeante—, tengo una sorpresa para ti hoy. La he planeado para nosotros.

Estaba intrigado, pero ella no quiso revelar nada más. Compartimos un buen café y el desayuno, y luego Olivia me dijo que debería preparar una pequeña maleta. Luca's estaría cerrado los próximos dos días, y por primera vez en mucho tiempo, el mundo exterior no parecía importar. Tenía a Olivia, y eso era suficiente.

Su sorpresa nos llevó al aeropuerto privado, y cuando la elegante forma de un jet privado apareció a la vista, mi corazón dio un vuelco en mi pecho.

—¿Es tuyo? —La pregunta se me escapó, con auténtica sorpresa en mi voz.

Ella se sonrojó, un poco incómoda en su honestidad.

—Pertenece a mi familia. Pero hice un trato con mi padre. Si no quiere que los medios hagan un circo mediático después de su berrinche en Luca's, me dejaría usarlo sin problemas.

Dudé, con una ráfaga de emociones luchando dentro de mí. Olía vagamente a chantaje de niña mimada, pero sus ojos... sus ojos contaban una historia diferente, abiertos y vulnerables.

—No vivo del dinero de mi padre, Luca —habló suavemente, leyendo mi silencio a la perfección—, al menos no de manera ostentosa. Escucha, mi madre me dejó algo de dinero y lo invertí sabiamente, con la ayuda de Leonard Harrison y otros. Y uso el salario de Luca's. Creo en abrirme camino por mí misma. Pero hay ventajas en mi vida. No puedo negarlo. Soy una maldita heredera. Esta es una de esas ventajas. Solo quiero usarla para darnos algo especial.

—Y, por cierto, vamos a llevar a dos personas. Un niño californiano de 6 años acaba de ver cumplido su deseo: visitar Nueva York. Jack está en remisión de cáncer y una organización benéfica a la que pertenezco concede deseos a niños. Perdió a su padre por el mismo cáncer y a su madre en un accidente de coche hace dos años. Vive con sus tíos en Sonoma. La directora de

la organización, Sally van Buren, lo acompañó en el viaje, y llegarán pronto.

Hizo una pausa y luego añadió:

—¡Así que nada de desnudos durante el vuelo, grandullón!

—¡Señorita Olivia Jade Kensington, me escandaliza la idea de desnudarnos en el jet! —Me río —. Pero en serio, qué gran organización benéfica. No puedo esperar para conocerlos. Parece que Jack ha pasado por mucho.

Después de un momento, añadió:

—¡Ah, así que vamos a California!

Olivia asintió y sonrió.

La pista brillaba bajo el sol de media mañana cuando Jack y Sally se acercaron. Olivia hizo las presentaciones.

—Me alegro de verte, Sally. Y estamos encantados de conocer a Jack.

El pequeño Jack sonrió y extendió la mano para saludar.

—Y este es mi amigo Luca.

Jack les sonrió y estaba radiante de emoción.

El zumbido de los motores y el parloteo distante de los miembros del pequeño equipo de tierra llenaban el aire. El piloto se acercó a Olivia y dijo:

—Estaremos listos para embarcar en unos 10 minutos, señorita Kensington.

Luca, con una sonrisa amable, se agachó hasta el nivel de los ojos de Jack.

—¡Hola, Jack! He oído que tuviste una gran aventura en la Gran Manzana. ¿Cuál fue tu parte favorita?

Los ojos de Jack brillaron de emoción mientras aferraba un pequeño recuerdo del viaje.

—¡Me encantó el Empire State Building! ¡Podías ver kilómetros y sentirte como un pájaro allá arriba!

Todos se rieron.

—También me gustó Central Park. Sally me llevó a dar un paseo en coche de caballos, ¡y pude darle una zanahoria al caballo! ¡Le gustó!

Sally sacó su teléfono y nos mostró fotos.

—Hicimos muchas cosas. Fuimos a FAO Schwartz, al Planetario. ¡Caminé por el puente de Brooklyn! Dimos un paseo en barco y vimos la Estatua de la Libertad de cerca. ¡Es enorme!

Luego añadió con entusiasmo:

—¡Ah, y los perritos calientes fueron los mejores!

Luca se rio cálidamente, sus ojos reflejando auténtica alegría.

—Parece que

como si te hubieras divertido mucho. Nueva York es un lugar especial. Pero ¿sabes qué? Apuesto a que Sonoma también es muy especial. ¿Qué es lo que más esperas cuando regreses a casa?

La sonrisa de Jack se ensanchó al pensar en su hogar. —¡No puedo esperar para ver a mi perro, Bailey! Y a mi tía y mi tío. Y contarles a todos sobre el viaje.

Olivia se unió a la conversación, con los ojos llenos de gratitud.

—Sally, no podemos agradecerte lo suficiente por hacer que este viaje fuera tan mágico para Jack. Significa muchísimo para nosotros.

—Ha sido un placer, de verdad. Jack, eres un joven muy valiente. Y sabes, tu tía y tu tío te estarán esperando en Sonoma.

Era hora de abordar, y los cuatro caminamos hacia el jet que nos esperaba, con las escaleras de embarque en su lugar. Mientras subíamos a la lujosa aeronave, no pude evitar sentir una calidez en mi corazón. Este viaje era más que un simple vuelo; era un viaje de esperanza, amor y la promesa de días mejores para este pequeño. Y un viaje especial para Olivia y para mí, para sanar.

Despegamos de Nueva York a media mañana y nos dirigimos hacia el oeste. Jack y Sally se quedaron dormidos casi al instante, cómodos con mantas y almohadas en sus asientos.

Olivia y yo tomamos copas de vino. Le conté historias de mis primeros vuelos cuando era joven, de los viajes y anécdotas de mis días como estrella de rock. Ella aprendió más sobre los otros tres chicos, algunas de nuestras hazañas y lo divertido pero duro que era el trabajo.

Ella me contó más sobre Cecily y sus aventuras, y algunas historias de sus días de instituto y universidad. El tiempo pasó rápidamente.

Antes de darnos cuenta, las ruedas del jet privado besaron el suelo con un suave golpe, desacelerando gradualmente mientras rodábamos por la pista. La mano de Olivia, cálida y reconfortante, encontró la mía, con un brillo juguetón en sus ojos que sugería un tesoro de secretos aún sin revelar.

—No he estado en Sonoma en años —comenté, feliz de estar en la región vinícola.

—Sabía que lo apreciarías.

Nos despedimos de Sally y Jack, cuyos tíos los esperaban para llevarlos a casa.

Nuestro propio conductor nos esperaba. El viaje hasta el viñedo fue relativamente corto, con las colinas ondulantes y exuberantes viñedos del país vinícola de California extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. El paisaje era sorprendentemente hermoso, pero era Olivia, tan atrevida e irreprimiblemente vivaz, quien me cautivaba por completo.

Una sensación de confusión se mezcló con mi anticipación. —Pero, Olivia —comencé, haciendo una pausa mientras trataba de formular mis pensamientos con cuidado—, tenemos que estar de vuelta en Luca's en dos días. ¿Cómo planeas lograr esto?

—No te preocupes por eso —respondió, colocando un dedo suavemente sobre mis labios—, lo tengo todo resuelto. Solo disfruta el próximo día y medio, querido.

Renunciar al control no era fácil para mí, pero algo en sus ojos alejó la tensión de mis hombros. Así que asentí, decidido a estar presente en cada precioso momento que tuviéramos aquí.

Nuestra suite era una exquisita mezcla de lujo y comodidad, con una impresionante vista de un tranquilo lago que se extendía bajo nuestra ventana.

Me sentía feliz de estar con Olivia, la complejidad de las emociones difícil de articular. Me incliné, besando sus labios carnosos, el mundo disolviéndose a nuestro alrededor mientras la guiaba hacia la cama. Un suave suspiro escapó de sus labios, pero justo cuando estaba a punto de profundizar el beso, ella colocó una mano gentil contra mi pecho, empujándome hacia atrás.

—Eh, grandullón, no podemos hacer esto ahora, por mucho que me gustaría —susurró, con una nota de broma en su voz—. Tenemos un recorrido por el viñedo en media hora.

Refunfuñé, el deseo físico que corría por mí hacía difícil alejarme. Pero entonces ella habló de nuevo, sus palabras teñidas de una delicada súplica.

—Este viñedo suministra mucho vino a Luca's —dijo suavemente—. Dominic organizó nuestro recorrido. ¿No quieres ver la fuente?

Sus palabras resonaron, y cedí, permitiéndome ser apartado del suave capullo de su abrazo y hacia el brillante sol californiano.

El viñedo era un mosaico de verdes vibrantes y ricos marrones terrosos, el sol proyectando un cálido tono dorado sobre todo. Nos guiaron en un pequeño grupo a través de hileras de vides bien cuidadas, nuestro guía explicando el intrincado proceso de convertir estas modestas uvas en los exquisitos vinos que adornaban nuestras mesas en Nueva York.

Olivia se inclinó hacia mí mientras caminábamos, su voz un suave murmullo en mi oído. —Es hermoso, ¿verdad?

Asentí, el suave susurro de las hojas susurrando dulces naderías al mundo que nos rodeaba.

El guía se detuvo frente a una larga hilera de exuberantes uvas Cabernet, sus palabras un suave

zumbido mientras me encontraba perdido en la inmensidad de las extensas vides frente a nosotros. Los dedos de Olivia se entrelazaron con los míos, anclándome en el momento, pero al mismo tiempo dejándome completamente deshecho.

Los cautivadores ojos de Olivia se encontraron con los míos, y una oleada de emoción me invadió. Esta no era una mujer ordinaria; ella tenía un fuego especial dentro de ella, el tipo que iluminaba mi vida de maneras que nunca pensé posibles.

Mi paciencia se estaba agotando. Mi necesidad de Olivia me estaba dominando. La anticipación, mezclada con las emociones crudas de los últimos días, creó un torbellino dentro de mí. Aparté al guía y hablé con él, explicándole que Olivia y yo queríamos completar el recorrido

on our own, at our own pace. He seemed to understand, gave me a knowing glance, and turned to go with the others.

Llevé a Olivia a un rincón apartado, oculto de las miradas indiscretas de cualquier visitante del viñedo.

—No puedo esperar hasta más tarde. Te necesito ahora —murmuré con sinceridad antes de presionar mis labios contra los suyos. La urgencia del beso la tomó por sorpresa, pero respondió con pasión, sus dedos clavándose en mi espalda.

Mis manos, hambrientas de ella, se deslizaron bajo su camisa, tocando su suave piel. Su respiración se volvió rápidamente entrecortada, y sus dedos trabajaron rápidamente en mi cinturón. Después de las emociones de los últimos días, no habíamos tenido sexo y ahora la sensación era abrumadora. El deseo urgente de tenernos el uno al otro...

El suave clic de mi cinturón al soltarse fue como el disparo de salida, señalando el desmoronamiento de las barreras y la unión de necesidades desesperadas.

Sus dedos trabajaban con una seguridad que hablaba de conocimiento íntimo y recuerdos de días y noches pasados explorando los cuerpos del otro. Sin embargo, había una novedad, un redescubrimiento, que solo realzaba la intensidad del momento. El crujir de la tela, las promesas susurradas entre besos ardientes; estábamos perdidos en nuestro propio mundo.

Ella se arrodilló con gracia, sus dedos desabrochando hábilmente mis pantalones. Los bajó junto con mis calzoncillos, rápida y eficientemente. Mi respiración se entrecortó cuando envolvió sus labios alrededor de mí.

Su boca estaba cálida y acogedora, enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo. Estaba tan duro. Apreté los dientes, tratando con todas mis fuerzas de contener cualquier sonido que pudiera delatarnos. Cada sensación se intensificaba por el riesgo de ser descubiertos.

La tentadora atención de Olivia me hacía flotar entre dos mundos: la arriesgada realidad de nuestra situación actual en el viñedo y la envolvente sensualidad del momento. Supongo que era un tema recurrente entre nosotros, desde nuestro primer encuentro en aquel viñedo francés, reflexioné.

Sus cálidos labios envolviéndome me llevaron a un estado de sensibilidad extrema. Cada giro, cada toque, intensificaba el placer. Había un hambre en sus acciones, una especie de fervor que se reflejaba en mi creciente deseo.

Incapaz de contenerme por más tiempo, me retiré de su invitadora boca. Tirando de ella para ponerla de pie, encontré sus labios con un hambre propia. —Date la vuelta —gruñí en su oído, mi voz ronca de necesidad—. Inclínate y agárrate a ese enrejado.

Dudó por una fracción de segundo antes de obedecer, sus dedos curvándose alrededor del enrejado de madera frente a nosotros. La curva de su espalda, la ligera separación de sus piernas, era una visión irresistible. Mis manos encontraron el borde de su vestido, jugando con la tela momentáneamente antes de levantarlo para exponer su tanga de encaje negro.

Un gruñido bajo retumbó desde lo profundo de mi ser al ver el tanga. Mis dedos se deslizaron más allá de la delicada barrera de tela y la encontraron resbaladiza y húmeda, lista para mí. Ella gimió suavemente ante el contacto, avivando aún más el fuego dentro de mí.

Apartando sus bragas a un lado, posicioné mi duro miembro y con un movimiento rápido, me hundí profundamente en ella. La sensación era increíble, su estrecha calidez envolviéndome por completo. El gemido de Olivia llegó a mis oídos, y no pude evitar inclinarme para susurrar: —Shh... Alguien te oirá, *bella*.

Agarrando sus caderas, comencé a moverme, cada embestida más firme que la anterior. La mezcla de deseo, peligro y pura pasión hacía que el momento fuera casi surreal. Había una urgencia en nuestra necesidad. Los gemidos ahogados de Olivia me instaban a continuar, llevándome al límite. Cada sensación era exquisita.

La sensación de ella a mi alrededor, el ligero crujir de su vestido, el débil sonido del lejano parloteo del grupo de turistas, las hojas susurrando con la suave brisa, el calor del sol; todo se fundía en una sinfonía de placer.

La sensación de su calidez, junto con la emoción de nuestro arriesgado encuentro entre los enrejados del viñedo era demasiado. Sentí que la tensión dentro de mí se apretaba, amenazando con liberarse, pero mi atención estaba en Olivia.

Sintiendo la respuesta de su cuerpo a cada embestida, estiré la mano, dejando que mis dedos encontraran el sensible punto rosado que la hacía jadear y gemir aún más fuerte. Sus pliegues húmedos pedían más atención, y yo estaba más que feliz de complacerla. Mientras continuaba con mi ritmo constante dentro de ella, mis dedos bailaban sobre su clítoris, aumentando el ritmo y la presión al sentir que empezaba a estrecharse y palpar a mi alrededor.

—¿Estás cerca, *bella*? —susurré, mi voz espesa de deseo.

Ella asintió, su cuerpo rígido, su respiración entrecortada. —Sí... oh, j*der, Luca...

—Córrete para mí —la insté, desesperado por sentir su liberación.

Su cuerpo comenzó a temblar, y supe que estaba al borde. Embestí más fuerte, más profundo,

mis dedos trabajando al unísono, empujándola al precipicio. La sensación de su clímax, sus paredes contrayéndose a mi alrededor, era impresionante.

Se sacudió contra mí, sus gemidos ahogados por sus intentos de permanecer en silencio, pero la intensidad de su orgasmo era innegable. Sintiéndola correrse debajo de mí, mi propio control se desvaneció. Con unas cuantas embestidas más poderosas, alcancé mi cima, liberándome profundamente dentro de ella.

Jadeando, nos aferramos el uno al otro, dejando que las secuelas de nuestro éxtasis compartido nos inundaran.

Lentamente, la realidad comenzó a filtrarse de nuevo. El peso del momento se asentó entre nosotros. Me retiré de ella. Cuidadosamente reajustamos nuestra ropa, y con la satisfacción pulsando a través de nosotros, continuamos nuestro paseo por el viñedo, con los dedos entrelazados.

Capítulo veintiséis

Olivia

S entí la calidez del agua acariciando mi piel, mi latido sincronizándose con el ritmo constante del pecho de Luca contra mí. La intimidad del momento, la sensación de sus manos deslizándose por mi cuerpo, el aroma de las sales de baño de lavanda llenando el aire, creaban una atmósfera que era tanto relajante como sensual.

Mientras me lavaba en la gran bañera antigua, sentí el peso de su mirada, percibiendo su curiosidad sobre mi pasado.

—¿Sabes? —comenzó, con voz suave y profunda—. He estado tan absorto en el presente y en lo que está sucediendo entre nosotros... Quiero saber más... todo, *cara*.

Sonreí, girando ligeramente la cabeza para encontrar su mirada. —¿Qué quieres saber?

Pensó por un momento, sus dedos trazando círculos perezosos en mi clavícula. —¿Querías ser algo más que chef?

Dudé por un momento, luego me sonrojé, apoyándome más en su abrazo. —Siempre quise trabajar con comida, ser chef. Pero había... algo más —murmuré, con un toque de vulnerabilidad en mi voz—. Pero es una tontería, en realidad.

Suavemente, inclinó mi barbilla para que nuestras miradas se encontraran. —Cuéntame —me instó, con voz baja.

Tomando un respiro profundo, comencé. —Cuando entré en Le Cordon Bleu, el dinero no era un problema para mí. Pero vi a tantas personas talentosas que tenían que rechazar la oportunidad porque no podían permitírselo. O peor aún, endeudándose de forma abrumadora. Me dolía ver esa pasión aplastada por limitaciones financieras.

Luca asintió, comprensivamente. —Sé a lo que te refieres. Tuve la suerte de contar con mis generosos ingresos como estrella de rock para pagar mis gastos de la escuela culinaria; de lo contrario, no habría sucedido. Y vi a tantos allí viviendo con lo mínimo, trabajando en múltiples empleos, endeudados, también.

Me moví ligeramente, girándome para mirarlo. —Quería ayudar a cambiar eso. Quería establecer una beca para aquellos que no podían permitirse la escuela culinaria. Era mi sueño ayudar a los aspirantes a chef a obtener la educación que necesitaban sin la carga de las deudas.

Los ojos de Luca se suavizaron. —Eso es genial, Liv. ¿Por qué no lo hiciste?

Suspiré. —Mi familia, la junta directiva de mi padre, lo vieron como otra idea frívola. Querían que invirtiera en negocios "reales", no en "caridades". Pero para mí, no era caridad. Era retribuir, crear oportunidades para otros que a su vez crean negocios reales.

Me atrajo más cerca, sus labios rozando mi sien. —No es un sueño tonto, Olivia. Es noble. Y

quién sabe, tal vez juntos podamos hacerlo realidad.

Una oleada de calidez me recorrió, no por el agua del baño, sino por la comprensión de que había encontrado a alguien que realmente me entendía y compartía mis pasiones.

Pasamos la siguiente hora discutiendo planes, ideas y el futuro, ocasionalmente interrumpidos por besos apasionados y caricias íntimas.

Miré a Luca, sus cálidos ojos reflejando cuidado y curiosidad. —Bueno —comencé, enrollando un mechón de cabello mojado detrás de mi oreja—, la beca era mi sueño en un momento, pero ha... evolucionado. Pero el nuevo, la nueva idea y sueño, bueno, es... realmente bastante

ambiciosa...

No le había contado a nadie sobre esta idea que llevaba tiempo gestándose en mi cabeza, ni siquiera a Cecily.

Luca se rio, deslizando sus dedos bajo mi barbilla, inclinando mi cabeza para que nuestros ojos se encontraran. —Cuéntame —insistió, con una mirada juguetona en sus ojos.

Solté una risita, retorciéndome mientras sus dedos me hacían cosquillas suavemente en los costados. —¡Está bien, está bien! Verás... tengo este sueño de crear una escuela culinaria —hice una pausa por un momento, mirando hacia el agua que nos rodeaba antes de continuar—. Sería como Le Cordon Bleu en términos de formación, pero estaría exclusivamente destinada a quienes necesitan ayuda financiera. Todos asistirían gratis, y la financiación vendría únicamente de donaciones caritativas y de chefs que patrocinen aprendices.

Sentí una vulnerabilidad al exponer este sueño oculto a la luz, a sus ojos.

—Los candidatos aplicarían a través de ensayos, expresando por qué son merecedores, por qué necesitan la ayuda y qué aportarían a un restaurante después de graduarse. Y deben tener algún talento o una pasión profunda. Habría algún tipo de prueba de cocina para demostrarlo. Los chefs podrían seleccionar aprendices basándose en los ensayos y las pruebas de cocina.

El silencio que siguió fue casi insoportable, y la duda se coló en mis pensamientos como sombras indeseadas. Mis palabras salieron apresuradamente, una rápida defensa contra el silencio. —Ya ves, sabía que era una estupidez.

Pero Luca negó con la cabeza, con genuina admiración brillando en sus ojos. —¡No, Olivia! Para nada. Simplemente estoy asombrado. Suena como algo increíble y creíble. Eres un genio.

Mis mejillas se calentaron y desvié la mirada de su intensa mirada. Normalmente soy audaz y estoy lista para los desafíos, pero este parecía demasiado después de que incluso la idea de la beca fuera rechazada por mi padre y la junta.

Luca gentilmente volvió mi rostro hacia él, sus ojos fijándose en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento. —Si ese es tu sueño —susurró, acercándose hasta que nuestros labios casi se tocaron—, lo haremos realidad. Estoy seguro de ello. Te ayudaré. Somos un equipo imbatible,

¿te das cuenta?

La certeza en su voz, la promesa en sus ojos, abrió algo dentro de mí, algo que había estado sellado bajo capas de miedo y expectativas sociales. Aquí había un hombre que no solo escuchaba mi sueño, sino que creía en él, creía en mí.

Las lágrimas se mezclaron con el agua de lavanda del baño mientras susurraba: —Es un sueño tan grande, Luca.

Me rodeó con sus brazos, atrayéndome contra su pecho, su latido constante bajo mi oído. —Ningún sueño es demasiado grande, Olivia. No cuando es tuyo, y no cuando estamos juntos en esto.

Mi cuerpo temblaba, no por la frescura del agua que había perdido su calor hace tiempo, sino por las abrumadoras emociones que surgían dentro de mí. Me aparté, mirando profundamente en sus ojos. —Podemos hacer esto, ¿verdad?

Asintió, sus dedos limpiando suavemente los rastros de mis lágrimas. —Sí. Encontraremos una manera, Olivia. Navegaremos a través de esto, paso a paso, y crearemos algo hermoso y significativo juntos. Tu sueño... ahora es nuestro. Si lo permites. Y haré todo lo que esté en mi poder para ayudar a hacerlo realidad.

—Escucha, revivir Luca's y recuperar mi mojo, eso fue obra tuya. Continuaremos por ese camino. Pero ahora, tienes algo más grande que lograr, algo que puede ayudar a tantas personas talentosas que de otra manera no tendrían oportunidad —susurra Luca—. Y quiero ser parte de ello. Somos tú y yo en esto juntos, ¿estás de acuerdo?

Sentí ganas de llorar de alivio y felicidad. —Sí, querido Luca, sí. Este ha sido un sueño embotellado en mi cabeza durante tanto tiempo, y ahora juntos podemos hacerlo realidad. Siempre supe, desde que era pequeña, que el trabajo de mi vida involucraría la comida y de alguna manera ayudar a la gente.

Lo haríamos realidad. Juntos.

Capítulo veintisiete

Luca

El mes transcurrido desde nuestros días en el viñedo había sido una sublime combinación de trabajo, diversión, pasión y planificación meticulosa, como ingredientes cuidadosamente elegidos que juntos creaban una receta impecable.

Olivia y yo, éramos más que estar sincronizados; nos estábamos convirtiendo en un lenguaje tácito, una comprensión silenciosa que se entretejía sin esfuerzo a través de nuestra vida profesional y personal.

En la cocina, nuestros cuerpos se movían con una precisión y un ritmo casi orquestal. El chisporroteo de la sartén, el corte del cuchillo... eran nuestra melodía, nuestro compás. Añadíamos nuevos toques y nuevos platos, saludábamos a los clientes, encontrábamos el éxito en el restaurante. Y asumíamos algunos servicios de catering de alta gama para expandirnos, gracias al trabajo de Olivia. Luca's era todo y más de lo que podía haber esperado cuando comencé este camino hace años.

Mi eterna gratitud se extiende a Dominic por encontrar a Olivia y contratarla. Él había ideado el plan para Luca's y funcionó, incluso mejor de lo que podría haber imaginado. Ahora cenamos con él una vez a la semana, los miércoles por la noche, acercando a mi familia de nuevo a mí y trayendo a Olivia a la familia. Otros miembros de la familia a veces se unen a nosotros los miércoles también. La divertida Cecily se une a menudo, y las risas llenan mi ático.

En casa, cuando estamos los dos juntos, cambiamos nuestras chaquetas de chef por vulnerabilidad y tejido de sueños. Elaborar planes de negocio e investigar se convirtió en nuestra rutina nocturna, y sin embargo, en medio de toda esta diligencia, el romance y nuestra atracción nunca disminuyeron. Solo se hicieron más fuertes, una corriente subyacente tentadora que pulsaba a través de todo lo que hacíamos.

Un soleado día libre me volví hacia ella e insistí en que deberíamos salir. Olivia, envuelta en un cómodo chal y acurrucada en nuestro acogedor salón, alzó una ceja en una suave rebelión.

—Trabajamos en un restaurante, Luca —dijo, con una voz juguetona pero firme en su resolución—. No quiero pasar mi día libre en uno.

Mis labios se curvaron en una sonrisa conocedora, inclinándome para besar su frente suavemente, mis dedos colocando un mechón rebelde de su cabello detrás de su oreja.

—No es ahí donde vamos, *amore mio*.

La curiosidad brilló en sus ojos, pero no indagó más. Olivia me conocía lo suficiente como para entender que cuando decía que tenía una sorpresa, insistir no la llevaría a ninguna parte.

Nos aventuramos por las vibrantes calles de la ciudad, su mano cálidamente anidada en la mía, hasta que llegamos al puerto. Sus ojos se abrieron de encanto cuando se posaron sobre un pequeño y encantador barco de crucero, su casco meciéndose suavemente contra las serenas olas.

Sentí que su agarre se apretaba alrededor de mi mano, la emoción emanando de ella en olas tangibles mientras subíamos a bordo. El crucero era privado, fletado solo para nosotros dos, destinado a navegar sin rumbo por la bahía durante unos latidos del día.

Mientras el barco se alejaba del muelle, lanzándonos a la deriva en medio del calmante flujo de las olas, Olivia se inclinó hacia mí, sus ojos reflejando la infinita extensión del mar.

—Qué gran idea, Luca —susurró, sus palabras acariciando mi oído y enviando escalofríos por mi columna—. Esta es una forma perfecta de pasar una tarde.

Rodeé su cintura con un brazo, acercándola más, y miramos hacia la inmensidad del océano, el futuro, lleno de sus incertidumbres y promesas, reflejado en sus profundidades.

—Eres increíble —murmuré de vuelta, mi voz apenas audible contra el chapoteo de las olas contra el barco.

Hablamos, pero no sobre el trabajo, no sobre planes. Hablamos de cosas frívolas: las nubes, el mar, historias de nuestra infancia, de Italia, de mis viajes, de nuestras madres. Mis dedos se entrelazaron con los suyos, un enredo íntimo que hablaba de seguridades silenciosas y promesas no dichas.

Cuando el barco giró suavemente en un arco perezoso, nos movimos hacia la proa, la brisa marina mezclándose con su dulce perfume, susurrando secretos al crepúsculo. Me incliné, mis labios rozando los suyos, el sabor de la sal del océano en su piel.

Un suave murmullo de una melodía familiar susurró a través de la cubierta del barco, abriéndose camino hasta donde Olivia y yo estábamos, absortos en nuestra pequeña burbuja de serenidad.

Los ojos de Olivia se iluminaron cuando las notas de su canción favorita acariciaron nuestros oídos, una suave sonrisa jugando en sus labios. La atraje más cerca, invitándola a un baile lento, nuestros cuerpos meciéndose al tierno ritmo, envueltos en el suave balanceo del mar bajo nosotros.

—Sabes, Olivia —comencé, mi voz apenas más que un susurro, ahogada casi por completo por los tonos melódicos—, realmente has cambiado mi vida, *cara*. Cada día es mejor porque estás en él.

Ella apoyó su cabeza contra mi pecho, su voz un delicado murmullo contra mi piel.

—Siento lo mismo, Luca. Nunca he conocido a alguien a quien le importara tan poco mi dinero y tanto yo, que me amara por ser yo misma, y que compartiera

mis sueños con tanta pasión genuina.

Mis manos descansaban en la parte baja de su espalda, mis dedos trazando las curvas bajo la tela de su vestido. Mi mente se desvió hacia el futuro, hacia todos los sueños que albergábamos y planeábamos construir.

Me aparté ligeramente, mirando sus ojos que contenían océanos en su interior. —No puedo creer que hayas llegado tan lejos para hacer de Luca's el éxito en que se ha convertido —confesé, mis palabras impregnadas de una sinceridad que brotaba del corazón.

Sus ojos brillaron con una mezcla de picardía y sinceridad. —Lo haría todo de nuevo, Luca. De la misma maldita manera, aunque quizás... —hizo una pausa, sus ojos reflejando un mar de palabras no dichas—, quizás sería honesta en lugar de ocultar mi identidad.

Una risa sincera escapó de mis labios, y le di un suave beso en la frente. —Bueno... puedo decir honestamente que sin importar cómo llegamos aquí, no cambiaría ni una sola cosa.

Un cierto peso se asentó en mi bolsillo, una pequeña caja que encerraba una promesa, un futuro. El momento se sentía correcto, aquí en medio de la infinitud del mar, envueltos por la suave serenidad del día menguante y las tiernas notas de una canción que parecía narrar nuestra historia.

Mi corazón retumbaba en mi pecho mientras me alejaba, sosteniéndola a la distancia de un brazo, bebiendo sus rasgos, grabando en mi memoria la forma en que sus ojos brillaban bajo el suave resplandor del sol poniente, cómo su cabello susurraba secretos al viento, y cómo sus labios, suaves y tiernos, hablaban silenciosamente de amor y futuros inexplorados.

Tomé una profunda respiración, el aire marino llenando mis pulmones, y lentamente me arrodillé, la pequeña caja apretada entre mis dedos, un pequeño pero infinito universo existiendo entre esas cuatro paredes de la caja.

Su mano voló a su boca, sus ojos se agrandaron, brillando con una mezcla de sorpresa, amor y mil palabras no dichas. Su respiración se entrecortó, y el mundo a nuestro alrededor pareció detenerse, la música desvaneciéndose en un eco distante, el mar conteniendo calmadamente su aliento, como si el universo mismo estuviera haciendo una pausa, permitiendo que este momento existiera en una burbuja atemporal.

El tiempo quedó suspendido en la brisa marina mientras la miraba, la pregunta flotando en el aire, no pronunciada pero ensordecedora, esperando, empujando suavemente al borde de la eternidad.

La suave luz del sol poniente reflejaba el brillo en los ojos de Olivia mientras me estabilizaba sobre una rodilla, las emociones desbordándose, el corazón palpitando en una frenética cadencia contra mi caja torácica. Allí estaba yo, sosteniendo un anillo, cristalizando un momento que era tanto un final como un principio, una pausa entre lo que había sido y lo que estaba por venir.

—Olivia —comencé, tragando contra la opresión y la emoción en mi garganta—, has derribado cada maldita pared que tenía, tanto en la cocina como en mi vida. Me enseñaste que está bien confiar, apoyarse en alguien más sin miedo.

Mi voz, aunque firme, tenía una ternura, temblando bajo el peso de la emoción sin filtrar. —Encendiste una pasión dormida dentro de mí, me insuflaste vida y la mejoraste. Me mostraste que la vida vale la pena vivirla y saborearla con quien amas. Y yo... quiero compartirlo todo, cada pequeño detalle, contigo, la mujer que lo hizo posible. Te amo tanto. ¿Quieres casarte

conmigo?

Por un breve y eterno segundo, el mundo contuvo la respiración, y luego, a través de una cascada de lágrimas felices, Olivia rió, un sonido suave y melodioso, cortando el silencio conmovedor del día menguante.

—Sí, oh sí —susurró, y fue como si el universo exhalara al unísono con nosotros, las estrellas brillando un poco más intensamente—. Te amo más de lo que puedas imaginar.

Deslizar el anillo en su dedo se sintió como cerrar un libro y abrir otro, embarcándonos en una narrativa aún por escribir, aún por vivir.

Me levanté, nuestros labios encontrándose en un beso que era una promesa, un compromiso, un voto no pronunciado hecho tangible a través de la suave presión de labios contra labios.

Tenía champán listo y descorché la botella. El tintineo de nuestras copas de champán anunció el advenimiento de nuestro nuevo comienzo mientras brindábamos, perdidos en la euforia del compromiso, de las promesas hechas bajo la vastedad celestial del cielo nocturno.

Pero mientras el burbujeante líquido bajaba, noté una expresión extraña, pero de alguna manera divertida, cruzar el rostro de Olivia. Me incliné ligeramente hacia atrás, las cejas fruncidas con curiosidad. —¿Qué, *bella*? —insistí, trazando suavemente su mejilla con el pulgar.

Su risa, suave y ligeramente traviesa, revoloteó en el aire marino. —Nada... —murmuró, sus ojos brillando con una alegría secreta.

Mis manos encontraron su cintura, acercándola ligeramente. —Oh no, nada de esa mierda de "nada". Suéltalo, *cara*.

Una sonrisa juguetona jugó en sus labios. —Bueno... —comenzó, haciendo una pausa para dar efecto—, alguien tiene que darle la noticia a mi padre, y yo no pienso hacerlo.

Mi mandíbula cayó metafóricamente al suelo, mis manos congelándose a medio acariciar. —¿Qué? ¡No! ¡Diablos, no!

Olivia, siempre la encarnación de la gracia y la picardía, simplemente me abrazó, su risa vibrando contra mí. —Está bien, está bien... —concedió, su voz amortiguada contra mi pecho—, podemos hacerlo juntos.

Exhalé, una risa mezclándose con un suspiro, escapando hacia la noche mientras la abrazaba. La intimidante conversación futura con su padre se cernía en el horizonte, pero en ese momento, envueltos en la serenidad del mar, con el amor de mi vida en mis brazos, se sentía como una tormenta distante, una que capearíamos juntos cuando llegara el momento.

Capítulo veintiocho

Olivia

La vajilla de plata tintineaba contra la opulenta porcelana con una delicadeza que ocultaba la tensión que flotaba en el aire. Luca, apuesto y sereno, pero innegablemente tenso a mi lado, picoteaba su pato perfectamente cocinado, con la mirada ocasionalmente dirigida hacia mi padre.

Henry, una torre imponente en otro tiempo de poder financiero y severidad parental, se había reducido a lanzar miradas fulminantes a través de la mesa del comedor, cada una golpeando a Luca con una fuerza invisible que me hacía apretar la mandíbula.

Pinché un trozo de la succulenta carne y lo llevé a mi boca, pero su sabor rico no logró disipar la amargura que lentamente se me subía por la garganta.

Era extraño estar en este opulento comedor con sus amplias cortinas y relucientes candelabros después de disfrutar de la simplicidad de la vida que Luca y yo estábamos construyendo. Esta habitación, que una vez fue un lugar de sueños infantiles y más tarde de rebeldía adolescente, se sentía un poco ajena, un marcado contraste con la libertad y autenticidad que encontraba en los brazos de Luca y en nuestras ambiciones compartidas.

Pero yo ya no era la hija obediente y complaciente que se doblegaba bajo el peso de las expectativas de Henry Kensington. Había decidido hace mucho seguir mi propio camino y ocultárselo, y ahora mi sueño se estaba haciendo realidad y necesitaba que él lo entendiera. No bailarían al son de una melodía, su melodía, que le quitaba el alma a mi pasión, a mi vida.

Mientras los sirvientes retiraban los restos de nuestro plato principal, me aclaré la garganta, sintiendo la presencia tranquilizadora de Luca a mi lado, como una roca firme en medio de un mar tumultuoso.

—Tengo noticias —anuncié, obligando a mi voz a mantenerse firme bajo la mirada penetrante de mi padre—. Dos, de hecho.

Los ojos de Henry, agudos y calculadores, se estrecharon ligeramente mientras bebía su vino.

—¿Ah, sí?

Levanté la barbilla, fortalecida por la llama de rebeldía, y quizás, un toque de reivindicación, que bailaba en mis venas.

—Sí. Luca y yo nos vamos a casar.

Por un momento, el silencio, denso y pesado, cubrió la habitación.

Sus ojos se encontraron con los míos, librando una batalla silenciosa de voluntades a través de la mesa elegantemente puesta. Pero yo me mantuve firme, sosteniendo su mirada con una determinación que no sabía que poseía hasta que me enamoré de un hombre que me enseñó que podía ser tanto suave como fuerte, y fiel a mí misma.

Y entonces, quizás viendo la determinación y felicidad desenfrenadas en mis ojos, o tal vez ablandándose bajo el recuerdo de los años felices con su esposa fallecida, mi madre, su actitud cambió ligeramente. La dureza en sus ojos se derritió, dejando una vulnerabilidad de la que solo había visto destellos en mi infancia.

—Felicidades —murmuró, la palabra llevando un peso que insinuaba una aceptación tácita.

Su mirada se desplazó hacia Luca, pasando entre ellos un entendimiento silencioso antes de que sus ojos volvieran a mí.

—¿Te hace feliz?

La sinceridad en su voz me sorprendió, envolviéndose alrededor de mi corazón y apretando con fuerza. Miré a Luca, sus ojos cálidos de amor y con una tensión subyacente que susurraba sobre los desafíos que enfrentaríamos, juntos y por separado.

—Sí, mucho, papá —dije, mi voz rebotante de lágrimas contenidas y palabras no dichas—. Lo hace.

Hacía mucho tiempo que no lo llamaba papá, y pareció conmovido, recordando tiempos pasados.

La mano de Luca encontró la mía bajo la mesa, una promesa silenciosa entretejida con nuestros dedos entrelazados.

Y mientras servían el postre, un delicado soufflé que se tambaleaba con una estabilidad vacilante, me di cuenta de que quizás, debajo del exterior severo y las expectativas inflexibles, Henry Kensington era simplemente un padre que, a su manera rígida, buscaba la felicidad para su hija.

Cuando volví a hablar, mi voz era firme pero cargada de una emoción que no podía, ni quería suprimir.

—Lo que me lleva a la otra noticia, y una petición. —Mi mano se deslizó dentro de mi bolso, dedos se curvaban alrededor del borde de una carpeta que contenía sueños, visiones y, quizás, un fragmento del futuro.

Mientras colocaba la voluminosa carpeta sobre la mesa, los ojos de mi padre, siempre agudos e inquisitivos, se fijaron en ella, una pregunta no formulada flotando en el aire entre nosotros. —¿Qué es esto? —verbalizó finalmente, estirándose hacia adelante, sus dedos rozando el borde.

Sostuve su mirada con firmeza, mi determinación inquebrantable. —Es un plan de negocios. Para una escuela culinaria diseñada para personas que no pueden permitirse la ruta tradicional.

Sus ojos se movieron entre la carpeta y yo, con curiosidad y algo irreconocible brillando en sus profundidades.

—He tenido suerte —continué—, porque el dinero nunca ha sido un motivo de preocupación

para nuestra familia. Pero he conocido a tantos cocineros y chefs talentosos que nunca han podido perfeccionar realmente sus habilidades bajo la instrucción de expertos simplemente porque no podían permitírselo.

Sus dedos, anteriormente vacilantes, ahora se curvaron alrededor de la carpeta, atrayéndola hacia él, su mirada escaneando la primera página antes de volver a encontrarse con la mía. —¿Por qué debería invertir?

Su tono no era confrontativo ni desdeñoso. No, estaba cargado de genuina curiosidad y un atisbo de algo que hizo que mi corazón latiera con un ritmo tentativo de esperanza contra mi caja torácica. Me estaba dando la palabra, una oportunidad para presentar, para proponer.

En ese momento, los dedos de Luca rozaron mi muslo, una silenciosa reafirmación, un susurro de unidad, y con un profundo respiro, comenzamos.

—Imaginamos un lugar donde aquellos con una pasión ardiente por las artes culinarias puedan aprender y cultivar sus habilidades sin la sombra amenazante de la carga financiera —comencé, mis palabras firmes y seguras—. Podrán contribuir a la sociedad, estar empleados en algo que aman, tal vez incluso abrir sus propios negocios en el futuro.

Luca tomó el relevo con fluidez: —Construiremos un plan de estudios que se alinee, si no supere, a los de las renombradas escuelas culinarias. Con nuestra formación, incluyendo Le Cordon Bleu y otras escuelas, y nuestra experiencia práctica, creemos que podemos crear un entorno de aprendizaje que sea tanto completo como accesible. Y muy moderno. Un lugar para sobresalir. Un lugar aparte.

Nos turnamos, nuestras palabras y visiones entrelazándose y construyéndose unas sobre otras, creando un tapiz de lo que podría ser, de sueños que podrían nutrirse hasta convertirse en realidad. Hablamos de aprendizajes, de asociaciones con chefs y restaurantes establecidos, de una comunidad que podría elevar y sostener a la próxima generación de expertos culinarios que podrían prosperar.

Cuando volvimos a la cuestión de la inversión, me incliné ligeramente hacia adelante, mis palabras deliberadas y cuidadosamente elegidas. —Kensington Industries siempre se ha enorgullecido de la innovación y la excelencia. Invertir en esta escuela no solo será apoyar un grupo de potencial sin explotar, sino también allanar el camino para que la industria prospere y evolucione.

Haciendo una breve pausa, fijé la mirada en mi padre. —Además, apoyar los sueños y aspiraciones de individuos que carecen de los recursos que tu hija tuvo, reflejará no solo tu creencia en la igualdad de oportunidades, sino también tu confianza en mí, en lo que represento.

Podía ver los engranajes girando en su mente, podía ver la consideración y los cálculos detrás de sus ojos cautos. Luca, sintiendo la gravedad del momento, intervino suavemente pero con firmeza: —Además, como la escuela operará como una organización sin fines de lucro 501c3, tu inversión sería deducible de impuestos, alineando la prudencia financiera con la actividad filantrópica.

El silencio envolvió la habitación mientras mi padre meditaba, su mirada alternando entre nosotros y la carpeta que yacía abierta ante él.

Cuando finalmente habló, su voz era contemplativa: —Es ambicioso. —Una pausa, luego más suavemente—: Es significativo.

Una esperanza tentativa se enroscó en mi pecho, susurrando de sueños y posibilidades mientras mi padre cerraba la carpeta y la acercaba hacia él.

—Hagámoslo realidad —declaró, con el atisbo de una sonrisa genuina jugando en las comisuras de sus labios—. Necesito leer el informe y puede que tenga preguntas, pero creo que tu propuesta suena más que viable. La junta respaldará mi decisión en esto.

La alegría, pura y desbordante, burbujeó dentro de mí, derramándose mientras Luca y yo intercambiábamos miradas, una celebración silenciosa pasando entre nosotros.

Esto no era solo una inversión en una escuela; era una inversión en sueños, en futuros, y en la inquebrantable creencia de que la pasión, cuando se le da el apoyo adecuado, podría trascender límites, rompiendo barreras y floreciendo en algo hermosamente incontenible.

Capítulo veintinueve

Un año después

El agudo repiqueteo de mis tacones resonaba por el bullicioso pasillo, con la cálida mano de Luca firmemente entrelazada con la mía mientras nos dirigíamos hacia la entrada de un sueño hecho realidad. El resplandeciente letrero plateado frente a nosotros decía "Academia Culinaria Kensington-Ravello", y no podía comprender del todo la oleada de emociones que me invadió en ese momento.

Dos días después de jurarnos amor eterno en matrimonio, con la hermosa ceremonia aún flotando entre nosotros, estábamos aquí.

¡Ah, nuestra boda! Fue un día tan especial y feliz, uno que siempre atesoraré. Uno para recordar.

Luca se veía tan guapo, alto, fuerte y feliz en el altar. ¡Sus amigos de la boy band asistieron! Dos de ellos, Jackson y Lars, están casados y con hijos, y todos estaban allí, rodeando a Luca con amor e historias divertidas. Toda su familia italiana y americana nos rodeaba también. Les encanta bromear con Luca y claramente lo adoran. Le dijeron que ya era hora de que tuviera una mujer. Dominic se atribuye algo de crédito en la familia por haberme encontrado.

Ahora tengo una gran familia ruidosa y feliz, gracias a Luca.

Cecily fue mi dama de honor. Mi querida Cici, que siempre me apoya. Me ayudó a elegir el exquisito vestido de novia y organizó todo tipo de fiestas y despedidas divertidas para mí. Estaba radiante de alegría. Sus padres, cercanos a mi padre, estaban en la primera fila, y papá se veía orgulloso. Ahora estamos más unidos, y él respeta lo que he construido para mí misma con valentía. Mi pequeña familia extendida se unió a nosotros, por supuesto. Otros de nuestros adinerados contactos, pero siempre como familia, estaban allí y tratan a Luca como parte de la familia. Incluyendo a Leonard Harrison. Luca se ha adaptado bien a los conocidos, y hay un respeto mutuo.

Pete y todo el personal de Luca estaban allí, por supuesto, para celebrar nuestro día.

Nos casamos en la Catedral de San Patricio, y luego tuvimos una recepción bulliciosa y divertida en nuestra finca privada de Long Island, que incluyó una gran fiesta en el jardín y una cena elegante en el interior. Fue todo un evento, y bailamos toda la noche. ¡EuroGroove incluso tocó una canción para todos nosotros, y vaya que aún sonaban bien!

Pero volví al presente.

Estamos a punto de desplegar otro capítulo que había sido nutrido y delicadamente tejido a partir de sueños, dedicación y una pizca de rebeldía contra lo convencional.

Cuando la gran y ornamentada cinta que cubría la entrada apareció a la vista, los murmullos y suaves aplausos de la multitud y la prensa que esperaban nos envolvieron. Sus ojos brillaban con anticipación, aspiración y un toque de asombro mientras nos acercábamos, y apreté ligeramente la mano de Luca, buscando y encontrando seguridad en su mirada firme.

—¿Estás lista? —susurró Luca, sus labios rozando mi oreja, enviando escalofríos por mi columna a pesar del calor de la ocasión.

Me volví hacia él, nuestras miradas se encontraron mientras susurraba de vuelta:

—Siempre.

Una sonrisa sutil jugó en sus labios, una que hablaba de secretos compartidos y momentos íntimos, y fue todo lo que necesité para dar un paso adelante, tijeras en mano, y cortar la barrera que una vez fue un futuro inimaginable. Mientras la cinta caía, los vítores estallaron a nuestro alrededor, el sonido envolviéndonos en un capullo de celebración y triunfo colectivos.

Los estudiantes, cien en total y cada uno irradiando una mezcla de asombro, ansiedad y ardor, estaban frente a nosotros. Cada estudiante emocionado y motivado albergaba sueños que habían encontrado un terreno fértil para brotar en nuestra academia. Estrechamos manos, ofrecimos sonrisas de felicitación y vimos reflejos de nuestros yo pasados en sus ojos ansiosos.

Pero en medio de las sonrisas, los apretones de manos y los flashes de las cámaras, Luca y yo manteníamos una conversación silenciosa a través de miradas robadas y toques sutiles, un lenguaje en el que nos habíamos vuelto fluidos. Sus dedos rozarían los míos ligeramente mientras entregábamos paquetes de prensa o folletos de la escuela, una chispa encendiéndose en cada toque, una promesa silenciosa de lo que nos esperaba una vez que terminara el día.

Cuando la ceremonia llegó a su fin y los últimos asistentes se filtraron, explorando los confines de lo que sería su espacio de crianza durante los próximos meses, Luca me acercó a él, su mano encontrando la parte baja de mi espalda, su aliento cálido contra mi cuello.

—Lo hicimos —murmuró, sus labios trazando el borde de mi oreja.

—Lo hicimos —afirmé, inclinándome hacia atrás para encontrar su mirada, descubriendo un universo de amor, pasión y promesas no dichas arremolinándose en ellos.

En ese momento tranquilo en medio del caos, nuestros labios se encontraron en un beso lento y deliberado, sellando votos, afirmando promesas y deleitándonos en un amor que solo se había profundizado con cada obstáculo superado.

Fue Pete, siempre respetuoso pero conocedoramente divertido, quien aclaró su garganta, trayéndonos suavemente de vuelta a la realidad. Nos separamos, aunque de mala gana, volviéndonos hacia él, las comisuras de su boca temblando en una sonrisa reprimida.

—Tengo todo bajo control aquí y en el restaurante de Luca. Vayan, disfruten su luna de miel, se lo han ganado —nos aseguró, con una calidez genuina en sus ojos.

La gratitud creció dentro de mí, y di un paso adelante, abrazándolo brevemente antes de alejarme.

—Gracias, Pete. Por todo.

Con una última mirada duradera a la academia, un testimonio tangible de sueños, desafío y determinación, Luca y yo, tomados de la mano, subimos al coche que nos esperaba, listos para perdernos en el dichoso olvido de una luna de miel en Bali.

Mientras el coche se alejaba, me acurruqué contra Luca, el sutil aroma de su colonia envolviéndome en una comodidad familiar.

—Por los nuevos comienzos —susurré, mis labios rozando su mandíbula.

Él se volvió hacia mí, sus dedos levantando suavemente mi barbilla, asegurándose de que mis ojos se encontraran con los suyos mientras susurraba de vuelta:

—Por nosotros y por siempre.